

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBI

CADÁVER

LIBRO 5

NICK CLAUSEN

Copyright © 2024 de Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de los EE. UU.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18

19. Chapter 19

20. Chapter 20

21. Chapter 21

22. Chapter 22

23. Chapter 23

24. Chapter 24

25. Chapter 25

26. Chapter 26

27. Chapter 27

28. Chapter 28

29. Chapter 29

30. Chapter 30

31. Chapter 31

32. Chapter 32

33. Chapter 33

34. Chapter 34

35. Chapter 35

36. Chapter 36

37. Chapter 37

38. Chapter 38

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?

Todas las respuestas están en la precuela gratuita, *Draug*, que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:

nick-clausen.com/draug-es

1

Juma detiene su bicicleta en un semáforo en rojo, apoyando un pie en el pavimento. No puede evitar moverse al ritmo de la música que llena sus oídos. Es su nuevo álbum, y sinceramente es el mejor de todos.

Juma nunca escucha las noticias ni consulta las redes sociales por la mañana. Sabe por experiencia que todo el cotilleo y las malas noticias solo lo deprimen. La voz de Grohl, por otro lado, siempre marca el tono adecuado para el día, le ayuda a mantener los pensamientos estresantes a distancia y le da una sensación de control.

Y eso es lo que más necesitará hoy. Solo que aún no lo sabe.

Mirando las luces del semáforo, está esperando a que cambien de nuevo a verde, no se da cuenta de que el coche al otro lado del cruce está vacío. El motor sigue en marcha, pero la puerta está abierta. Como si quien lo conducía hubiera tenido que irse de repente por un asunto de mucha urgencia.

Juma tampoco presta mucha atención al hecho de que, sorprendentemente, no hay casi tráfico esta mañana. Por lo general, hay otros ciclistas, peatones y coches de camino al trabajo o a la escuela.

Sin embargo, Juma parece ser el único hoy.

Excepto por dos personas que se acercan por la izquierda. Juma las ve de reojo, pero todavía están lejos, y no les presta atención.

En lugar de eso, mira en la dirección opuesta, y ve algo más. Algo que no esperaba. Está saliendo humo de algún lugar, a una o dos manzanas de distancia. Es muy oscuro, casi negro, y claramente destaca contra el cielo claro de la mañana. No parece una hoguera acogedora en el jardín de alguien, ni una barbacoa espontánea a primera hora. Parece que un edificio está en llamas.

—Oh, no —piensa Juma, frunciendo el ceño—. Espero que nadie esté herido.

Levanta uno de los auriculares para escuchar brevemente si puede oír alguna sirena. No puede. Considera por un momento llamar a los bomberos, pero con una columna de humo tan grande y llamativa, está seguro de que ya han sido alertados. Incluso es posible que ya hayan llegado.

Justo cuando vuelve a colocarse el auricular sobre el oído, escucha un ruido detrás de él. Es un fuerte estruendo, como si una ventana se hubiera roto.

Gira la parte superior de su cuerpo para mirar hacia atrás. Al principio no ve nada. La calle parece extrañamente vacía. Luego, a unos cien metros de distancia, un autobús aparece avanzando desde una calle lateral. Pero en lugar de girar hacia la calle principal, sigue avanzando, los neumáticos suben a la acera, hasta que el frente choca con la fachada de una casa, lo que provoca que el autobús se detenga bruscamente.

Juma mira incrédulo. A través de las ventanas, puede ver a los pasajeros. Parecen estar en pánico por algo. Incluso peleando.

—¿Qué demonios...?

Decide llamar a la policía. Sea lo que sea lo que está sucediendo en ese autobús, no puede ser bueno.

Saca su teléfono y ve dieciocho llamadas perdidas. Once de ellas son de Zuri, cuatro de Kathrine y dos de Hagos. Juma parpadea sorprendido. ¿Qué querrán decirle su tía, su novia y su mejor amigo? Por primera vez, lamenta haber tenido el teléfono en modo avión, porque obviamente ha sucedido algo importante, y duda mucho que sea algo bueno. Su primer pensamiento es que debe estar relacionado con el virus del que llevan hablando dos días seguidos. Pero está contenido en Torik, y además...

Al girarse de nuevo, detecta un movimiento por el rabillo del ojo. Las dos personas que venían hacia él están mucho más cerca ahora. Están cruzando la calle, pero no se molestan en usar el paso de peatones. En cambio, están caminando justo por el medio del cruce.

Juma gira la cabeza para mirarlas, y grita.

2

Cuando entra apresuradamente en el vestíbulo, casi choca con la espalda de una mujer corpulenta.

—¡Muévete! —le recrimina Ella, empujando a la mujer con fuerza.

Es como intentar empujar a un rinoceronte. La mujer apenas da un paso; simplemente gira la cabeza para mirarla con un gruñido, como diciendo: «¿Cuál es la prisa?».

Ella se desliza a su lado, corre a través de la cocina y luego entra en la sala de estar. Mirando a un lado y al otro, ve los restos ensangrentados de su pelea con Gunnar, lo que le provoca un desagradable flashback. Pero no hay nadie más a la vista.

—¿Hagos? —llama. Su voz resuena, pero no obtiene respuesta.

Un gruñido detrás de ella. La mujer-rinoceronte ha entrado en la sala y está cruzando el suelo. Parece dirigirse hacia la escalera que está al otro lado.

Ella se le adelanta, subiendo los escalones de dos en dos, llamando de nuevo a Hagos.

Al llegar al rellano del segundo piso, se sorprende al encontrar un tendedero de metal tirado en el suelo. Al pasar por encima, se detiene con un jadeo.

A solo unos metros de distancia está lo que atrae a la mujer corpulenta. Se está produciendo un festín. Tres zombis están desgarrando una figura que yace en el suelo. La persona parece estar ya muerta. Están todos cubiertos de ropa, y no hay forma de saber quién es, hasta que Ella nota el brazo que se extiende hacia las escaleras. El guante ha sido destrozado, y unos dedos negros son visibles.

—Hagos —murmura Ella, cubriéndose la boca—. Oh, Dios...

Como si hubiera oído su nombre, los dedos se estremecen.

¡Aún está vivo!

Uno de los zombis —una mujer joven y de aspecto atlético— parece notar que la mano se está moviendo, porque abandona su intento de morder la parte trasera de la chaqueta y, en su lugar, se inclina para agarrar a Hagos por la muñeca. Lo habría logrado si no fuera porque su propia mano está rota e inútil. Parece que lo olvida por un momento, y los pocos segundos que tarda en estirar la mano izquierda le dan a Ella el tiempo suficiente para lanzarse hacia adelante y darle una patada en la cabeza.

La patada es tan fuerte que Ella siente que se rompe el pie en el impacto, y grita de dolor. La mujer, obviamente sin esperar la patada, es lanzada hacia atrás y aterriza de espaldas, despatarrada.

Ella no se detiene a pensar en el dolor en su pie. Inmediatamente agarra al siguiente zombi, un hombre, y lo aparta de Hagos. No se suelta tan fácilmente como la mujer, principalmente porque tiene tiempo de aferrarse con más fuerza a la ropa. Pero Ella le da dos puñetazos fuertes en el costado de la cabeza, lo suficiente para aturdirlo, y entonces consigue tirarlo hacia atrás.

Cuando va por el tercer zombi, que está mordisqueando la parte posterior de la rodilla de Hagos, la mujer ya se ha recuperado de la patada en la cabeza y está arrastrándose de vuelta hacia Hagos.

—¡No, no lo hagas! ¡Aléjate de él!

Ella sabe, por supuesto, que es completamente inútil hablarle, pero no puede evitarlo. Empuja con fuerza a la mujer en el hombro, haciendo que caiga de lado. Pero es una batalla perdida; el hombre ya se ha vuelto a levantar y ha retomado su parte en el banquete. Ella no puede mantenerlos a todos alejados.

Para su sorpresa, Hagos de repente se levanta apoyándose en las manos y las rodillas. Al levantar la cabeza, sus miradas se cruzan, y Ella espera ver solo oscuridad en sus ojos. Sin embargo, sus ojos están vivos.

—Corre —murmura Ella—. ¡Aléjate de aquí!

Luego se lanza contra el hombre, usando su cuerpo para apartarlo. Es suficiente para que Hagos comience a arrastrarse hacia adelante. Está arrastrando consigo al hombre, que sigue aferrado a sus piernas, pero Hagos consigue levantar la pierna libre lo suficiente como para darle una patada en la mandíbula, al estilo de una mula.

La mujer se lanza desde un lado, agarrando a Hagos por el cuello en un movimiento de lucha, como si quisiera estrangularlo, pero en realidad es solo para sujetar su cabeza y poder clavarle los dientes. La máscara de esquí está hecha de lana o algodón, o algún otro tejido suave, y cuando la mujer echa la cabeza hacia atrás, un gran trozo se rasga, junto con un buen mechón del

pelo negro y rizado de Hagos. Él gruñe de dolor y trata de apartar a la mujer, pero debido a cómo lo tiene agarrado, no puede alcanzarla.

La mujer escupe el trozo de tela y justo cuando está a punto de inclinarse para dar otro mordisco, Ella agarra su cabeza con ambas manos y tira con fuerza. La mujer suelta un ruido extraño y continúa aferrada a él. Los dedos de Ella resbalan en su piel grasienta, así que clava las uñas y siente cómo se hunden en las cuencas de los ojos. Esto le da un mejor agarre, y tira más fuerte, sintiendo cómo los globos oculares se vuelven húmedos a medida que sus dedos se hunden más. La mujer se ve obligada a soltar a Hagos, y Ella la arroja al suelo. Echa un vistazo al rostro de la mujer y casi vomita al ver sus ojos perforados, que rezuman un líquido rosado.

—¡Corre! —grita Ella, sorprendida de su tono de voz—. ¡Corre, Hagos!

Hagos ya está en camino. Arrastrándose hacia las escaleras, consigue evitar que los dos zombis masculinos que tratan de agarrarlo lo atrapen. Llega al primer escalón y sigue descendiendo cabeza abajo.

Ella empuja de nuevo a la mujer cuando trata de levantarse, y luego corre para alcanzar a Hagos.

Solo ha logrado bajar cuatro o cinco escalones. La mujer-rinoceronte está bloqueando su camino y está a punto de caer sobre él.

—¡Por el amor de Dios! —grita Ella, bajando corriendo los escalones.

Llega hasta Hagos y embiste a la mujer justo cuando esta agarra la máscara de esquí. Esta vez, el intento de Ella por derribar a la mujer tiene éxito, pero solo porque está de pie en las escaleras. El leve empujón de Ella es suficiente para que pierda el equilibrio. Sus pies resbalan, y cae dando vueltas por las escaleras. Es tan pesada que cada golpe en su descenso hace que toda la escalera vibre. Finalmente, cae al suelo, su cráneo se resquebraja de forma audible, y se queda tumbada de espaldas, sus brazos y piernas se estremecen un par de veces.

Ella agarra a Hagos por el brazo y lo ayuda a levantarse. Sus piernas ceden, pero logra mantenerse en pie agarrándose a Ella y a la barandilla. Sin el pasamontañas, Ella puede ver lo exhausto que está Hagos. Está sudando, jadeando por aire, y todo su cuerpo tiembla. Parece que tiene una fiebre terrible.

«¿Lo habrán infectado ya?», se pregunta Ella.

No hay tiempo para comprobarlo. Bajan las escaleras tan rápido como pueden, lo que es suficiente para llegar al fondo antes de que el primer zombi comience a rodar tras ellos. Los otros dos están justo detrás, medio escalando, medio cayendo.

—No se rinden —dice Ella, aunque realmente no necesita decírselo a Hagos—. Vamos. Al baño.

Ella lo ayuda a cruzar la sala de estar y entran en el baño donde Ella vio por primera vez a Gunnar y se dio cuenta de que estaba enfermo. Parece que fue hace siglos, aunque solo fue anoche.

Ella cierra de golpe la puerta y gira la llave. Probablemente los zombis no sabrán cómo girar el pomo, pero no hay necesidad de correr riesgos. Y se alegra de haberla cerrado, porque cinco segundos después, el picaporte empieza a sacudirse mientras los infectados chocan contra la puerta.

Ella se gira para mirar a Hagos, que está desplomado sobre el inodoro. Está forcejeando con la cremallera de la chaqueta.

—Déjame ayudarte —dice Ella, arrodillándose frente a él. Le baja la cremallera y lo ayuda a quitarse las múltiples capas, como un padre quitándole la ropa a su hijo pequeño.

—Gracias —susurra él, tragando saliva.

—Ni lo menciones. Te debía una.

Se quitan la última capa de ropa, dejando a Hagos con lo que llevaba puesto en la residencia: vaqueros, calcetines y esa camiseta blanca, mitad uniforme, mitad camiseta, que hacen llevar a los cuidadores. La única diferencia es que ahora está húmeda y pegada a su cuerpo. No hay signos visibles de sangre.

Él parpadea y sonríe.

—Cuando te vi por primera vez, pensé que ya estaba muerto.

Ella puede sentir el calor que emana de su cuerpo, y lo mira a los ojos.

—Podrías estarlo pronto. ¿Te mordieron o arañaron?

Hagos baja la mirada, como si estuviera comprobándolo.

—No estoy seguro.

—Bueno, será mejor que te quites toda la ropa y lo averigüemos.

Hagos no se opone. Simplemente asiente, parpadea y comienza a quitarse la camiseta. Ella examina su torso detenidamente. Su piel es del color del chocolate oscuro, lo que hace difícil distinguir cualquier pequeño arañazo. Pero parece estar limpio. Él se inclina hacia adelante y gira de lado, permitiendo que ella revise su espalda.

—Creo que estás bien por ahora —murmura Ella—. Creo que podrías... oh...

—¿Qué?

Ella señala su pierna. En la parte trasera, en el lugar donde uno de los zombis estuvo mordisqueando con más insistencia, los vaqueros están rasgados. No es un desgarrón enorme, pero el tejido está definitivamente roto.

—Eso no es bueno —murmura Hagos.

Ella echa un vistazo breve al armario sobre el lavabo. Recuerda que Gunnar desinfectó su herida cuando estuvo aquí. No sirvió de nada. Y no servirá de nada para Hagos. Si su piel está rasgada, morirá.

—No siento dolor —dice Hagos—. No me duele.

—Quítate los pantalones —le ordena en voz baja, ignorando los golpes y quejidos que llegan desde la puerta—. Veamos si tuviste suerte.

3

No hay tiempo para poner la bicicleta en marcha. Los que vienen están demasiado cerca, casi al alcance, y una sola mirada a sus ojos negros es más que suficiente para decirle a Juma que sus intenciones no son buenas.

Intenta saltar de la bicicleta, pero se cae. Se revuelca en el suelo y se pone de pie justo cuando la persona más cercana, una chica un poco más joven que él, en su afán por alcanzarlo tropieza con la bicicleta, como si no la viera en absoluto. La otra persona, un hombre mayor, parece tener un poco más de sensatez, porque rodea la bicicleta y a la chica.

Juma se arranca los auriculares mientras retrocede.

—¡Eh, tío! ¡Atrás! ¡No te acerques más!

El hombre mayor no parece oírlo en absoluto. O si lo oye, no le importa. Sigue avanzando hacia Juma. Su cabeza está inclinada hacia un lado, debido a un cráter desgarrador justo por encima de la clavícula. Parece como si un gran depredador hubiera estado arrancando carne de allí, desgarrando músculos y tendones, dejando el hueso expuesto.

Sorprendentemente, esto no parece molestar al hombre en lo más mínimo.

Juma intencionadamente no vio esos horribles vídeos que circulaban en las noticias y en internet. Algunos mostraban a los infectados de cerca, y simplemente no quería ver eso. No solo porque era aterrador, sino porque le parecía una violación terrible de la privacidad. Las personas infectadas obviamente no eran conscientes de lo que estaban haciendo, y filmar su sufrimiento para publicarlo en línea le parecía algo que solo haría un paparazzi sin honor.

Aun así, aunque apenas ha visto a los infectados, Juma sabe instantáneamente que estas personas están infectadas con el virus Torik, que son peligrosas y que debe evitar el contacto con ellas a toda costa.

Así que, cuando el hombre sigue avanzando hacia él, Juma abandona su bicicleta y echa a correr por la calle. Se da cuenta demasiado tarde de que se está dirigiendo directamente hacia el autobús. Puede ver una sucesión de golpes rápidos y fuertes, y una de las personas dentro del autobús golpea con fuerza la ventana. Esta se rompe, y los cristales caen sobre la carretera como copos de nieve helada. La persona, que es un hombre con un abrigo pesado, se lanza por la apertura antes de que la ventana esté completamente despejada, y Juma ve inmediatamente por qué. Le siguen otros dos, ambos claramente infectados. Están agarrados a su abrigo, y el hombre cae torpemente sobre el asfalto, soltando un grito de dolor. Los infectados aterrizan sobre él, inmovilizándolo, y comienzan inmediatamente a desgarrarlo haciendo uso de sus uñas y dientes. El hombre grita de nuevo, esta vez con un tono mucho más agudo.

Dos personas más salen por la ventana. Una joven y una mujer de mediana edad. Aprovechan el hecho de que los dos infectados están ocupados devorando al hombre que rompió la ventana, y la joven incluso usa a uno de ellos como un escalón para escapar del autobús. Luego corren en diferentes direcciones, con sorpresa y horror en sus rostros. La mujer de mediana edad tiene algo más en su cara: dos profundos cortes sangrantes que le cruzan la mejilla. Y la joven se está sujetando el brazo.

«Dios del cielo», piensa Juma. «Por eso se propaga tan rápido».

No tiene idea de cómo ha llegado la infección a Mo, pero ahora está aquí, y necesita aislarse. Lo que significa que hoy no habrá escuela.

Un gruñido detrás le recuerda que el hombre aún lo está acechando. Y delante, cuatro personas infectadas aparecen tambaleándose por el frente del autobús.

Juma no tiene otra opción que girarse y correr hacia un patio entre dos edificios. El espacio está pavimentado con adoquines y cerrado por un viejo muro derruido que es demasiado alto para que él lo escale. Ha visto vídeos de chicos haciendo parkour, y sabe que es posible correr unos cuantos pasos por la pared si se tiene suficiente impulso. Juma nunca ha sido del tipo atlético, pero tiene las piernas y los brazos largos, y en este momento no parece tener otra opción. Así que corre directamente hacia la pared, y al empujar con un pie contra ella, su zapato resbala en la superficie escarchada, lo que hace que golpee la rodilla y caiga de nuevo al suelo.

—Maldita sea —Se queja, agarrándose la rodilla mientras el dolor se extiende por toda la pierna—. ¿En qué estaba pensando...?

Apoya su peso en la pierna, y casi cede con otra sacudida de dolor. No tiene tiempo de preocuparse por eso porque los infectados del autobús están entrando en el patio.

Juma mira frenéticamente a su alrededor. Hay un coche aparcado a un lado, pero probablemente esté cerrado. Aun así, cojea hasta él y agarra el tirador. Tal como pensaba, la puerta no se abre. En su lugar, ve una puerta que no notó al principio, porque está pintada del mismo color que la pared. Corre hacia ella tan rápido como su pierna lesionada se lo permite, casi choca contra ella y tira de la manija con fuerza. También está cerrada, así que la golpea con la palma mientras pulsa el timbre varias veces, escuchando un tintineo dentro.

—¡Abrid, por favor! ¡Abrid la puerta!

Puede escuchar un sonido a un lado. Las personas infectadas, al menos cinco de ellas, se dirigen hacia él. El más cercano está a menos de tres metros.

Juma grita y se aparta lejos de la puerta. Retrocede, encontrándose sin lugar a donde correr. Incluso si intentara rodear al grupo de infectados, más de ellos están llegando desde la calle, y lo están acorralando.

—¡No, por favor! —dice, levantando las manos, aunque sabe que es completamente inútil; los infectados no responden y no pueden hablar. Si acaso, el hecho de que él hable parece hacerlos más ansiosos, y aceleran el paso para cerrar la distancia—. ¡Por favor, no me toquéis!

Se topa con el coche, y justo cuando los infectados están a punto de lanzarse sobre él, se sube al capó, casi resbalando en el metal cubierto de escarcha, y luego se encarama al techo. El coche es un sedán, no lo suficientemente alto como para mantenerlo fuera de peligro, pero es la única opción que le queda. De pie, se coloca en el centro del techo mientras las personas infectadas comienzan a intentar alcanzarlo. Algunos se tambalean alrededor del coche, tratando de alcanzarlo desde el otro lado, y en cuestión de segundos, Juma está rodeado de manos que tratan de agarrarlo por los pies. Se gira hacia un lado y hacia otro, asegurándose de que ninguno de ellos pueda atraparlo. Los que tienen los brazos más largos logran tocar sus botas, y agradece que estén hechas de cuero, lo que hará imposible que incluso las uñas más afiladas las rasguen.

Pero los infectados siguen intentándolo, y más de ellos están llegando. Hay al menos una docena ahora, todos amontonados alrededor del coche, y el patio está lleno de gruñidos y gemidos.

Un hombre particularmente alto logra agarrar los cordones de su bota izquierda y tira con fuerza. Es casi suficiente para hacer que pierda el equilibrio, pero él consigue patear la mano que lo sujeta, haciendo que el hombre pierda el agarre. Aunque ahora el cordón de la bota está colgando suelto, proporcionando un asidero fácil para que los infectados lo agarren.

Juma sabe que la situación es mala, pero solo ahora se da cuenta de lo grave que es realmente. No puede seguir con este baile peligroso sobre el coche por mucho tiempo. Tarde o temprano,

una de sus botas resbalará, los infectados lo agarrarán, y entonces todo habrá terminado. A menos que llegue ayuda, no tiene forma de salvarse.

De repente, escucha un ruido.

Juma levanta la mirada. La puerta en la que había estado golpeando hace apenas un minuto está ahora entreabierta. En el umbral está un hombre mayor, vestido solo con pantuflas y una bata gastada. A juzgar por sus labios arrugados y retraídos, parece que no tiene dientes.

—¡Dios santo! —exclama el anciano, mirando a la multitud de infectados—. ¿Qué demonios están haciendo esas personas con mi coche?

—¡Por favor! —grita Juma—. ¡Necesito entrar! ¡Estas personas están infectadas! ¡Debe ser el virus de Torik!

Al oír la última palabra, el hombre finalmente parece captar lo que está pasando. Por un segundo, parece que quiere cerrar la puerta de golpe y echar el cerrojo. Pero lo que parece hacerlo cambiar de opinión es el hecho de que ninguno de los infectados le presta la más mínima atención. Probablemente sea porque hay unos seis metros entre el coche y la puerta, y Juma está mucho más cerca de los infectados, casi al alcance de ellos. Ni siquiera parecen reaccionar a la voz del anciano, que dice:

—Mira, te ayudaré, pero no puedes entrar aquí. No quiero contagiarme...

—¡No soy contagioso! —grita Juma, pateando de nuevo cuando el hombre alto agarra el cordón de su bota—. ¡Te lo juro! ¡No me han tocado!

—Espera un momento —dice el anciano, y ahora parece que realmente va a cerrar la puerta—. Voy a llamar a la policía...

—¡No, espera! —grita Juma desesperado—. ¡Por favor, espera! ¡Podrían tardar minutos en llegar! ¡No sobreviviré tanto tiempo!

—Lo siento —dice el anciano, negando con la cabeza—. Pero no puedo...

Alguien agarra el cordón de la bota de Juma de nuevo, y esta vez está muy cerca de caer. En ese instante, decide correr.

Tomando impulso lo más rápido que puede, salta del capó del coche. La parte delantera está orientada hacia la puerta, y es el único lado del coche donde no hay infectados. Juma casi resbala, pero consigue dar otro salto más, aterrizando en los adoquines. Los infectados se lanzan tras él, pero Juma es más rápido, corriendo hacia la puerta, ignorando el dolor en la rodilla.

El anciano todavía no ha cerrado la puerta; lo mira con incredulidad mientras Juma se abalanza hacia él. Es solo cuando el hombre se da cuenta de que Juma está a punto de irrumpir en su casa cuando reacciona y trata de cerrar la puerta.

—¡No! —grita Juma, chocando contra la puerta. Empuja el tirador y logra abrirla un segundo antes de que el anciano pueda girar el cerrojo.

El hombre suelta un gruñido de sorpresa cuando Juma lo empuja hacia atrás, gira y cierra la puerta de un golpe. Los infectados se acercan rápidamente, y el más cercano casi logra impedir que la puerta se cierre. Si aún pudiera sentir dolor, probablemente se habría hecho daño en la cabeza al golpearla contra la puerta. Juma gira la llave y se aleja tambaleándose.

Los infectados empiezan a golpear la puerta como si quisieran atravesarla con sus manos. Ninguno de ellos intenta siquiera girar el pomo.

—Oh, Dios... —murmura Juma, sin aliento.

Escucha al anciano rebuscar algo detrás de él, y se da la vuelta para mirarlo.

—Gracias por... —Juma se queda congelado al ver la enorme hoja que lo apunta. Lo que el anciano sostiene parece más una espada que un cuchillo.

—No me des las gracias todavía —gruñe el anciano—. Porque vas a salir de nuevo, amigo mío.

4

Parece que Hagos ha tenido suerte.

Al menos, Ella no puede ver ninguna herida en la parte posterior de su rodilla. Lo limpia con un trozo de papel higiénico para asegurarse. El papel se vuelve húmedo por el sudor, pero sin rastros de sangre.

—Creo que estás bien —dice, mostrándole el papel.

Hagos exhala.

—Gracias a Dios. Y gracias a ti, Ella. Si no fuera por ti, ya estaría muerto.

—Oye, ya te lo dije, era lo menos que podía hacer.

Ella tira el papel en el inodoro mientras Hagos se levanta y va a beber con avidez del grifo.

Ella lo observa lavarse la cara y el cuello, y mira el desgarró en los pantalones que siguen en el suelo. Fue una situación realmente crítica. Si hubiera perdido solo unos segundos más hablando con Marit...

—¿Qué pasó? —pregunta Ella.

Hagos la mira a través del espejo.

—Encontré un coche. En la casa de al lado. Estaba a punto de marcharme cuando vi a Marit por la ventana. Tres personas infectadas se acercaban a ella. Corrí a ayudarla. Para resumir, acabé en el armario del dormitorio. Pensé que no tenía otra opción más que salir corriendo.

—¿Así que te pusiste toda la ropa que pudiste y saliste a enfrentarte a ellos?

—Sí.

Ella mira la ropa destrozada esparcida por el suelo.

—Eso fue inteligente. Y valiente.

—Y estúpido —dice Hagos con una sonrisa cansada.

—Bueno, casi funcionó.

—Sí. Casi.

—¿Qué le ha pasado a Marit? ¿Escapó sin problemas?

Hagos asiente. El agua gotea de su nariz, y toma una toalla para secarse la cara.

—No creo que la hayan arañado.

—No, parecía estar bien —dice Ella. Cuando Hagos la mira con curiosidad, añade—: La encontré fuera. Supuse que todavía estabas dentro. Por eso vine.

—Oh. Entonces, ¿dónde está ahora?

Ella se encoge de hombros.

—Ni idea. Se fue en el coche que mencionaste.

Hagos resopla.

—Sí. Le hablé de él.

Ella frunce el ceño.

—¿Así que tuvisteis tiempo para hablar? ¿No pudo ayudarte?

—No lo sé —dice Hagos, secándose el pelo—. Tal vez. O tal vez no.

Ella sacude la cabeza.

—Así es Marit. Tan valiente como un gatito.

—Supongo que no puedo culparla —murmura Hagos—. Soy un completo desconocido para ella...

—Y ella lo era para ti —dice Ella, sintiendo cómo la ira le contrae el estómago—. Y aun así viniste aquí para salvarle el pellejo. Créeme, si hubiera sido yo la que estaba en ese armario, también me habría dejado morir.

Hagos está a punto de responder, cuando un golpe repentino en la ventana los interrumpe. Ambos giran la cabeza para ver una figura afuera. El vidrio es esmerilado, no es transparente, por lo que la persona es solo una sombra difusa. Pero con la forma en que se tambalea, arañando con las uñas y emitiendo gruñidos bajos, no hay duda de que es una persona infectada. Un segundo después, otra figura aparece desde el lateral y se une a él.

—Supongo que estamos atrapados de nuevo —suspira Hagos.

—No del todo —dice Ella. Su ira se disipa un poco—. Puedo sacarnos de aquí. Tengo algo que decirte.

Hagos la mira de arriba abajo.

—Sí, ya lo imaginaba. Pareces mejor.

—Me siento mejor. De hecho, ya no estoy enferma.

Hagos se sienta en el borde de la bañera, exactamente en el lugar donde Gunnar se había sentado, y la mira con seriedad.

Ella comienza a explicarle, mostrándole las heridas para demostrar que la infección ha desaparecido.

—Supongo que mi sistema combatió el virus —termina con un encogimiento de hombros—. Funcionó casi como una vacuna.

Hagos frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Las vacunas funcionan exponiendo al cuerpo a solo una pequeña cantidad del virus, lo suficiente para que cree anticuerpos y lo combata. La herida debe haber sido tan pequeña que solo una mínima cantidad del virus entró.

Hagos no parece muy convencido.

En su mente, Ella visualiza la pequeña herida en el pecho de Gunnar, la que arruinó su impresionante tatuaje. Era del mismo tamaño que sus arañazos.

—No creo que sea eso —dice Hagos pensativo, obviamente pensando lo mismo—. Incluso la herida más pequeña debería matar a una persona. Eso es lo que dijeron en la televisión, ¿recuerdas? Y también dijeron que hasta ahora...

—Sí, lo sé —lo interrumpe Ella, sorprendida de oír irritación en su propia voz—. La gente sigue diciéndome lo que dicen las noticias, como si debería estar muerta porque eso es lo que dicen las estadísticas. Bueno, ¿sabes qué? Estoy viva, y me siento bien. Así que dime tú cuál crees que es la razón. —Abre los brazos—. ¿Es algo genético? ¿Hay más personas que también sean inmunes?

Hagos no responde de inmediato. Usa la toalla para secarse una gota de agua que le baja por la frente.

—No lo creo —dice finalmente—. Creo que nunca estuviste destinada a morir por la infección. Ella arruga la nariz.

—¿Qué significa eso?

—Lo he pensado —dice Hagos, hablando lentamente—. Pero nadie más lo mencionó, así que pensé que solo era cosa mía, pero... ¿te diste cuenta, cuando el infectado te acorralaba contra la puerta de la terraza en la habitación de Edith, que no intentó morderte?

Ella frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? Claro que lo intentó. Venía directo hacia mí. Tuve que patearlo más de una vez.

—Sí, pero no intentó alcanzarte, ¿verdad? No te agarró, ni siquiera abrió la boca. Créeme, sé cómo se mueven cuando están a punto de lanzarse sobre alguien... —Asiente hacia la puerta—. Yo mismo lo experimenté. Son todo uñas y dientes. Agarran lo que pueden. Pero ahí, parecía más bien que el hombre solo intentaba llegar a la puerta. Como si estuvieras en su camino.

Ella intenta recordar. Estaba en pánico cuando Gunnar la atacó, pero ahora que repasa la escena en su cabeza, recuerda que en realidad no intentó morderla. De hecho, cuando pateó a Gunnar por primera vez, parecía sorprendido. Como si no lo hubiera visto venir en absoluto.

Pero lo que realmente la convence son sus ojos. Esas cuentas negras. No la miraban. Estaban mirando a través de ella. Como si fuera invisible para él.

—De acuerdo, creo que tienes razón —murmura—. Pero... para entonces, probablemente la infección ya estaba en mi sangre. Por eso no se interesó en mí.

—¿Estás segura? —pregunta Hagos—. ¿Qué pasó antes? ¿En casa de los padres de Marit? ¿Alguien infectado te atacó?

—Sí, por supuesto —dice Ella—. Varias veces. Tanto mi tía como mi tío. Cuando Marit y yo huimos de la casa...

—¿Marit estuvo contigo todo el tiempo?

—Sí.

—¿Estás segura de que no solo la seguían a ella?

Ella intenta hacer memoria. Gunnar las atacó en la habitación de Marit, antes de que saltaran por la ventana. Greta las persiguió por el césped. Gunnar incluso las siguió hasta la valla.

Pero Marit estuvo allí todo el tiempo, justo delante de Ella. No hay forma de saber si alguna vez la percibieron, o si simplemente estaban siguiendo a Marit.

—No lo sé —dice Ella, sacudiendo la cabeza—. Simplemente no lo sé.

—¿Cómo te hiciste esas heridas? —Hagos señala hacia su muñeca—. No parecen marcas de mordedura.

Ella aclara su garganta.

—No, fue... fue por una cadena. Me desgarró la piel, y luego algo de la sangre de mi tío cayó sobre mí.

Hagos respira hondo por la nariz.

—Los zombis nunca se interesaron en ti, Ella. Lo sentí incluso antes de que te enfermaras. Algo me dice que lo que sea que te salvó es porque eres... ¿cómo se dice cuando solo hay una?

—Única —susurra Ella.

—Sí, exactamente. —Hagos la mira—. Necesitas descubrir qué es lo que te hace única, Ella. Porque podrías tener la clave para acabar con esto.

Ella siente un escalofrío involuntario recorrer su espalda.

—Oh, por favor —dice, con sorna—. No soy tan especial, créeme. Solo tuve suerte. Nunca he...

—Dios te eligió, Ella —la interrumpe Hagos. Sus ojos brillan—. Y lo hizo por una razón. Es tu responsabilidad averiguar cuál es esa razón.

Ella está a punto de responder, cuando nota una mancha roja en la toalla que Hagos tiene en las manos.

—Estás sangrando —dice, señalando.

Hagos mira la toalla. Luego lleva la mano a su frente y la pasa por la línea del cabello hasta llegar a la coronilla. Hace una mueca y retira la mano. Al mirar las yemas de los dedos, Ella puede ver que brillan.

—Vaya —murmura Hagos—. Es donde me mordió a través de la máscara de esquí. Supongo que arrancó un mechón de cabello con ella.

Ella se acerca a él, y él inclina la cabeza para que ella lo revise. Con cuidado, aparta su cabello rizado y ve la calva. La piel está sangrando, pero solo un poco.

—Probablemente sea solo por haber arrancado el pelo —dice, apartándose—. ¿Sentiste sus dientes?

—No sentí nada en ese momento —admite Hagos—. Solo estaba luchando por sobrevivir.

—De acuerdo. Bueno, deberíamos estar atentos a esto, y... —Ella deja de hablar cuando se da cuenta de que se ha hecho un poco más de silencio. Mirando hacia la puerta, ya no puede escuchar a los zombis afuera. Se han ido. Y cuando mira hacia la ventana, ve que las dos personas infectadas del otro lado también se están alejando. Como si de repente hubieran perdido el interés, simplemente se alejan en direcciones opuestas.

—Supongo que encontraron algo más emocionante —murmura.

Al encontrarse con la mirada de Hagos, se sorprende al ver una pacífica resignación en sus ojos.

—No —dice él, casi sonriendo—. Simplemente ya no quieren alcanzarme. Porque ya estoy infectado.

5

Tarareando al ritmo de la música, Kjell no puede evitar golpear el volante siguiendo el compás. Le encantan los Beatles, desde que era un adolescente y empezó a tocar la guitarra.

Encontró un cable en la guantera y conectó su teléfono a la radio. No solo le servía para recargarlo, sino también para reproducir la música que tenía almacenada en él.

La canción que suena ahora, *Here Comes the Sun*, es bastante apropiada. Aunque técnicamente el sol salió por las montañas del este hace más de una hora, es solo ahora que empieza a ganar fuerza suficiente como para convertir la noche en día, pintando el cielo de rosa y naranja.

A Lukas también le gustaban los Fab Four. No tanto como a Kjell, que, siendo honesto, era y sigue siendo un gran fanático. Pero lo suficiente como para que nunca discutieran sobre qué escuchar cuando viajaban juntos. Como aquella vez que coincidieron en sus permisos del ejército y volvieron juntos a Suecia durante unas semanas.

Mirando el asiento del pasajero vacío, Kjell no puede evitar imaginarse a su hermano sentado allí. Deberían haber estado juntos. Deberían haber surfado la ola del apocalipsis juntos, como un par de jinetes.

Pero ahora, todo lo que ve son las manchas de sangre del Sargento, de Nils y del tercer tipo cuyo nombre Kjell ya ha olvidado.

—Ese maldito bastardo —masculla Kjell, dándose cuenta de que está apretando los dientes—. Va a pagar por lo que ha hecho. Oh, sí, va a arrepentirse de haberte volado los sesos, hermano. Te lo prometo.

Se escucha un golpe en la parte trasera. Kjell gira la cabeza, aunque no hay ventana ni escotilla ni nada. Escucha por un momento con atención. No fue la puerta trasera. No podría haber sido. Se aseguró de verificar dos veces que estuviera cerrada con llave, y no hay forma de abrirla desde dentro. Aunque solo va a cuarenta kilómetros por hora, es demasiado rápido para que

alguien corra detrás, se agarre a la puerta y la abra. Esas cosas solo pasan en las películas de Hollywood. No en carreteras resbaladizas y remotas de Noruega.

El golpe debió de hacerlo el autoestopista. El hombre que, por razones inexplicables, se coló en el camión mientras Kjell se deshacía de los cuerpos de los soldados.

Probablemente esté rodando por ahí atrás. O tal vez esté intentando salir. De cualquier manera, Kjell no está preocupado. A menos que el tipo trajera una sierra eléctrica, no va a salir hasta que Kjell decida abrir la puerta. Y no lo hará hasta que hayan llegado al destino. Lo cual no tardará mucho. De hecho...

Los pensamientos de Kjell se ven abruptamente interrumpidos cuando ve una columna de humo blanco alzándose más adelante. Al principio, piensa que es una fogata que alguien encendió, pero a medida que se acerca, aparece una pequeña casa, o más bien una cabaña, detrás de un grupo de árboles. La casa está situada justo al lado del estrecho camino de la montaña, y junto a ella hay una camioneta vieja y polvorienta aparcada. Quienquiera que viva aquí debe amar la soledad. Kjell no se sorprende demasiado, ya que la experiencia le ha enseñado, que incluso en las áreas más desoladas de esta zona, hay al menos a uno o dos viejos ermitaños demasiado tercos para mudarse a la ciudad.

Kjell detiene el camión. No ve a nadie a través de las pequeñas ventanas, pero a juzgar por el humo que sale de la chimenea, alguien encendió un fuego no hace mucho, y es muy probable que todavía esté vivo ahí dentro.

«Necesito un bocadillo», piensa Kjell, sintiendo cómo su estómago gruñe al pensar en comida. Se comió las últimas raciones justo antes de robar el camión. El resto, que debía durar semanas, estaba en la mochila de Jan. Ese maldito traidor probablemente esté compartiendo un banquete con el viejo y el chico joven ahora mismo.

Abre la puerta y salta, sin molestarse en aparcar bien, aunque el camión bloquea por completo el camino.

A medida que se acerca a la cabaña, saca su pistola y escanea los alrededores. Si hay personas vivas adentro, es muy probable que también haya infectados cerca. Por lo que Kjell ha observado, los malditos infectados parecen tener una sensibilidad sobrenatural para detectar carne viva desde kilómetros de distancia.

Está casi en la puerta cuando el cerrojo se acciona y se abre una rendija. Desde la apertura sale el cañón de una escopeta vieja. Está apuntando a su abdomen, y Kjell se detiene en seco. Levanta ambas manos, pretendiendo no tener intención de usar su arma.

—No hace falta eso, señor —dice con su voz más sincera—. Solo estoy de paso para ver si alguien por aquí necesita una mano amiga.

—La única ayuda que necesito —dice una voz con un marcado acento sami que Kjell apenas puede entender— es que vosotros hagáis vuestro trabajo y controléis las cosas por aquí.

—Entiendo su preocupación, señor —dice Kjell, intentando distinguir el rostro detrás de la escopeta, pero está en la sombra—. Y le aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos.

La escopeta baja un poco, y la puerta se abre unos centímetros más.

Aparece el rostro de una mujer.

—No soy ningún señor —dice, aunque su voz es tan ronca que parece la de un hombre.

—Oh, mis disculpas —dice Kjell, sonriendo cálidamente—. Simplemente asumí... por el arma...

—Sí, las armas solo son para hombres, ¿no? Como los puros y las pollas.

Kjell no puede evitar soltar una risa corta y genuina.

Guarda su pistola. Antes de que pueda pensar en una respuesta adecuada, la mujer abre la puerta un poco más, revelando su figura robusta. Debe tener al menos cincuenta años, pero parece estar en forma y ser astuta. Claramente, alguien acostumbrada a valerse por sí misma. Asiente con la cabeza hacia el camión con el motor en marcha.

—¿Llevas algún infectado en tu camión?

—Algunos —dice Kjell, echando una mirada casual hacia atrás—. He limpiado bastante bien esta zona.

—No lo sé —dice la mujer, arqueando una ceja arrugada—. Tres cadáveres en mi patio trasero dicen lo contrario. Tuve que encargarme de ellos yo misma. —Patea la escopeta.

Kjell admira la resolución de la mujer. Es casi una lástima que tenga que llevársela. Pero necesita al menos una persona más que esté viva, no infectada, para que su plan funcione, y no puede asegurarse de que se encuentre con alguien más en su camino.

—Gracias por tu ayuda —le dice—. Ahora mismo necesitamos más civiles como tú. Alguien que tome el control de la situación con sus propias manos.

La mujer lo mira con desconfianza.

—Eso ciertamente no es lo que están diciendo en la radio. Esos llamados expertos no paran de decir que debemos quedarnos aislados y que los infectados están enfermos y necesitan ayuda médica. Bueno, yo miré bien a esos desgraciados a los ojos, y te lo digo ahora mismo, no están enfermos. Ya ni siquiera son humanos. No me sentí culpable en absoluto por enviarlos de vuelta con su creador.

—No deberías sentirte culpable —dice Kjell de inmediato—. Porque tienes razón. No son personas. Son básicamente cadáveres andantes. En mi opinión, es un acto de misericordia acabar con ellos.

La mujer lo examina de arriba abajo.

—No esperaba que un representante del gobierno hablara con tanta franqueza.

—Bueno, fuiste muy honesta conmigo al admitir haber cometido tres asesinatos, así que pensé que debería devolverte el favor —dice Kjell, dándole a la mujer su sonrisa más encantadora. No está funcionando, sin embargo. Puede notar que sigue siendo cautelosa. Eso lo irrita. Esperaba haber tenido la oportunidad de quitarle la escopeta, pero la mujer sigue dentro y no muestra señales de haber relajado su guardia. Si intenta lanzarse sobre ella, es muy probable que dispare.

—No necesito ayuda —dice la mujer, con tono de despedida—. Puedes seguir tu camino, soldado.

—En realidad, solo necesito una cosa más —dice Kjell cuando la mujer está a punto de cerrar la puerta.

Ella lo mira.

—¿Sí?

La mente de Kjell trabaja frenéticamente para encontrar una petición adecuada. Algo que la haga salir. O que la haga darse la vuelta. O incluso que la tome por sorpresa durante medio segundo. Cualquier cosa que le permita lanzarse hacia la escopeta y arrebatársela. Para ganar tiempo, se rasca la frente con la uña del pulgar, pretendiendo estar pensando en cómo formular lo que sea que vaya a decir.

—Venga —grita la mujer—. ¿Qué es?

—Bueno, ya sabes... la cosa es...

No tiene nada que decir realmente. Está a punto de lanzarse sobre ella, aunque sin distracciones y con sus ojos fijos en él, existe un buen riesgo de que le dispare. En ese momento se presenta la distracción perfecta.

6

—¿Qué está haciendo? —susurra Belinda.

Aunque el amanecer debe haber llegado ya, la parte trasera del camión sigue casi completamente a oscuras. Sus ojos se han acostumbrado a la penumbra, por lo que puede distinguir el rostro de Aksel, y puede notar que solo hablar hace que le duela la garganta. Le agradece a Aksel por haberle quitado el bozal, y también haberla desatado. Lo único que no podía quitarle eran las esposas. Belinda había logrado pasar sus manos por delante de sus pies, de modo que ahora están frente a ella.

—No lo sé —dice Aksel, poniéndose de pie.

El camión se detuvo hace casi un minuto y ahora está en ralentí. No hay ventanas, y no tienen más referencia que los sonidos del exterior. Y esos son difíciles de percibir, debido al coro constante de gemidos de los zombis.

Aksel se acerca al asiento vacío frente a Belinda y coloca su oído contra la pared. Escucha atentamente. Percibe dos voces hablando. Parecen ser dos hombres. Una de las voces le resulta familiar. Es el soldado renegado que lo atrapó, cerrando la puerta. La conversación parece desarrollarse en tonos relativamente amistosos. Aksel esfuerza al máximo su oído y logra captar algunas frases.

—... no necesito ayuda —dice la otra persona, con tono de desconfianza—. Puedes seguir tu camino...

—En realidad —dice el soldado—, solo hay una cosa más.

Suena diferente. Como si estuviera fingiendo.

«Está engañando a alguien», se da cuenta Aksel. «Está a punto de disparar...».

—¿Oyes algo? —susurra Belinda desde detrás.

Aksel la mira de reojo. No está seguro de si lo que está pensando hacer es la decisión correcta, pero no puede quedarse de brazos cruzados y permitir que ese psicópata allá fuera asesine a otra persona inocente. Al menos merece una advertencia.

Entonces, forma un embudo con las manos alrededor de la boca y grita con fuerza:

—¡Cuidado! ¡Va a matarte!

—¡Cuidado! ¡Va a matarte!

El grito viene de la parte trasera del camión.

Kjell está casi tan sorprendido como la mujer. Casi.

El tipo gritando desde el camión es algo inesperado, pero no lo suficiente como para hacer que Kjell gire la cabeza.

La mujer, por otro lado, aparta la vista de él para mirar el camión detrás suyo por una fracción de segundo, y eso es todo lo que Kjell necesita.

Da un paso hacia adelante, y cuando la mujer lo siente acercarse, levanta la escopeta, claramente con la intención de volarle la cabeza. Kjell está preparado para ello, y ya ha movido su brazo. Golpeando el cañón con la palma de la mano, lo aparta justo cuando la mujer dispara. El disparo es tan cercano a su oído que le borra inmediatamente el sentido del oído. La onda de choque golpea su cara y cuello, pero los perdigones pasan justo a su lado.

La mujer grita frustrada y sorprendida. Intenta levantar la escopeta de nuevo, retrocediendo al mismo tiempo para crear un poco de espacio entre ellos, pero Kjell está listo para esto y la sigue, agarrándola por el cuello. Es más grueso de lo que Kjell esperaba, y su mano enguantada no puede obtener un buen agarre. La mujer también es más fuerte de lo que él pensaba, y no solo logra liberarse, sino que también inesperadamente le pisa el pie.

Es un truco de autodefensa simple, de adolescente. Por eso lo toma completamente desprevenido, ya que no esperaba que una vieja bruja tuviera habilidades como esa, y casi funciona. La mujer lleva zuecos de madera, y su talón aplasta los dedos de Kjell. Ahora es él quien grita de dolor, y su propia voz suena extrañamente distante y distorsionada en sus oídos sordos por el disparo anterior.

Deja de jugar limpio con la mujer. La necesita viva, pero no necesita estar ilesa para servir a su propósito. Así que se lanza hacia adelante y le da un cabezazo entre los ojos. Es suficiente para que caiga sentada, y mientras cae, Kjell le arranca la escopeta de las manos. Solo para asegurarse de que entienda el mensaje, gira el arma y la golpea con la culata en el plexo solar.

La mujer se desploma y se encoge en posición fetal, tosiendo y jadeando. Kjell le da una patada en la parte baja de la espalda por si acaso, luego recuerda que necesita que pueda caminar, así que dañar su columna probablemente no sea sensato.

—Eres dura para tu edad —gruñe, sacudiendo su pie que aún duele por el pisotón sorpresa—. Si me das más problemas, te volaré los sesos con tu propia arma, y luego encontraré a alguien más cooperativo. ¿Está claro?

La mujer gira la cabeza para mirarlo. Muestra sus pequeños dientes amarillentos y dice algo que a Kjell le suena como una invitación a poner el cañón de la escopeta donde realmente nunca debe ir, y luego apretar el gatillo.

Kjell no puede evitar sonreír a pesar del dolor en sus dedos.

—Me gustas. —Mira alrededor buscando algo con lo que atarla. Hay una correa de cuero vieja colgando entre los abrigos—. ¿Tienes un perro?

La mujer no responde. Kjell mira alrededor del pequeño rincón de la cabaña que puede ver. Hay un colchón tirado en el suelo junto a un sillón en la sala de estar, y a juzgar por cómo está gastado en el centro, parece que un perro grande solía dormir allí.

Kjell mira a la mujer.

—¿Dónde está tu perro?

La mujer simplemente lo mira.

—Supongo que no está en casa, o ya me habría atacado —deduce Kjell. Toma la correa y se inclina sobre la mujer, diciéndole que se voltee. Ella le escupe, y cuando él la agarra, ella comienza a pelear, así que Kjell le da otra patada, esta vez en el costado, y la mujer grita de dolor. Es suficiente para que deje de resistirse, y Kjell le ata las manos a la espalda.

Luego, dejándola boca abajo, va a la cocina en busca de algo para comer.

Hay una barra de pan casero en la encimera, junto a un tarro de mermelada. Parte el pan por la mitad, le unta la mermelada, lo vuelve a juntar y comienza a devorar el bocadillo. Cuando regresa hasta donde está la mujer, ella ha logrado ponerse de rodillas y está a punto de levantarse, cuando Kjell deja caer la escopeta y la agarra por el pelo. No necesitará su arma, así que la deja y arrastra a la mujer hasta el camión mientras sigue comiendo su bocadillo.

Desbloquea la parte trasera del camión. Justo cuando está a punto de abrir la puerta, se da cuenta de que su pasajero desconocido podría estar armado.

El hecho de que no haya disparado aún (lo cual es en realidad inteligente, ya que el camión es a prueba de balas, y probablemente acabaría hiriéndose a sí mismo), no significa que no tenga un arma.

Así que Kjell se mete el último trozo de pan en la boca, coloca a la mujer frente a él, y saca su propia pistola. Luego estira el brazo y abre la puerta. La abre de golpe, y da un paso atrás, manteniendo a la mujer como escudo frente a él.

La escena dentro del camión es aún más extraña ahora que la luz del día ilumina a los pasajeros. Todos están gimiendo, retorciéndose, tirando de las correas. Todos siguen en su sitio. Y no puede ver al pasajero clandestino. Debe estar escondido en la parte trasera. No muestra su rostro, y tampoco dispara.

—Vale, para dentro —le dice Kjell a la mujer. Su audición está volviendo—. Hay alguien más vivo ahí dentro. Podéis haceros compañía.

La empuja hacia adelante. Ella resiste brevemente hasta que Kjell le da un puñetazo en la escápula. La mujer se sube al camión y Kjell cierra la puerta de un golpe y la bloquea.

—¡Será mejor que te sientes! —grita, dando una palmada en la puerta—. No vaya a ser que te caigas.

Luego va hacia la parte delantera del camión, silbando.

8

—Por favor —dice Juma, levantando las manos, como si pudieran protegerlo en caso de que el tipo decidiera comenzar a cortarlo—. Por favor, no me hagas salir.

El hombre se relame los labios, y Juma logra ver un destello de encías rosadas. En realidad, no tiene dientes. Probablemente use dentadura postiza, pero no tuvo tiempo de ponérsela cuando Juma lo despertó aporreando la puerta. El aire en el pasillo es muy cargado, y apoyadas contra la pared hay tres bolsas grandes de plástico, todas llenas hasta el borde de latas de cerveza vacías.

—Lo siento, chaval —dice el viejo, negando con la cabeza—. Pero no voy a contagiarme de ese virus. Y no tengo forma de saber si lo tienes o no. Lo único que sé es que estabas dando vueltas entre ese grupo de pobres desgraciados ahí fuera, así que no voy a correr ningún riesgo. ¡Ahora, sal de mi casa!

Hace un gesto con el machete, como si fuera la batuta de un director de orquesta.

Juma gira la cabeza brevemente para mirar la puerta.

—¿En serio? ¿De verdad quieres que abra esa puerta?

El viejo mira por encima de Juma durante unos segundos. Los infectados siguen golpeando la puerta. El viejo hace una mueca.

—No, supongo que tienes razón. Eso no sería una buena idea.

—No, exacto —dice Juma, bajando ligeramente las manos—. Muchas gracias. Te prometo que no estoy...

—Eso no significa que te quedes —lo corta el tipo, apuntándole con la hoja del machete a la cara—. Quiero que te largues de aquí lo antes posible. Antes de que puedas esparcir esos microbios por toda mi casa.

—No creo... no creo que sea algo que se transmita por el aire —dice Juma—. Por lo que he escuchado, necesitas estar...

—¡Cállate! —exige—. Deja de hablar. Y aquí, ponte esto sobre la boca... —Toma una bufanda del perchero y se la lanza a Juma.

Juma la coge, la mira y luego mira al anciano.

—Esto es de lana. No serviría de...

—¡He dicho que te cubras la boca y la nariz con ella, maldita sea!

Juma sostiene la bufanda sobre la parte inferior de su cara, haciendo una mueca por el fuerte olor a sudor y colonia rancia.

—Ahora, ¡sube las escaleras!

Juma lo mira, confundido, hasta que el tipo retrocede y señala hacia un lado. Cuando Juma avanza, ve una escalera que estaba oculta por una torre de cajas de cartón, que parecen estar llenas de más latas de cerveza.

—Escucha, si subimos las escaleras...

—¡Una palabra más y te juro por Cristo que te corto esa cabezota charlatana! —grita a Juma, haciendo que le salga saliva de la boca—. ¡Ahora, empieza a subir, maldita sea!

Juma sube rápidamente las escaleras. Es un verdadero acto de equilibrio, ya que cada escalón está lleno de un montón de trastos, ropa y objetos aleatorios como un cepillo de dientes, una lámpara, una bomba de bicicleta, una llave inglesa, incluso una freidora de aire vieja y grasienta. Y por supuesto, más latas de cerveza.

No es solo un alcoholico, se da cuenta Juma. También es un acumulador.

La mente de Juma aún está luchando por entender todo lo que acaba de pasar. Hace unos segundos, literalmente estaba corriendo por su vida. Ahora, aunque puede que no esté en el mismo tipo de peligro inmediato, ciertamente no está a salvo.

«Debo tener mucho cuidado con lo que digo o hago. Esta persona es completamente inestable».

Está preocupado por Kathrine, y más aún por Zuri. ¿Están ambas a salvo? ¿Simplemente lo llamaron para advertirle? Lamenta profundamente no haber estado disponible esta mañana.

Kathrine trabaja en una gasolinera junto a la autopista, y Juma está bastante seguro de que ayer tuvo el turno de noche, lo que significa, que lo más probable es que esté ahora en casa de sus padres. Lo cual es bueno, porque está lejos de aquí.

Su tía, por otro lado, está mucho más cerca. Al no poder salir del apartamento, es mucho más vulnerable. Estaba durmiendo cuando Juma la miró desde la puerta de su habitación antes de salir. ¿Hace cuánto? ¿Treinta minutos? No notó nada fuera de lo común al salir del edificio y dirigirse a su bicicleta. Pero quizás simplemente no estaba prestando atención. Quizás los infectados ya estaban allí, acechando a la vuelta de la esquina. ¿Podrían haber entrado en el

edificio y haber forzado su entrada al apartamento? La idea de su tía allí, postrada en la cama y completamente indefensa, mientras un grupo de infectados recorría el apartamento, era demasiado horrible para...

Cuando Juma llega al rellano del segundo piso, choca accidentalmente con una torre de libros, cajas y viejos DVDs. Instintivamente trata de atraparlos, pero se caen y hacen un gran estruendo al volcar más cosas.

—Oh, Dios, lo siento —dice apresuradamente—. No los vi.

—¡Déjalo! —se oye gruñir al hombre mientras Juma se arrodilla y comienza a recoger las cosas—. No te preocupes por eso, maldita sea. Ven, por aquí. Vas a... —El tipo rompe en un ataque de tos y se distrae momentáneamente.

Todavía sostiene el machete apuntando a Juma, pero se dobla y cierra los ojos mientras tose.

Juma mira hacia abajo y ve una lata de limpiador de horno. Es de las que se rocían. Antes de que pueda pensarlo, agarra la lata, y mientras se levanta, la esconde discretamente bajo su chaqueta, metiéndola en su cinturón.

Cuando logra controlar un poco la tos, hace un gesto con la hoja del cuchillo en la dirección en la que quiere que Juma vaya.

Entran en una habitación con una cama individual que parece que debería haber sido reemplazada hace años. Sin embargo, aparentemente aún se usa, ya que hay un libro abierto y un mando a distancia sobre la almohada. Al pie de la cama hay una televisión encendida, sobre una pirámide de cosas. Está en silencio, pero muestra las noticias locales. El reportero está hablando a la cámara con una expresión grave, y el titular dice: CONFINAMIENTO TOTAL EN TODO MO. Hay un estrecho pasillo alrededor de la cama que lleva a una ventana, cuyas persianas están bajadas.

—Ahí —le indica, señalando la ventana—. Ahí tienes tu salida.

—No puedes estar hablando en serio —dice Juma, mirando al tipo y luego a la ventana—. Estamos muy alto. Si salto, me romperé...

—Estarás bien —lo interrumpe—. Da a un tejado. Estoy seguro de que puedes encontrar un lugar donde bajar a la calle. ¡Venga, en marcha! No pienso repetírtelo.

Juma se mueve con desgana alrededor de la cama, acercándose a la ventana.

Quizás esto sea lo mejor. Quizás debería simplemente salir de la casa de este viejo acumulador y volver corriendo al apartamento lo más rápido posible. Sin su bicicleta, tardará unos diez minutos, y él...

Su teléfono vibra en el bolsillo. Lo saca, lo mira y se lo muestra al viejo.

—Por favor, ¿puedo contestar? Es mi tía. Probablemente esté muy preocupada.

—¡Puedes hablar con tu maldita tía una vez que hayas salido por esa ventana! —grita, acercándose.

—¡Está bien, está bien! —dice Juma, guardando rápidamente el teléfono en su bolsillo—. ¿Cómo se abre esto?

—Tira de las persianas.

Juma forcejea con la cuerda. Está toda enredada y pegajosa con algo que podría ser simplemente años de polvo acumulado. Pero cuando tira, las persianas suben sin problemas, dejando entrar la luz del día. Juma entrecierra los ojos y mira hacia fuera. El tipo no mentía. La ventana da directamente al tejado plano de la casa vecina. Gira el mango, y la ventana se abre como una puerta.

Juma duda brevemente, mirando a aquel hombre tan peculiar.

—¿A qué esperas? —gruñe el hombre—. ¡Sal de aquí!

Juma se sube al radiador debajo de la ventana y estira una pierna hacia afuera. Mientras lo hace, la lata de limpiador se desliza de debajo de su chaqueta y cae sobre el alféizar con un golpe.

Juma se queda inmóvil.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta el tipo, acercándose—. ¿Llevabas una lata de...? —Mira de la lata a Juma, reconociendo el limpiador de horno—. Oye, ¡eso es mío! Maldita rata ladrona. ¿Pensabas robarme?

—No —dice Juma, negando con la cabeza—. No, solo... estaba... por si acaso tú...

—¿Por si qué? —le espeta, acercándose, levantando el machete—. ¿Por si te pedía que me limpiaras el maldito horno? ¡Eres un mentiroso de mierda, eso es lo que eres! ¡Un intruso y un ladrón! ¿Sabes lo que hacían con los de tu calaña en los viejos tiempos? Déjame enseñarte...

El hombre corre hacia él, obviamente con la intención de cortarlo con el machete, ya que lo levanta para dar un golpe.

Juma está completamente expuesto, sentado a horcajadas en el alféizar de la ventana. Grita, agarra la lata y la apunta directamente a la cara del tipo. No tiene idea de si queda algo en su interior, pero no tiene otra opción. Si la lata está vacía no conseguirá nada y probablemente le cortará la mano.

Resulta que hay mucho líquido adentro. Sale disparado en una espesa niebla blanca, cubriendo la cara de su atacante.

El hombre grita de dolor y se echa hacia atrás lo suficiente como para que el machetazo falle por unos centímetros.

—¡Mis ojos! —grita, limpiándose la cara con la manga, parpadeando frenéticamente a través de la espuma pegajosa—. ¡Maldito pedazo de mierda... Te voy a matar!

Trata de asestar otro corte hacia Juma, que escapa de un corte seguro al lanzarse por la ventana. Cae de bruces sobre el tejado, perdiendo el aliento.

El señor se asoma por la ventana, todavía sin poder ver, pero agitando el arma igualmente mientras maldice a Juma. Este se apresura a alejarse fuera de su alcance. En su furia, se le cae el machete, lo que lo enfurece aún más. Juma rápidamente se acerca y lo agarra.

—¡Maldito ladrón de mierda! —grita el tipo, mientras Juma corre por el tejado, alejándose de la ventana—. ¡Vuelve aquí con mi cuchillo, o te juro que lo lamentarás toda tu vida!

9

—Vale, para dentro. Hay alguien más vivo ahí dentro. Podéis haceros compañía.

Aksel mantiene la cabeza agachada para no ser visible desde la puerta. Pero al girar ligeramente, puede ver la apertura. La luz del día le duele en los ojos. La silueta del soldado empuja a alguien más dentro del camión. La persona —parece una mujer— sube con vacilación. Los zombis de ambos lados la tocan ansiosamente.

Luego, el soldado cierra la puerta de golpe, dejándolos de nuevo en la oscuridad.

—¡Será mejor que te sientes! —grita desde afuera—. No vaya a ser que te caigas.

Aksel lo oye silbar una melodía alegre mientras regresa al frente del camión. Es una canción que Aksel ha escuchado antes, pero no puede ubicarla del todo. Unos momentos después, el camión vuelve a arrancar.

—¿Quién era? —susurra Belinda.

—Ni idea —responde Aksel, inclinándose hacia adelante para intentar ver a la nueva pasajera—. Pero estamos en el mismo barco. Oye, aquí abajo.

Puede ver a la mujer avanzando por el centro del camión, mirando nerviosa a ambos lados. Aksel se pone de pie para recibirla.

—¿Quién eres? —pregunta la mujer con voz baja y ronca.

—Soy Aksel, ella es Belinda. Ven, siéntate, o te caerás cuando haga un giro.

Extiende su mano, pero la mujer o no lo ve o no quiere tocarle.

—No estamos infectados —le asegura Aksel—. Y por la forma en que esos muertos te intentaban alcanzar, supongo que tú tampoco lo estás.

—No —responde la mujer sencillamente, avanzando hacia el asiento. Se sienta e intenta distinguir sus rostros.

Aksel apenas puede distinguir su cara. Es mayor de lo que pensaba al principio.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —pregunta ella. Su acento es muy fuerte, y si Aksel no lo hubiera escuchado antes, le costaría entenderla. Claramente, la mujer nació y se crio más al norte.

—¿Esto es algún tipo de iniciativa gubernamental?

—Difícilmente —responde Aksel—. Lo era, pero luego ese tío que acabas de conocer tomó el control, y ahora no tenemos ni idea de lo que quiere, al igual que tú. Sea lo que sea que quiera de nosotros, supongo que no es nada bueno. Pero no tenemos otra opción que esperar y ver.

—A la mierda con todo —dice la mujer—. Debería haberle disparado cuando tuve la oportunidad...

—¿Tuviste la oportunidad de dispararle?

—Sí, cuando llegó a mi puerta. Me engañó y me quitó la escopeta.

—¿Te dijo algo sobre lo que está haciendo?

La mujer resopla.

—Me soltó una sarta de tonterías sobre ver si necesitaba ayuda. Enseguida me di cuenta de que tramaba algo. Debería haber seguido mi instinto.

—Sí, bueno. De los errores se aprende.

—No estoy segura de que vivamos mucho más tiempo —dice la mujer sin rodeos.

—Tenemos que hacerlo —interviene de repente Belinda. Aksel oye cómo traga saliva, y luego expresa un gemido de dolor—. Porque tengo que volver con mi hija.

—No vamos a rendirnos sin luchar —coincide Aksel—. Solo tenemos que estar preparados para lo que venga...

Corre hasta llegar al borde del tejado, que está conectado al tejado contiguo, pero esa casa es aproximadamente un metro y medio más alta, lo que significa que Juma tendrá que escalar una pared. El siguiente tejado tampoco es plano, sino de esos donde dos lados inclinados se encuentran en el centro. Y para hacerlo aún más peligroso, está cubierto de tejas brillando con escarcha.

Juma se detiene y mira atrás. El viejo ya no está en la ventana. Pero, juzgando por lo enojado que estaba, no está seguro de que haya abandonado la persecución. Tal vez haya regresado al interior para aclarar su vista, recuperarse, encontrar otra arma y luego ir tras él.

En cualquier caso, regresar no es una opción. Así que escala la pared y sube al siguiente tejado. Camina por la cresta, que es lo suficientemente ancha para caminar, pero es muy resbaladiza, y más de una vez su pie resbala y tiene que arrodillarse rápidamente para recuperar el equilibrio, si lo pierde, no habrá forma de detener el deslizamiento, y acelerará hasta salir volando por el borde, para luego caer al suelo. Lo cual, sin duda, resultará en una fractura de algún hueso.

Juma sigue adelante, concentrado. Siente que pasa una eternidad, pero finalmente llega al final del tejado. Termina abruptamente en un callejón con una caída bastante empinada. No hay forma de que pueda saltar hasta la próxima casa. Mirando a los lados, tiene la opción de volver a la calle de la que acaba de venir o seguir hacia otro patio. Desde la calle, puede oír gruñidos y peleas. Desde que escapó del apartamento del hombre, su mente ha filtrado los ruidos, haciendo que parezcan sonidos habituales de fondo de la ciudad. Ahora que escucha con atención, puede notar que no tienen nada de habitual. Se oyen gritos y voces más distantes, mezclados con disparos.

«Esto se está saliendo de control», se da cuenta Juma con una sensación de hundimiento, todavía de pie al borde del tejado. «No podrán contenerlo».

Necesita regresar a casa. Y rápido.

Al mirar de nuevo hacia el patio, nota la chimenea. Forma parte de la estructura de ladrillo y se eleva un metro sobre el tejado. Hay pequeños escalones metálicos montados en el costado, probablemente destinados para los deshollinadores. O quizá como una vía de escape en caso de incendio. No los había visto hasta ahora debido a lo alterado que estaba. Ahora se agacha y extiende la mano hacia la chimenea. Apenas puede alcanzarla. Agarrando el metal frío, lo siente firmemente estable, y es capaz de trepar hasta el borde del tejado sin mucha dificultad. Desciende rápidamente por la chimenea hasta llegar al suelo.

Tan pronto como sus botas tocan el suelo, escucha un gruñido a su lado. Al girar la cabeza, ve a un hombre infectado que se dirige hacia él.

Con un grito, Juma corre hacia el patio, rezando para que no sea otro callejón sin salida.

Afortunadamente no lo es. Este también está cerrado por todos lados, pero con una verja de madera antigua. Es fácil de escalar, y ahora Juma se encuentra en el jardín de una de las casas. Mientras cruza el césped helado, escucha un golpe agudo en el cristal. Al mirar hacia la casa, ve a una pareja mayor de pie tras las ventanas grandes de un invernadero. La mujer está hablando por un teléfono móvil, y el hombre le hace señas a Juma, animándole con entusiasmo a que se refugie en la seguridad de su hogar.

Juma duda por un momento. Es tentador. Está seguro de que la pareja mayor no ha estado expuesta, y aunque no pueden saber con certeza que él tampoco lo ha estado, aún están dispuestos a ofrecerle cobijo.

Pero lo que hace que no acepte el refugio, es el pensamiento de Zuri. Su tía lo necesita. Así que sacude la cabeza brevemente y sigue corriendo.

En menos de diez minutos, Hagos empieza a sudar, temblar, jadear.

Está avanzando mucho más rápido que en el caso de Ella. Probablemente porque la herida está en su cabeza, justo al lado del cerebro.

Ella le ayuda a meterse en la bañera, haciéndolo más cómodo con algunas prendas de ropa. Luego le coloca un paño frío y húmedo en la frente. Él recuesta la cabeza con un suspiro.

—Una locura, ¿eh? —murmura—. Cómo hicimos esto hace solo unas horas, solo que eras tú la que estaba enferma.

—Lo sé —dice Ella, sonriendo cansada. Está sorprendida de lo mal que se siente. No solo porque sabe por lo que está pasando Hagos, sino también porque sabe que sus posibilidades de un final feliz como el que ella tuvo son mínimas. Además, en las pocas horas que han pasado juntos, le ha cogido mucho cariño.

No sabe qué más decir.

Por suerte, Hagos cambia de tema:

—Escucha, Ella. Conozco a alguien que puede ayudarte. Es un amigo mío muy cercano. Confío en él. Y está estudiando biología. Si hay algo especial en tu cuerpo, lo encontrará —saca su teléfono y se lo entrega—. Toma, llévatelo. Yo no lo necesitaré. El código de bloqueo es 2401. Es el cumpleaños de mi hermana... —En este punto, Hagos parece perder el hilo de sus pensamientos por un momento. Luego parpadea y vuelve en sí—. Juma está entre mis contactos. Llámale. Estoy seguro de que aún está en la ciudad.

—De acuerdo —murmura Ella, metiéndose el teléfono en el bolsillo—. Mira... si alguna vez vuelvo a ver a Marit, le patearé el trasero por ti.

—No —dice Hagos de inmediato, sacudiendo la cabeza con firmeza—. Por favor, solo dale mi perdón.

Ella frunce el ceño.

—No puedes hablar en serio. Todo esto es por su culpa. Ha actuado como una niña egoísta todo el tiempo. Sé que perdió a sus padres, pero vamos. Incluso me mintió sobre que tú estabas aquí dentro.

—Probablemente porque pensó que ya estaba muerto y se sentía muy culpable —dice Hagos con calma.

—Sí, y debería sentirse culpable.

Ella nota cómo su voz se eleva, y se sorprende al darse cuenta de que está a punto de llorar. Traga fuerte para contenerse.

Hagos lo ve y sonríe.

—Aprecio tu pasión, Ella. Eres una buena persona. Pero Dios no quiere que Marit se sienta culpable, así que ¿por qué debería quererlo yo?

Ella extiende los brazos.

—¿Por qué no querría Dios que Marit se sintiera avergonzada? Hizo algo horrible. No es que haya estudiado mucho la Biblia, pero estoy bastante segura de que Dios se enfada todo el tiempo cuando la gente se comporta mal.

—Sí, bueno. No es así como lo veo yo —Hagos traga saliva. Parece que duele al hacerlo—. La culpa es algo que creamos. Porque esperamos castigo. A veces, incluso lo deseamos para nosotros mismos. Pero eso no es lo que Dios quiere. Él quiere que seamos felices. Que estemos en paz.

Ella frunce el ceño.

—Entonces, ¿deberíamos ir por ahí sintiéndonos alegres, incluso cuando huimos como cobardes y dejamos a alguien morir cuando claramente podríamos haberle ayudado?

—Marit lo hizo lo mejor que pudo. Y no, no debería sentirse feliz. No hasta que haya pedido perdón a Dios.

—Espera, pensé que habías dicho que no tenía nada de qué sentirse culpable. ¿Entonces por qué necesita pedir perdón?

—No lo necesita. Ciertamente es libre de no hacerlo. Es su decisión. Pero no estará libre de miedo ni arrepentimiento hasta que lo haga —sacude la cabeza lentamente, su voz se convierte en un susurro—. Sentirme enfadado con ella no cambia nada. Excepto que llena mi corazón de odio. Y el odio me cierra a Dios. Y ahora... —Hagos cierra los ojos, y una lágrima rueda por su mejilla—. Ahora, quiero estar más cerca de Él que nunca.

Ella siente cómo su corazón se expande. Es un sentimiento de amor, de conexión, pero también es un sentimiento de tristeza, de duelo.

De rendición.

—Creo que lo entiendo —dice con la voz rota, limpiándose una lágrima del ojo—. Entiendo cómo lo ves. Ojalá pudiera verlo siempre de esa forma.

—Puedes —dice Hagos, sin abrir los ojos—. Solo es cuestión de querer.

—Lo siento mucho, Hagos —dice Ella, sorbiendo—. Me has ayudado tanto, y... y ahora que tú eres el que está muriendo, sigues ayudándome.

Él abre los ojos para mirarla. Aunque parece estar muy enfermo, sus ojos están más vivos que nunca.

—Si esa es mi pequeña parte en sus planes, entonces estoy agradecido de poder servirle. Por favor, Ella. Descubre cuáles son tus razones.

—Lo prometo —dice Ella, enderezándose un poco—. Supongo que debería irme. ¿Necesitas que haga algo más?

Hagos dirige su mirada hacia la ventana.

—¿Podrías abrirla, por favor? Me gustaría ver la luz una vez más.

—Claro.

Ella se inclina sobre la bañera y abre la ventana por la que Gunnar trepó la noche anterior. A lo lejos, se escuchan gritos, disparos, sirenas. El cielo está nublado, pero las nubes son blancas, y la luz que se filtra a través de ellas es tan hermosa como el más ardiente atardecer.

—Gracias —sonríe Hagos—. Ahora, por favor, vete.

Ella se inclina y toma su mano. Está ardiendo. Él la aprieta suavemente y luego la suelta.

Ella sale del baño, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Volver a casa cruzando los jardines resulta mucho más lento de lo que Juma pensaba. Pero al menos llega sin encontrarse con más personas infectadas.

Cuando finalmente llega a la calle donde está el edificio, ha saltado al menos cinco verjas y ha atravesado aún más setos. Está sudando bajo su chaqueta gruesa, sus pantalones están rasgados y tiene ramas en su pelo afro.

Jadeando, mira hacia ambos lados. Por lo que puede ver, tanto la calle como el aparcamiento frente al bloque están desprovistos de cualquier cosa peligrosa. Hay coches aparcados, una bicicleta abandonada, pero no hay cadáveres, ni personas infectadas, ni señales inmediatas de lucha.

Debe de ser una buena señal, piensa Juma mientras cruza la carretera corriendo.

Intenta ir al gimnasio al menos un par de veces por semana, haciendo carreras moderadamente largas en la cinta, y está muy agradecido por ello, porque si no estuviera en al menos una condición física decente, estaría agotado a estas alturas. Puede sentir el esfuerzo en sus muslos y hombros, especialmente por todo lo que ha tenido que escalar, pero todavía es capaz de moverse bien. El subidón de adrenalina probablemente también está ayudando.

Pasa corriendo por las dos primeras entradas, deteniéndose junto a la tercera.

—Oh, no...

Al ver la puerta abierta de par en par, su corazón se hunde. La cuña de madera atascada bajo la puerta le dice de inmediato lo que ha sucedido. Gunhild, la anciana gorda que vive en el piso debajo de Juma y su tía, ha vuelto a desobedecer las normas y ha dejado la puerta principal abierta. Juma le ha dicho varias veces que por favor no lo hiciera, no solo porque hacía que la factura de la calefacción compartida subiera considerablemente, sino también porque era un riesgo evidente para la seguridad, especialmente cuando Zuri estaba sola en casa. Ella le había

respondido que el olor a especias era tan fuerte que tenía que dejar entrar aire fresco, lo que era una clara indirecta hacia Juma y Zuri, que eran los únicos en el bloque que cocinaban con algo más exótico que sal y pimienta. Cuando Gunhild continuó dejando la puerta abierta, Juma presentó una queja formal a la asociación de vecinos, y supuestamente le habían dicho a Gunhild que dejara de hacerlo, o la desalojarían.

Aparentemente, la amenaza no fue suficiente, porque Gunhild lo ha hecho dos veces desde entonces. Y ahora una tercera vez. Precisamente hoy, en un día como este.

—No me lo puedo creer...

Juma corre hacia el edificio y sube las escaleras de tres en tres.

Mientras pasa por el rellano del segundo piso, una cabeza asoma por la puerta, lo que le hace gritar. Gunhild, a su vez, también grita, y luego le lanza una mirada fulminante.

—¡Casi me matas del susto!

—¿Por qué has dejado la maldita puerta principal abierta? —grita Juma, incapaz de contenerse —. ¡Alguien infectado podría haber entrado aquí!

Gunhild retrocede como si Juma hubiera intentado abofetearla. Niega con la cabeza, haciendo que sus mejillas carnosas tiemblen.

—¡No lo sabía! Intenté bajar a cerrarla, pero...

Un ruido desde arriba llama la atención de Juma. Es un golpe, seguido de un grito.

—Oh, Dios. ¡Zuri!

Sube corriendo otro nivel. Gunhild le llama, pero no logra captar las palabras. Lo único en lo que puede pensar es en llegar hasta su tía. Cuando llega al tercer piso, se detiene en seco una vez más.

Porque esa puerta, la puerta de su apartamento, el de él y Zuri, también está abierta. No completamente, pero entreabierta. Lo que es aún más inquietante son las marcas de arañazos y la sangre que ha sido esparcida por toda la superficie blanca. Al llegar allí y respirar una bocanada de aire, puede oler la fiebre, la sangre, la descomposición, borrando el último rastro de esperanza de que quien haya pasado por allí no estuviera infectado.

En ese momento se escucha un gruñido desde el interior del apartamento, seguido de otro grito débil.

Juma siente ganas de llorar. Quiere girarse y salir corriendo.

Pero no puede. Así que vence el miedo, empuja la puerta y entra en el apartamento.

Al salir por la puerta principal, Ella escucha inmediatamente un profundo estruendo, tan fuerte que lo siente a través de las suelas de sus zapatos.

Perpleja, levanta la vista hacia el cielo mayormente nublado. Las nubes son del tipo fino y gris claro, no las que llevan truenos y relámpagos.

A medida que el sonido se vuelve aún más fuerte, se da cuenta de que no viene de arriba. Girándose hacia la calle, ve un enorme vehículo militar rodando hacia su campo de visión. No es un tanque, al menos Ella no lo cree, ya que no parece tener ese cañón en la parte delantera, pero sin duda está blindado y hecho para el combate.

A medida que pasa por la entrada de la casa de Greta y Gunnar, ve dos vehículos más pequeños... jeeps, según ella cree. Estos siguen de cerca al primer vehículo, y detrás viene un grupo de soldados completamente equipados, portando armas grandes.

Ella no puede hacer más que quedarse ahí, mirándolos, mientras continúan por la calle residencial. Uno de los últimos soldados la ve. Disminuye la velocidad lo suficiente para señalar a Ella como un árbitro enfurecido y gritar:

—¡Gå inn igjen!

Luego siguen adelante, y Ella escucha cómo el estruendo se va volviendo un poco menos ensordecedor.

El soldado le había dicho que volviera a entrar. Aunque no hubiera entendido las palabras, su gesto era inconfundible. Quieren que la gente no esté las calles. Probablemente para ayudar a detener la propagación de la infección. Pronto harán probablemente un llamado nacional para el confinamiento, si es que no lo han hecho ya.

Ella saca su teléfono. Veinticinco por ciento de batería. Solo lo había dejado cargando durante veinte minutos en la planta superior. Debería ser suficiente hasta que encuentre otro enchufe. Tan

pronto como pudo volver a encender su teléfono, llamó a su madre. No contestó. Luego intentó el número que Hagos le dio, el de su amigo. Tampoco contestó.

Ahora, como Ella no tiene idea de dónde está su madre, no tiene mucho sentido salir del pueblo. El ejército ya está aquí, lo que significa que probablemente no le permitirán cruzar los límites del pueblo. Y además, tiene la sensación de que es importante averiguar qué le ha pasado. Por qué es inmune, y si lo ha sido todo el tiempo, como sugirió Hagos.

Pobre chico. El pensamiento de Hagos le hace un nudo en el estómago. Cuando bajó con el cargador en el bolsillo, lo escuchó arañando la puerta del baño desde dentro. Merecía mucho más que morir solo en un baño extraño.

Jódete, Marit. No me importa lo que dijera Hagos, si te vuelvo a ver, te daré una bofetada.

Ella respira hondo por la nariz, tratando de despejar sus pensamientos y sentimientos, que son bastante sombríos. Luego se dirige al garaje y mira dentro. Gunnar estaba metido en las carreras de bicicletas, siempre hablaba de cómo los noruegos eran naturalmente grandes ciclistas, como se demostraba en sus muchas victorias en el Tour..., así que Ella no se sorprende al ver cuatro bicicletas de carreras de aspecto caro colgando del techo. Debajo de ellas hay dos bicicletas de mujer que parecen mucho más cómodas de montar.

Toma la que asume que pertenecía a Greta, la saca, se sube y comienza a pedalear por la ciudad.

El camión se detiene bruscamente, haciendo que se deslicen de lado en los asientos. Aksel tiene que agarrarse a las correas para no caer al suelo.

El motor permanece en marcha unos segundos, y luego se apaga. El retumbar que ha sido un ruido constante de fondo cesa, y los deja solo con los gruñidos y los jadeos de los zombis.

Aksel se encuentra con la mirada de Belinda. Sus ojos brillan en la oscuridad.

—Creo que esto es todo —susurra, mirando a la mujer—. ¿Estamos de acuerdo en el plan, verdad? Suponiendo que no tenga a nadie que lo ayude, lo superamos en número... tres contra uno. Claro, está armado, pero si cualquiera de nosotros ve la más mínima oportunidad, saltamos sobre él, y los demás le seguimos. ¿De acuerdo?

La mujer no responde.

Aksel se inclina hacia adelante.

—¿Eh? ¿Estás dentro del plan, verdad?

Ella lo mira, luego asiente brevemente. Ha estado desde que subió al camión prácticamente todo el tiempo callada, casi una hora. Ni siquiera les dijo su nombre. Aksel temió brevemente que hubiera entrado en algún tipo de shock o negación, pero ahora que finalmente lo mira a los ojos, puede ver lo que realmente le pasa. Está furiosa.

«Parece que le arrancará la cabeza con las manos si tiene la más mínima oportunidad. Genial», piensa Aksel.

De repente, la cerradura hace clic, y la puerta se abre de golpe. Aksel siente cómo su ritmo cardíaco aumenta mientras se echa hacia atrás, fuera de la vista.

—¡Muy bien! —grita el soldado—. Hemos llegado a nuestro destino, amigos. Bajad de manera ordenada.

Hace una breve pausa, y Aksel espera que la linterna busque en el interior del camión. No ocurre, así que se arriesga a echar un vistazo rápido.

El soldado no está allí. La puerta está bien abierta, mostrando la carretera y las montañas. No hay edificios ni nada, solo la naturaleza salvaje a la vista.

—¿Qué hacemos? —susurra Belinda.

—Solo espera —susurra Aksel de vuelta.

—Así es como lo haremos —continúa el soldado. Por lo que Aksel puede deducir, está de pie justo fuera de la puerta abierta, pero a un lado, de modo que no pueden verlo—. Voy a daros sesenta segundos, y cualquiera que no esté aquí fuera para entonces será disparado. Lo mismo para cualquiera que intente huir o hasta pestañee. Si tenéis armas de fuego, dejadlas en el camión. Si veo un arma, disparo. Espero que a estas alturas ya os hayáis dado cuenta de que soy un hombre de palabra. Preferiría manteneros con vida, pero no dudaré en empezar a disparar. Así que no me pongáis a prueba. Hagámoslo bien, y todos seguiremos respirando. ¿Alguna pregunta?

Aksel y Belinda intercambian otra mirada.

Belinda sacude la cabeza. Aksel no puede decir si el gesto significa «No quiero salir ahí», o «No salgas», o tal vez «No sé qué hacer». Quizá ninguna de las anteriores.

La señora, en cambio, se pone de pie.

—Eh, espera —susurra Aksel, estirando la mano hacia ella.

Ella aparta su brazo y le lanza una mirada de odio.

—No pienso quedarme aquí sentada ni un minuto más. El hedor es insoportable.

—Sí, pero ¿y si te dispara en cuanto pongas un pie afuera?

—Ya me habría disparado.

Tiene razón, por supuesto. Y él ya lo sabía. Es solo que su mente está dando vueltas intentando encontrar otra salida.

—¡Treinta segundos! —grita el soldado.

La señora baja por el centro del camión y sale.

—Buena chica —le dice el soldado desde un lado—. ¿Va a salir tu amiga?

La mujer mira hacia Aksel y Belinda, pero no dice nada. Algo está revolviendo los pensamientos de Aksel, una carta que aún no han jugado, una posible salida. Pero no puede captarla del todo. No hay tiempo suficiente para pensar.

—¡Quince segundos!

—No tenemos opción —dice Aksel, extendiendo su mano.

Belinda duda solo brevemente, luego toma su mano con ambas, y se dirigen hacia la puerta abierta. Aksel camina al frente, sosteniendo las manos de Belinda detrás de él. Es un manojo de nervios, caminar entre las filas de personas no muertas que están ansiosas por atraparlos. Aksel teme que el soldado les dispare tan pronto como estén todos fuera del camión, aunque la parte racional de su mente le dice que eso no tendría sentido. Pero está claro que el tipo es un completo psicópata, y esas personas no siempre actúan según la lógica.

—¡Cinco segundos!

—¡Ya vamos! —grita Aksel.

Llega al final del camión y entrecierra los ojos al asomarse a la fría y clara luz del día. Todo está cubierto de nieve recién caída y es muy brillante. La mujer sigue de pie en medio de la carretera. El soldado está a un lado. No es inmediatamente visible, porque está escondido detrás de un árbol viejo junto al borde de la carretera. Pero las huellas que llevan hasta allí lo delatan, y Aksel nota un ojo y una mano sosteniendo un arma apuntada directamente hacia él.

—Es un placer finalmente ponerte cara —dice en un tono casi jovial—. No me hagas volártela ahora. Sal y únete a la amable dama.

En ese momento, de repente se da cuenta.

Lo que su mente estaba tratando de decirle.

El único truco que les queda.

«Él no sabe que Belinda también está aquí», piensa Aksel.

—Está bien —dice Aksel, apretando fuerte los dedos de Belinda—. Ya salgo. Lo haré despacio. Estoy solo y desarmado. Por favor, no dispaes.

Con la última palabra, suelta las manos de Belinda, esperando que haya captado la pista que le acaba de dar, esperando que lea sus pensamientos y vuelva a meterse en el camión, para quedarse hasta que tenga la oportunidad y luego intente escapar.

—Perfecto —dice el soldado, y Aksel siente una oleada de alivio a pesar de la tensa situación.

«Se lo está creyendo. Realmente no sabe que éramos tres».

Aksel baja. Lo hace despacio, meticulosamente, queriendo ganar unos segundos extra para que Belinda capte la idea. Cuando sus pies tocan la carretera, lanza una mirada casual de vuelta al interior del camión, y ve, para su inmenso alivio, que Belinda se está moviendo hacia atrás, alejándose de la puerta abierta. Su rostro es una máscara pálida de pavor, sus ojos grandes y llenos de lágrimas de miedo, pero lo está haciendo de todos modos. Está volviendo a la oscuridad maloliente llena de muerte, porque ha entendido que podría ser su única oportunidad de salir de allí.

Aksel se vuelve hacia la mujer, y ve con alarma que está mirando directamente a Belinda. Pensando rápido, se coloca justo al lado de ella. A pesar de su considerable envergadura, no es muy alta, y Aksel no tiene problemas para bloquear su vista. Mirándola, murmura:

—Contenta de estar ya fuera, ¿no?

Ella lo mira brevemente a los ojos, luego mira al soldado. Por un aterrador momento, Aksel teme que vaya a delatar a Belinda. Pero en lugar de eso, dice:

—¿Qué estamos haciendo aquí? Aparte de congelarnos el trasero.

El soldado sale de detrás del árbol, todavía apuntándoles con el arma. Es más joven de lo que Aksel había supuesto. Quizás solo tiene treinta años. Sus ojos son de un azul penetrante, y de debajo del gorro que lleva puesto sobresalen mechones de pelo rubio. Claramente, es un escandinavo nativo, aunque, por su acento, Aksel imagina que es danés o sueco.

—Me alegra que preguntes —le responde, acercándose—. Lo primero es asegurarnos de que no estéis escondiendo nada. Levantad los brazos y dad un par de vueltas. Como si fuerais un par de bailarinas, si queréis.

Aksel hace lo que le dicen. La mujer también lo hace, aunque solo después de lanzarle una mirada desafiante al tipo durante un buen rato.

—Genial —responde acercándose—. Ahora, cierra la puerta del camión, para que tengamos un poco de paz para trabajar.

Aksel coge la puerta y va a cerrarla. Justo antes de hacerlo, ve el rostro de Belinda al fondo. Sus ojos le suplican, pero también están más decididos ahora. Como alguien que ha aceptado que va a sumergirse bajo el agua de nuevo y ha tomado una bocanada de aire todo lo grande que ha podido. Aksel intenta enviarle una mirada tranquilizadora, pero no está seguro de que le llegue.

Luego cierra la puerta completamente.

—¿Zuri?

Intenta llamar a su tía, pero su voz se quiebra, y el sonido sale apenas como un susurro.

—¿Tía Zuri?

Esta vez tiene algo más de éxito. Pero no recibe respuesta.

El apartamento es pequeño y muy fácil de recorrer. El pasillo en el que está conduce a cuatro habitaciones simétricas. Baño y cocina a la derecha. Dormitorio y sala de estar a la izquierda.

El dormitorio, que es donde Zuri pasa la mayor parte de su tiempo últimamente, es lo que inmediatamente capta su atención. La puerta está a medio abrir, y al acercarse, puede ver la tenue luz de la habitación. Las camas están enfrentadas. la primera, es una simple cama individual de madera. La segunda, es una monstruosidad de metal con ruedas, con motor eléctrico, soporte para suero, barandilla, orinal, mesa removible para comer y otras características. Ambas están vacías.

—¿Zuri?

Se da la vuelta y escucha.

Un gruñido del otro lado del apartamento. El baño. Esa puerta está casi cerrada. Juma va a abrirla.... y se le escapa todo el aire que estaba conteniendo.

Zuri está en la bañera, pero no para darse un baño, porque sigue con su ropa de dormir, aunque es difícil de distinguir, ya que también está envuelta en la cortina de flores, que ha sido arrancada casi por completo. Su tía está pateando con sus piernas delgadas, intentando en vano repeler al atacante, que es una persona de más o menos la edad de Juma, pero claramente un nativo de este país, ya que su piel es tan blanca como la nieve, y su cabello igualmente claro. Su palidez es aún más notable debido al contraste que presenta con el enorme cráter sangrante que va desde su

cuello hasta su espalda, revelando el omóplato, que se mueve mientras usa su brazo para intentar arrancar la molesta cortina de ducha, que le impide llegar a Zuri.

—¡Tía Zuri! —grita Juma.

No hace ninguna diferencia. Zuri no lo oye, y aunque lo hiciera, ¿de qué serviría? El tipo tampoco muestra ningún interés por Juma.

Juma está a punto de agarrarlo por la camiseta rasgada y ensangrentada, pero se da cuenta de inmediato de que sería un error. No solo entraría en contacto directo con la sangre infectada, sino que también, sin duda haría que el zombi fuera a por él, ya que se convertiría en un objetivo más cercano que Zuri.

En lugar de eso, mira frenéticamente a su alrededor buscando algo... lo que sea que pueda usar. Sus ojos se posan en el orinal. Lo saca todas las mañanas para vaciarlo y limpiarlo. Algo que Zuri insistía en hacer ella misma mientras pudo, pero ahora está demasiado débil, así que Juma lo hace por ella, como prácticamente todo. Por suerte, Zuri solo lo usa durante la noche, lo que significa que durante el día, se queda en el baño junto al inodoro.

Sin pensarlo dos veces, Juma lo agarra, lo levanta alto y lo estampa contra la cabeza del tipo.

Cuando el hospital les prestó la cama junto con el orinal, permitieron que se quedaran con este último porque era uno de los modelos antiguos. No está hecho de plástico como los modernos, sino de acero inoxidable. Ahora, Juma está muy agradecido por eso.

El orinal impacta contra la parte superior del cráneo, produciendo un fuerte sonido metálico y enviando un doloroso sacudón hasta los codos de Juma.

Espera con todas sus fuerzas que el tipo se desmaye, o al menos que se derrumbe.

Pero el zombi solo se agacha un poco, como si hubiera escuchado el zumbido de una avispa cerca de su oído. Da un gruñido, gira la cabeza a medias para mirar hacia atrás, y luego se inclina de nuevo sobre la bañera y sigue forcejeando con la cortina. Zuri grita de nuevo.

—¡Maldita sea! —grita Juma—. ¡Déjala!

Le golpea tres veces más con fuerza, en una sucesión rápida de movimientos torpes. El orinal queda todo abollado y torcido, no es suficiente para detener al tipo. Finalmente, consigue dejar la cortina a un lado, revelando el rostro aterrorizado de Zuri, y por un momento, sus ojos se fijan en dirección a Juma. Él puede ver, más que oír, cómo ella pronuncia su nombre. Luego se abalanza sobre ella.

—¡No!

Juma hace lo que no quería hacer: Lo agarra por la camiseta y lo saca de la bañera. No es fácil, porque él lucha, pero Juma está impulsado por el miedo y la desesperación, y gana la breve

batalla de tira y afloja. El problema es que, cuando el tipo sale por encima del borde de la bañera, cae al suelo, chocando contra las piernas de Juma, haciendo que él se siente bruscamente.

Prácticamente tendido sobre el regazo de Juma, el zombi finalmente dirige su atención hacia él. Y habría hundido los dientes en su rostro si la camiseta rasgada no hubiera cubierto su cara. Esto le da a Juma un segundo para girar la cabeza. Ve muchas cosas en el suelo. Cosas que antes estaban junto al lavabo, pero que obviamente han sido tiradas al suelo durante la pelea que debió haber tenido lugar mientras el tipo seguía a Zuri hasta aquí.

Hay cepillos de dientes, un dispensador de jabón, un peine y las tijeras puntiagudas que Juma usa para cortar lo que queda del delgado cabello de Zuri una vez cada tres semanas, más o menos.

Sin pensarlo, extiende la mano y agarra las tijeras. Justo cuando rasga la camiseta de su cara para mirarlo fijamente con sus ojos negros, Juma grita y le clava las tijeras en la cuenca del ojo derecho.

Se escucha cuando las hojas se hunden hasta el mango y, al no encontrar casi resistencia, siguen hasta el cerebro.

El tipo se congela. Su rostro se queda en blanco. El otro ojo mira tontamente a la nada durante un segundo o dos.

Luego cae de costado, aterrizando sin vida en el suelo de baldosas.

—Bien —dice el soldado, bajando un poco el arma. Aún mantiene cierta distancia, pero parece estar menos en guardia, sabiendo que es el único armado—. Veamos. Apuesto a que tenéis muchas preguntas dando vueltas en vuestras pequeñas cabecitas, así que voy a explicarlo realmente sencillo. —Sonríe—. Cooperáis, vivís. No cooperáis, os disparo. No puede ser más simple, ¿verdad?

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Aksel.

El soldado lo mira.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Jakob —responde él. La mentira sale tan rápida y natural que no puede evitarlo. No está seguro de por qué ha dado el nombre de su hermano. Lo único que sabe es que no quiere que este psicópata lo llame por su verdadero nombre—. ¿Y tú?

El soldado sonríe.

—Mi nombre no es asunto tuyo. Llámame Rey Carl si necesitas dirigirte a mí.

—¿Entonces eres sueco?

El tipo mueve la mandíbula.

—Dejemos de hablar de mí —lo dice en un tono amigable, pero Aksel puede darse cuenta de que no está bromeando—. Bien, Jakob. ¿Por qué subiste voluntariamente a mi camión?

Aksel se encoge de hombros.

—Solo tenía curiosidad.

El soldado sacude la cabeza, casi con pesar.

—No, no, no. Eso no va a funcionar. Si queremos que esto funcione, necesitamos ser honestos el uno con el otro. Verás Jakob, no soy un maldito imbécil. Y puedo ver que tú tampoco lo eres. Así que, lo que fuera que esperabas encontrar, debía ser bastante importante para ti. —Levanta

las cejas—. Intentémoslo de nuevo. Hagamos como si esta fuera la primera vez que lo pregunto. Vale... —Hace una pausa, aclarándose la garganta de forma exagerada—. ¿Por qué tú, Jakob, un tío listo, te subiste voluntariamente a un vehículo militar lleno de monstruos devoradores de carne?

Aksel duda. Puede ver que el soldado lo descubrirá si miente. Y si lo hace, el soldado podría ir a revisar el camión para averiguar la verdad. Eso haría que le disparará a Aksel por mentir. O tal vez le dispare a Belinda.

Durante un par de segundos considera decir la verdad. Luego recuerda que alguien dijo una vez que las mentiras más convincentes contienen algo de verdad. Y dice, con la voz más genuina que puede conseguir:

—Fui a buscar a una chica que recogieron antes. No estaba infectada, pero los soldados no me escucharon, así que seguí al camión en mi coche, y cuando vi la oportunidad, me lancé. Pero... aparentemente, ella estaba infectada. Porque, ehm... —Señala con la cabeza hacia el camión, mientras susurra—. Está ahí dentro. Pero ya se ha convertido.

—Aaah —dice el soldado—. Verás, eso tiene sentido. —Parece convencido, pero sigue mirando fijamente la cara de Aksel—. Siento tu pérdida. ¿Era tu novia?

—Lo era —murmura Aksel, y de repente, inesperadamente, la cara de Frida aparece en su mente, y su barbilla tiembla mientras susurra—. Se llamaba Frida.

El soldado chasquea la lengua.

—Lo siento por tu pérdida, Jakob. Si te sirve de consuelo, tu novia pronto tendrá un propósito útil, al igual que tú, y... —Mira a la mujer—. No me quedé con tu nombre, cariño.

—Bigga —dice la mujer.

—¿Bigga? —repite el soldado, cambiando a un inglés roto—. ¿Bigga than what? —Se ríe de su propio chiste—. Es un nombre sami, ¿verdad? —No recibe respuesta de la mujer, solo una mirada furiosa—. Muy bien, Jakob y Bigga, encantado de conoceros. Os diré lo que necesito de vosotros. —Se sorbe la nariz y escupe en la nieve—. Veréis, tengo una cuenta pendiente. Alguien me quitó algo que me gustaba mucho, y voy a quitarle algo que le gusta mucho a él. Ojo por ojo y todo eso. Los detalles no importan. Lo único que necesitáis saber es que es un asesino, y merece lo que le va a pasar.

Un poco de oscuridad se cuela en el rostro y la voz del soldado mientras habla, y por primera vez, emanan emociones reales del tipo. Aksel puede notar que, a pesar de cómo intenta hacer que suene desenfadado, quienquiera que lo haya molestado lo hizo y mucho.

El soldado se vuelve y hace un gesto hacia el otro lado de la barandilla.

—¿Veis ese hermoso lago allá abajo? Vamos a cruzarlo. Al otro lado hay un arroyo. Sube por la montaña de allí, y lo seguiremos hasta llegar a una cierta meseta. Lo veréis cuando lleguemos. —Se encoge de hombros—. Eso es todo. Vamos de excursión. Una vez lleguemos a nuestro destino, sois libres de iros. Pero si hacéis alguna tontería en el camino, os meteré una bala en la cabeza. —Sonríe—. ¿Alguna pregunta?

Aksel mira a la mujer, que no parece que vaya a decir nada, así que hace la pregunta obvia él mismo.

—¿Qué hay allí arriba?

—Ya os lo dije, el tío con el que tengo cuentas pendientes.

Aksel frunce el ceño.

—Entonces... ¿nos vas a usar como distracción? ¿Seremos blancos fáciles? Y cuando él nos vea, nos disparará, y luego tú le dispararás a él.

El soldado meneaba la mano enguantada.

—Bueno, no puedo decir con certeza qué pasará una vez que lleguemos a la meseta, porque no sé cómo reaccionará. Las cosas pueden ir de varias maneras. Pero, como dije, una vez lleguemos allí, sois libres de huir. Hay algo en lo que te equivocas, sin embargo... No voy a dispararle. Oh, no. Eso sería demasiado fácil. Si solo quisiera acabar con él, no me habría molestado en traerlos a vosotros dos ni a estos chicos. —Se acerca al camión y le da una palmada al costado. Vuelve a sonreír—. Porque veréis, no vamos a ir solos allá arriba. Todos estos encantadores amigos míos vendrán con nosotros.

Empujando al tipo que está fuera de sí, Juma se pone de pie. Sus botas casi resbalan en el suelo manchado de sangre, y se agarra al lavabo para sostenerse.

Al mirar a Zuri, la ve mirando por encima del borde de la bañera. Sus ojos van de su cara al infectado, y luego vuelven a subir hacia Juma.

—Tú... lo mataste —dice ella.

—Sí —dice Juma. Sus oídos zumban, su vista se tambalea—. Creo... creo que lo hice... No tenía otra opción, Zuri...

Ella lo vuelve a mirar, y Juma se da cuenta de que no le está juzgando. En lugar de eso, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Gracias, Juma.

Luego, enviándole una última sonrisa, ella dirige la vista hacia el techo y se desploma de nuevo en la bañera.

Juma se lanza hacia adelante, intentando atraparla antes de que golpee su cabeza, pero llega demasiado tarde. Por suerte, la cortina proporciona algo de acolchado, y la cabeza de Zuri no resulta herida.

Sus manos, sin embargo, sí lo están. Al igual que sus antebrazos. Y hay tres feas marcas de arañazos que recorren su clavícula sobresaliente.

—Oh, no... La ha alcanzado.

Dándose cuenta de que, al fin y al cabo, ha llegado demasiado tarde, Juma rompe a llorar. No puede evitarlo. Lo único que puede hacer es sacar a su tía de allí. Alejarla del tipo infectado y del hedor horrible que emana de él, que a estas alturas está convirtiendo el aire del baño en algo asfixiante.

La desenvuelve de la cortina de ducha y la levanta con la mayor delicadeza posible. La ha levantado más de una vez, y aunque Juma no es un chico fuerte, no es una hazaña difícil. Zuri siempre fue delgada, pero ahora es prácticamente piel y huesos, y no debe pesar mucho más de treinta y cinco kilos.

Sosteniéndola en sus brazos como a un niño dormido, Juma la lleva a través del suelo resbaladizo, caminando con cuidado por el pasillo.

Al hacerlo, se da cuenta de que dejó la puerta principal abierta. Al volverse hacia ella, ve a Gunhild de pie en el rellano, mirando con los ojos desorbitados. Al ver a Zuri, se cubre la boca con su mano gorda.

—Oh, Dios mío. ¿Está bien?

—No —dice Juma fríamente—. Baja y cierra con llave la puerta principal.

Antes de que Gunhild pueda responder, él cierra la puerta de una patada.

Lleva a su tía al dormitorio y la deposita en la cama del hospital. Luego vuelve rápidamente al baño, echando solo una rápida mirada al tipo para asegurarse de que no se ha movido. Se quita las botas, la chaqueta y el jersey de lana, y se lava los brazos y la cara tan a fondo como puede con agua caliente, restregándose con un paño enjabonado. También se asegura de limpiar bien bajo las uñas, e incluso se quita el reloj para asegurarse de que no queda nada de la sangre infectada en su piel.

Una vez satisfecho, coge un paño limpio, lo empapa y lo lleva al dormitorio.

La respiración de Zuri se ha vuelto agitada, y mueve la cabeza de un lado a otro de manera inquieta. Juma limpia sus heridas lo mejor que puede. Al tocar su frente, se da cuenta de que tiene fiebre. Podría ser por el shock, pero sospecha que es por la infección.

Está avanzando de manera antinaturalmente rápida.

Juma comenzó su tercer semestre justo después de Navidad, y está estudiando virología. Virología marina, es cierto, pero sigue siendo muy relevante. Aún no está completamente formado, pero ya tiene una buena comprensión de cómo funcionan los virus, patógenos y bacterias. En las noticias, seguían refiriéndose a esto como el virus Torik. Sin embargo, la rapidez con la que avanza sugiere otra cosa. A menos que Zuri haya estado luchando contra ese tipo durante horas antes de que Juma llegara (lo cual sabe que no es cierto, porque han pasado menos de noventa minutos desde que salió de casa), el "virus" no debería estar causando fiebre todavía. Apenas debería haber llegado a sus órganos vitales. Los virus simplemente no se mueven tan rápido. Y los hongos son aún más lentos. Lo que significa que...

Es bacteriano. Tiene que serlo.

Ha leído sobre bacterias agresivas, como Strep, Staph, Tétanos y E. Coli. Todas potencialmente mortales si no se tratan. Luego están las realmente aterradoras. Como la fascitis necrotizante, conocida como la bacteria devoradora de carne. Es extremadamente agresiva y rápida.

Pero no tan rápida. Esto es algo nuevo.

Al mirar a su tía, Juma se da cuenta de que ha empeorado en los pocos minutos que lleva tumbada en la cama. Ahora está sudando demasiado, respirando aún más rápido, y la piel alrededor de sus heridas está empezando a perder color.

El tratamiento adecuado para las infecciones bacterianas son los antibióticos. El problema es que Zuri ya está tomando uno de amplio espectro, ya que los médicos sospechaban una leve infección cardíaca, algo muy común como efecto secundario de su enfermedad. Su dosis actual debería ser suficiente para al menos frenar lo que haya contraído del tipo en el baño. Y sin embargo, claramente está abrumando su sistema. La bacteria no solo ha invadido su organismo en cuestión de minutos, sino que también ha lanzado un ataque completo contra su sistema nervioso central. En su estado ya debilitado, Zuri probablemente...

Juma está tan absorto en sus pensamientos sombríos que le lleva un momento darse cuenta de que su tía ha dejado de respirar. Ocurrió de manera tan abrupta y sin dramatismo. Simplemente exhaló por última vez y luego no volvió a inhalar. Sin que él se diera cuenta.

—¿Zuri? —Se inclina sobre ella, dándole palmaditas en la mejilla—. ¿Zuri?

Ella no reacciona en absoluto al tacto. Tampoco vuelve a respirar de nuevo.

—Oh, Dios, no... ¡Zuri!

Entra en pánico por un segundo, luego recuerda las instrucciones que le enseñaron en la escuela (la reanimación cardiopulmonar es parte obligatoria del currículo en todas las carreras superiores), y comienza a presionar su pecho hacia arriba y hacia abajo, contando los compresiones.

Luego, al inclinarse sobre su rostro, toma su mandíbula, le aprieta la nariz y...

Juma está a punto de soplar en la boca de Zuri cuando algo lo detiene.

Ella ya se ha ido. Si pongo mis labios sobre los suyos, sin duda contraeré la bacteria... si es que no la he contraído ya.

Pero hay algo más.

Algo mucho más importante.

Mirando fijamente a su tía muerta, Juma siente un dolor tan profundo que parece irreal. Sin embargo, no puede permitirse lamentarse. No todavía.

En su lugar, se dirige al escritorio en la esquina, donde Zuri pasó tantas horas, cuando aún estaba lo suficientemente bien como para mantenerse sentada durante largos periodos de tiempo, haciendo todo tipo de trabajos creativos como origami y pinturas en acuarela. Coge el rollo de cinta adhesiva y vuelve a la cama.

Mirando el cadáver de su tía por última vez, Juma susurra:

—Lo siento mucho, Zuri. Por favor, perdóname.

Luego comienza a atarla.

Está escuchando con atención. Ignorando los sonidos de los zombis, presiona la oreja contra la puerta y trata de distinguir las voces del exterior. De vez en cuando, Aksel hace una pregunta, pero en su mayoría es el soldado quien habla. Belinda logra juntar casi toda la información.

Básicamente, quiere llevar a todas las personas infectadas a algún lugar donde hay alguien al que va a matar. Y quiere que Aksel y la mujer actúen como cebo, haciendo que los zombis los sigan.

Es una locura. Algo que solo una persona desquiciada pensaría. Pero a estas alturas, Belinda sabe que el tipo de afuera está gravemente perturbado, así que solo se sorprende durante unos segundos, luego obliga a su mente a pensar estratégicamente.

Tengo que salir de aquí. Y tengo que hacerlo sin que él me vea.

Pero por lo que puede intuir, Aksel y la mujer están parados muy cerca de la puerta. El soldado parece estar un poco apartado. Aksel no cerró con llave la puerta cuando el soldado le pidió que la cerrara, así que Belinda podría abrirla desde dentro y echar a correr. Excepto que el soldado, sin duda, la abatiría en cuanto la viera.

Tiene que ser más cuidadosa. Si pudiera crear de alguna manera una distracción. Incluso una breve distracción es todo lo que necesita, y podría...

—Ahora, hay una última cosa práctica que tenemos que hacer antes de poder irnos —dice el soldado.

De repente, su voz está mucho más cerca, ya que claramente se está acercando a la puerta.

Belinda retrocede rápidamente. Necesita volver al extremo delantero, donde puede esconderse fuera de la vista. Intenta caminar lo más silenciosamente posible, pero el suelo del camión es de metal, y si no fuera por el ruido que hacen los zombis, el soldado habría escuchado sus pasos.

—Tenemos que sacar a todos estos infectados del camión —continúa el soldado, ahora muy cerca de la puerta—. Y me temo que eso significa que uno de nosotros tiene que entrar y desatarles...

Mientras habla, abre la puerta, y la luz del día se precipita dentro. Belinda se congela. Está completamente expuesta en medio del camión, con las manos esposadas sobre el pecho. Está a punto de darse la vuelta y correr cuando la voz de Aksel de repente la alcanza.

—Oye, amigo, antes de que hagamos eso, ¿me dejas mear? Llevo aguantando durante horas.

Belinda contiene la respiración y mira. La puerta está medio abierta, revelando la silueta del soldado. Está mirando por encima del hombro. Un poco más lejos está Aksel, con expresión tensa. Parece que realmente necesita orinar, pero por supuesto, Belinda sabe que está realmente preocupado porque el soldado está a dos segundos de descubrirla. Si lo hace, ella supone que hay una buena posibilidad de que la dispare. O si tiene suerte, la involucrará en su plan demencial como una tercera pieza del cebo. Lo que, sin duda, significa que morirá de todos modos, junto con Aksel y la mujer. A pesar de lo que dijo el soldado sobre que serían liberados de su deber tan pronto como llegaran al destino al otro lado del lago, Belinda no cree que alguno de ellos saldrá vivo de allí, ni siquiera si llegan sin ningún incidente, y dado que serán perseguidos por una docena de zombis, no cree que sus posibilidades sean muy buenas.

—Puedes mear mientras caminamos —dice el soldado, a punto de girarse de nuevo.

—Vamos, hombre —dice Aksel en voz alta, extendiendo los brazos—. Sé razonable. No puedo parar a mear con un grupo de zombis pisándome los talones.

El soldado parece pensarlo. Luego suelta la puerta y le hace un gesto a Aksel con la mano para que lo haga rápido. Aksel se va corriendo, desapareciendo de la vista, y el soldado lo sigue.

Belinda sabe que esta es su oportunidad. Aksel le acaba de dar una última oportunidad.

Se acerca a la puerta, sintiendo su pulso latir con fuerza en su garganta ya palpitante. El miedo le hace querer retroceder, quedarse en la oscuridad del camión, esconderse del maniático que tiene un arma. Pero la parte más inteligente de su cerebro sabe que para salvar su vida, necesita avanzar hacia el peligro, no alejarse de él. Así que se arma de valor, sobreponiéndose a los instintos de su cuerpo, y avanza.

Entrecierra los ojos al mirar hacia la clara luz del día.

Están estacionados en un pequeño mirador. A un lado está la impresionante vista sobre un valle, al otro, hay un bosque.

La mujer está de pie en medio de la carretera. Aksel está a un lado, de espaldas, aparentemente orinando.

El soldado está entre ellos, mirando de un lado a otro. Su arma cuelga lateralmente, pero obviamente está listo para levantarla en cualquier momento y disparar si Aksel o la mujer deciden huir.

Belinda no puede saltar. Si lo hace, el soldado la verá.

Mira hacia otro lado. Solo tres segundos. Es todo lo que necesito.

Aksel echa un vistazo por encima del hombro, aparentemente sintiendo que Belinda no puede salir sin ser vista, porque dice de repente:

—¿Es un coche lo que viene por ahí?

El soldado se da la vuelta y mira por la carretera.

Belinda se agacha y salta. Nuevamente, el sonido de sus botas tocando el suelo queda cubierto por los gemidos y lamentos de dentro del camión. Durante unos segundos, está completamente expuesta. Si el soldado se gira, la verá. Corre alrededor del camión, y se siente como una de esas pesadillas en las que intentas escapar de algo peligroso, pero no importa cuánto corras, simplemente no puedes coger velocidad. Sus botas resbalan en la nieve y casi se cae. Luego queda fuera de la vista del soldado, y se apresura, corriendo por el costado del camión.

Al pasar junto a la puerta delantera, considera brevemente entrar a buscar un arma. Los soldados que el psicópata mató estaban armados, y probablemente no se deshizo de las armas. Si encontrara una, podría regresar y dispararle.

Solo que Belinda nunca ha sostenido un arma, mucho menos disparado una, y hay muchas probabilidades de que lo haga mal y en cambio sea ella quien acabe disparada.

Así que, en lugar de eso, opta por huir, corriendo hacia el bosque tan rápido como puede.

Ella se siente casi como un fantasma mientras se desliza por Mo sin ser notada. Oye gritos, disparos y sirenas, pero de alguna manera no le afectan.

Recorrer la ciudad es una experiencia surrealista, tanto como cualquier otra que haya vivido últimamente. Siempre que ve coches de policía y vehículos militares, gira la esquina siguiente y toma otra calle. Paradójicamente, necesita evitar a las personas enviadas para salvar la ciudad más que a los infectados que deambulan por las calles, porque estos últimos son completamente indiferentes hacia ella.

Pasa junto a unas dos docenas de personas infectadas, muchas de ellas lo suficientemente cerca de tocarla, y ninguna se gira ni le mira.

También se encuentra con muchas escenas espeluznantes. La mayoría de la gente parece haberse dado cuenta de lo que sucede y permanece en sus casas, como lo demuestra el hecho de que los infectados arañan en casi todas las puertas y ventanas. Hay cientos, si no miles, de zombis, sin contar los que están muertos en las calles que se cuentan a decenas. Parece que han sido o bien disparados, aplastados por coches o incluso golpeados hasta morir. El denominador común siempre es que sus cráneos están rotos o perforados de alguna manera.

«Es exactamente como en las películas», piensa Ella. «The Walking Dead debería habernos preparado para esto».

Sin embargo, hay una diferencia, y es que si Ella recuerda bien, la explicación de los zombis en The Walking Dead es algo en el aire o tal vez en el agua. Algo con lo que ya todos estaban infectados, y una vez que mueren, sin importar cómo, se levantan de nuevo. Al menos mientras el cerebro esté intacto.

Pero Ella está bastante segura de que eso no es lo que está ocurriendo aquí. Parece ser contagioso. Y si mueres por causas naturales, no te levantas. Al menos esa es la conclusión que

saca Ella al ver los cadáveres que llenan las calles. No todos son zombis. Y no todos parecen tener heridas en la cabeza.

Por ejemplo, ve a un hombre que ha sido aplastado contra una casa por un coche que alguien estrelló. Aunque claramente está muerto, no muestra signos de infección.

También hay una mujer tendida en medio de la calle. Parece haber sufrido un disparo en el cuello, porque la sangre que ha derramado ha formado un charco en el asfalto, que ahora está congelado. Los ojos de la mujer, mirando al cielo, están vidriosos pero normales. Su piel es pálida, casi blanca, sin rastros de ese color verde que es parte de la infección.

Encontrar las manzanas residenciales no es tan difícil. Se pueden distinguir los altos edificios desde lejos.

Cuando llega al aparcamiento, se baja de la bicicleta y la deja tirada, total no cree que se la vayan a robar. Al caminar hacia la entrada marcada con el número 122, se sorprende al encontrar la puerta completamente abierta.

Entra en la escalera y de inmediato capta el que ya es un olor familiar, un olor a podredumbre y enfermedad. También está acostumbrada a los sonidos que vienen desde arriba. Quejidos, gemidos y uñas raspando.

Juma vive en el tercer piso, así que Ella empieza a subir. En el rellano del segundo piso, se encuentra con un hombre infectado que está arañando la puerta de un apartamento. Aparentemente era carpintero, porque lleva pantalones de trabajo y un cinturón de herramientas que aún contiene cosas como lápices, una cinta métrica e incluso un pequeño martillo. En su sudadera se puede leer en letras grandes en la espalda: Carpintería de Morten—¡lo clavamos!

Morten, si es que este es realmente el dueño y no uno de sus empleados, parece haber muerto por un arañazo bastante modesto en el dorso de la mano. Al menos esa es la única herida que Ella puede verle.

El carpintero apenas presta atención a Ella, solo detiene su arañazo durante medio segundo, como si percibiera a alguien detrás de él. No se molesta en mirar hacia atrás, y Ella simplemente sigue subiendo al siguiente piso.

La puerta está cerrada, y no hay nadie fuera.

Ella golpea la puerta. El sonido resuena en la escalera.

Nadie viene a abrir. Ella intenta tocar el timbre y oye el sonido de una campanilla dentro del apartamento.

Después de unos momentos más, una voz de repente grita desde dentro:

—¡Vete a casa, Gunhild!

Ella no está del todo segura de si la persona se dirige a ella o quizás está hablando con alguien por teléfono. Acerca la boca a la puerta, carraspea y dice:

—Hola. ¿Está Juma ahí?

No hay respuesta. Al principio.

Ella escucha, pero no logra oír mucho por encima del ruido del zombi en el piso de abajo.

Entonces, de repente, la voz vuelve a sonar, justo al otro lado de la puerta:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

El joven, quien podría ser Juma, a juzgar por el ligero acento, muy parecido a cómo hablaba Hagos, suena desencantado, cansado y al borde de colapsar.

—Me llamo Ella —dice, dando un paso atrás y colocándose justo frente a la puerta, asumiendo que el tipo la está mirando por la mirilla—. Soy amiga de Hagos.

Hay una breve pausa.

—Vale, ¿y qué quieres?

—Es, ehm... un poco incómodo, pero... ¿podrías abrir la puerta, por favor? Te lo explicaré todo.

—¿Dónde está Hagos?

Ella respira hondo.

—Me temo que... se infectó y... murió. Ocurrió hace apenas una hora.

Él no dice nada, así que Ella sigue hablando.

—Tengo su teléfono. —Lo levanta—. Me lo dio él. He intentado llamarte. Fue Hagos quien me dijo que viniera aquí. Dijo que... querías verme.

—¿Por qué? Escucha, lo siento, pero estoy un poco ocupado...

El joven suena como si estuviera a punto de irse, así que Ella dice inmediatamente, aunque realmente no quería:

—Porque soy inmune al virus.

Por alguna razón, siente que es un secreto que no debería andar gritando a cualquiera. Pero Juma no es cualquiera. Es el amigo de Hagos, y Hagos confiaba en él. Y Ella confiaba en Hagos.

Al principio, no parece que Juma vaya a contestar. Tal vez ni siquiera la haya oído. Podría haber dejado ya la puerta principal y haberse ido de nuevo a hacer lo que estuviera haciendo ahí dentro.

Entonces, de repente, la cerradura hace clic, y la puerta se abre un poco. Un chico alto, delgado y negro la mira. Sus ojos son despiertos e inteligentes, pero también están cansados, y claramente ha estado llorando.

—Immune, ¿cómo?

—No veo nada —dice el soldado.

Aksel finge escuchar un poco más.

—No, lo siento —murmura—. Creí haber oído un motor. Supongo que solo era el viento.

—Acaba ya —gruñe el soldado—. Nos vamos.

—Un segundo.

Aksel cierra los ojos. Realmente necesita orinar, pero la situación es tan tensa que su vejiga no coopera. Relajándose lo más que puede, logra exprimir unas pocas gotas.

Subiéndose la cremallera de los pantalones, se gira de nuevo. El soldado sigue allí, vigilándolo. Más allá está Bigga, junto al camión.

La puerta sigue entreabierta. No tiene forma de saber si Belinda salió corriendo o no. Eso espera.

—Venga vamos —dice el soldado, haciendo un gesto a Aksel—. Vas a entrar ahí.

—¿Yo?

—Sí, tú. No te preocupes, te daremos protección adecuada.

Caminan de vuelta al camión. El soldado deja que Aksel vaya primero para poder vigilarlo. Cuando se acerca, Bigga se mueve de repente hacia un lado. Lo hace de una manera extraña, casual pero torpe.

—¿Qué estás haciendo? —ladra el soldado—. Aléjate del camión.

La mujer le lanza una mirada maliciosa, pero obedece.

Aksel está confundido. Su corazón late con fuerza. ¿Belinda sigue ahí dentro? ¿Es por eso por lo que la mujer se acercó a la puerta?

Entonces mira hacia abajo y ve las huellas. Hay varias huellas diferentes, porque Aksel, Bigga y el soldado han caminado detrás del camión. Pero también hay una huella clara de una bota que

es demasiado pequeña para pertenecer a cualquiera de ellos. Es de Belinda. Y Aksel está seguro de que había más huellas tuyas hace un segundo, antes de que Bigga las pisara lo más discretamente posible.

«Buen trabajo», piensa Aksel, cruzando la mirada con la mujer. Así que Belinda finalmente logró salir. Gracias a Dios.

Vuelve a mirar la huella de la bota. Está orientada en dirección opuesta a ellos, hacia el otro lado del camión, lo que significa que Belinda desapareció por detrás y ahora, con suerte, se dirige por el camino.

—Ve al frente del camión —ordena el soldado—. Tú, Bigga, vienes también. Pero mantén la distancia y quédate donde pueda verte en todo momento.

Aksel rodea la esquina del camión y ve exactamente lo que esperaba. Las huellas de Belinda, que bajan por el lateral del camión y continúan por la carretera. Las huellas ya están medio borradas porque se mezclan con las del soldado, pero Aksel se asegura de caminar sobre ellas, cubriéndolas aún más.

Se detiene junto a la puerta del lado del pasajero y mira al soldado.

—Ábrela —dice, haciendo un gesto con el arma—. Saca el traje que está en el suelo. Póntelo. Máscara, guantes, todo. Lo necesitarás.

Aksel se sube y abre la puerta. Ve el traje en el suelo. Y ve, para su sorpresa, las llaves en el encendido. El soldado no se molestó en llevárselas.

«Podría subirme», piensa Aksel, deteniéndose brevemente. «Cerrar la puerta. Encender el motor e irme.»

Pero si lo hace, el soldado sin duda abrirá fuego. Y aunque Aksel lograra poner el camión en marcha antes de que le disparen, dejaría a Bigga en la estacada. Aunque solo ha conocido a la mujer durante unas horas y no es precisamente habladora, Aksel no quiere abandonarla si puede evitarlo.

—Nada de ideas raras —dice el soldado detrás de él—. Estoy apuntando a tu columna, Jakob. Y no dudaré en volártela si intentas algo.

—No —murmura Aksel, mirando hacia atrás—. No, solo que... tiene sangre. —Saca el traje para mostrárselo al soldado.

—Sí, lo siento —resopla el soldado—. No veo lavadoras por aquí, así que supongo que tendrás que taparte la nariz y ponértelo de todos modos.

Aksel se pone el traje. Vio a los soldados usándolo cuando aseguraron a Belinda en el camión. No es uno de esos trajes de plástico normales que compras en una tienda para pintar techos. Es

mucho más resistente. Probablemente resistirá clavos e incluso dientes, al menos al principio. Pero si lo dominan varios zombis y no puede escapar, eventualmente romperán el material hasta llegar a su piel.

Se pone la máscara y se la ajusta en su lugar. Los sonidos se distorsionan un poco, y puede escuchar su propia respiración. Girándose, mira al soldado, quien le sonríe.

—Te queda perfecto. Ahora, voy a darte mi cuchillo... —Lo saca de la funda del cinturón para mostrar un impresionante cuchillo de combate—. Es muy afilado, y cortará esas correas de cuero sin problema. Te sugiero que empieces por la parte delantera y vayas hacia la puerta, para no acorralarte a ti mismo. Y nada de quedarte demasiado tiempo. Tiene que ser rápido. ¡Zas! El siguiente. ¡Zas! El siguiente. ¿Me oyes?

Aksel traga saliva.

—Esto es una locura. No podré soltarlos a todos antes de que me alcancen.

—Bueno, ese va a ser tu problema, no el mío —dice fríamente el soldado—. Porque aunque me gustaría que siguieras vivo, estoy seguro de que Bigga será suficiente. Así que si la cagas y te infectas, supongo que aun así vendrás con nosotros... solo que serás uno de ellos. —Golpea el camión con la empuñadura del cuchillo—. Pero intentemos evitar eso, ¿vale? Venga. Bigga, ve a la barandilla de allá. Quédate donde pueda verte. Prepárate para moverte, porque tan pronto como esos muertos estén libres, no nos quedaremos a jugar a las cartas con ellos.

La mujer cruza la carretera, y Aksel se dirige a la parte trasera del camión. El soldado toma posición a unos metros de distancia. Se agacha, coloca el cuchillo en el suelo y luego lo patea hacia Aksel.

—Recógelo.

Aksel lo recoge. Es sorprendentemente ligero. La hoja parece afilada como una navaja y está muy bien cuidada. Apenas hay rasguños en el metal. Puede ver sus propios ojos asustados a través del visor reflejados en la hoja.

—Cuando quieras, Jakob —dice el soldado en tono alentador—. Empieza por los bozales. Necesitamos que puedan morder, o no servirán de nada. —Parece que algo lo golpea—. Ah, y una cosa más. Si pierdes los nervios y sales antes de que todos estén sueltos, te dispararé. —Le envía a Aksel una sonrisa amplia y falsa—. Solo para que lo sepas.

Al entrar en el apartamento, Ella percibe inmediatamente el olor de la infección. También capta sonidos apagados que provienen de la puerta cerrada a la izquierda.

—¿Hay alguien...?

—Ajá —murmura Juma—. Mi tía. No te preocupes, está asegurada.

—No estoy preocupada —dice Ella—. Al menos no por mí. Ya no.

Los ojos de Juma buscan su rostro. Sus iris, son de un color avellana sorprendentemente claro, son mucho más brillantes que los de Hagos. Eso le da un aspecto amistoso e inteligente. A juzgar por su físico delgado, sus manos suaves y sus movimientos cuidadosos, Ella se da cuenta de inmediato de que Juma no se parece en nada a su difunto amigo. Hagos era un trabajador, un luchador. Ella duda que Juma, aunque probablemente sea una persona muy agradable, fuera de mucha utilidad en una pelea.

—¿Es eso lo que quieres decir con “inmune”? —pregunta él—. ¿Las personas infectadas no se sienten atraídas por ti?

—Eso es —responde Ella—. Y me contagié, pero lo superé. —Se sube la manga para mostrarle los arañazos.

Él retrocede un poco al ver su herida, pero luego se acerca para examinarla con más detalle, entrecerrando los ojos. Sus ojos vuelven a la cara de Ella.

—¿Estás segura de que eso fue por una de las personas infectadas?

—Tan segura como que llueve. Al principio tuve fiebre, y caí en un sueño profundo, pero luego... —Se encoge de hombros—. Desperté, y me sentí bien.

—Eso es... una gran noticia —dice Juma, sonando como si apenas pudiera creerlo—. Debes haber producido anticuerpos que lograron combatir la bacteria. Y si las personas infectadas

realmente no se interesan por ti, debes estar produciendo ciertas feromonas u otra sustancia transmisora que ellos detectan y...

Un ruido en la habitación hace que Juma se gire.

—Lo siento, solo necesito ver cómo está...

Entra en la habitación, dejando la puerta abierta, lo cual Ella interpreta como una invitación a seguirlo. Así que lo hace, aunque se siente un poco como si estuviera invadiendo una escena muy personal. Para empezar, es un dormitorio, lo cual ya es bastante íntimo. Juma parece haber estado compartiendo la habitación con su tía, porque hay dos camas. En una de ellas, que es una cama de hospital, está su tía. Está sujeta con varias vueltas de cinta adhesiva alrededor de sus muñecas y tobillos, atándola eficazmente a la cama. Alrededor de su frente hay un cinturón envuelto en un paño, sujetando su cabeza al colchón.

—Sé que parece horrible —murmura Juma, mirando a Ella por encima del hombro—. Pero tuve que hacerlo. O me habría atacado.

—Por supuesto —dice Ella en voz baja—. Lo entiendo.

Y no cabe duda de que Juma tiene razón. Su tía claramente se lanzaría sobre él si tuviera la más mínima oportunidad. Sus ojos—negros como la noche—están girados hacia un lado, fijos en Juma. Sigue dando mordiscos al aire e intenta con todas sus fuerzas girar la cabeza hacia él. Sus dedos están curvados, extendiéndose hacia él.

Juma toma el rollo de cinta, que está casi vacío, y da unas cuantas vueltas más alrededor de sus muñecas. Parece impresionantemente despreocupado por los intentos de su tía de alcanzarlo, lo que le dice a Ella que probablemente lleva un tiempo con ella. O tal vez simplemente no ha comprendido aún que ella ya no es su tía, sino un depredador peligroso y fuera de sí.

—Entonces, ¿cómo fue que... ehm, se convirtió?

Juma deja el que ahora es un rollo vacío de cinta en la mesa.

—Alguien consiguió entrar aquí. Llegué a casa a tiempo para enfrentarlo, pero... llegué tarde.

—Oh. Lo siento. Estoy segura de que hiciste lo que pudiste.

El aire en el dormitorio está cargado, a pesar de que la ventana está abierta. Los sonidos de la ciudad hacen un ruido de fondo constante, diciéndoles que el desastre sigue ahí fuera presente.

—Oye, ¿por casualidad tienes un cargador que funcione para mi móvil? —pregunta Ella, mostrándole su teléfono—. Odio pedirlo, pero realmente necesito contactar a mi madre.

—Claro —dice Juma, señalando hacia la ventana—. Mi tía tenía un móvil similar al tuyo. Puedes usar su cargador.

Ella ve un cable en el alféizar de la ventana. Conecta su teléfono, que comienza a cargarse de inmediato. Lo dejará un par de minutos, luego lo encenderá y volverá a intentar llamar a su madre.

Juma suspira y mira a su tía. Hay pesar, tristeza y compasión en sus ojos, y Ella se siente mal por él. No solo ha perdido a su tía, sino también porque parece que aún no lo ha aceptado. Ella mira la mesa y ve lo que parece un pequeño laboratorio. Todo tipo de equipos médicos, jeringas con muestras de sangre e incluso un microscopio. Claramente intentó usar cualquier conocimiento médico que tuviera de sus estudios para intentar curar a su tía.

«Supongo que debería decírselo. Hacerle entender que esto no es una enfermedad, que ella está realmente...»

—Les creí, ¿sabes? —dice Juma, mirando a su tía, aunque se dirige a Ella—. A los médicos de la televisión. Ninguno de ellos dijo la verdad. Quiero decir, debían saberlo. Han tenido mucho tiempo y miles de personas para hacer pruebas. Y sin embargo, seguían hablando de esto —gesticula hacia su tía y se encoge de hombros—, sea lo que sea... seguían llamándolo una enfermedad. Algo que podías contraer y contagiarte. —Niega con la cabeza lentamente—. Pero no es eso. No es eso lo que realmente es.

Ella siente un rayo de esperanza al escuchar esto. Claramente, Juma no es tan ignorante de la situación como ella pensaba al principio. La preocupación en sus ojos no es por su tía.

—¿Hiciste pruebas con ella? —pregunta Ella, alentándolo a continuar.

Juma parece haber caído en un ligero estupor. Respira hondo, mira la mesa y luego a Ella.

—Sí. Todas las pruebas que se me ocurrieron.

—Entonces, ¿qué es?

Se encoge de hombros.

—No tengo ni idea.

—¿Pero qué indican las pruebas?

Juma se pasa la lengua por los dientes.

—Bueno, primero hice un cultivo bacteriano. Normalmente, tardan días en desarrollarse, pero como puedes ver... —Señala algo en la mesa.

Ella se acerca un poco más para echar un vistazo.

—No lo toques —le dice Juma.

Ella no tenía intención de hacerlo. El plato de plástico transparente (que es una placa de Petri, recuerda Ella de su profesora de ciencias de sexto grado), ya no es transparente en absoluto. Está cubierta con lo que parece alquitrán negro.

—Esa era su sangre —dice Juma—. Estaba muy activa cuando la extraje. Llena de algo que nunca había visto antes. Luego, en tres minutos, murió. Obviamente no podía sobrevivir fuera del organismo, lo cual no es propio de las bacterias. Eso es más típico de un virus, pero el ataque y los síntomas indican una bacteria. —Niega con la cabeza de nuevo—. Pero no es ni lo uno ni lo otro. Ningún virus, ninguna bacteria, ningún hongo que haya oído hablar actúa así. Así que decidí analizar su líquido cefalorraquídeo... Le hice una punción lumbar, lo cual, déjame decirte, no es tan fácil como parece en los libros. Pero lo conseguí, porque estaba decidido a averiguar qué le pasaba y ver si podía hacer algo para ayudarla... —Hace una breve pausa—. Sea lo que sea esto, obviamente está afectando al sistema nervioso central. Quiero decir, básicamente ha tomado el control de todo su cuerpo, así que sabía que debía ser detectable en el líquido cefalorraquídeo. Bueno, resultó que no. No había indicios. Los niveles de proteínas, el conteo de glóbulos blancos... todo estaba completamente anormal. Y el líquido estaba muy descolorido, hasta el punto en que pensé que lo había hecho mal. Pero luego descubrí que los niveles de potasio estaban por las nubes. Verás, después de que el cerebro muere, libera mucho de su potasio, y este fluye al líquido cefalorraquídeo, y...

—Lo siento —dice Ella—. Te estás poniendo demasiado técnico.

Juma la mira.

—Mi punto es que, combinado con el color amarillento, solo había una explicación para el nivel de potasio... aunque no tenía ningún sentido... —Se encoge de hombros dos veces—. Le tomé el pulso para confirmarlo. Incluso conecté el EKG que la enfermera usa cuando viene una vez por semana. —Mira a Ella a los ojos—. Su corazón no late. No está ralentizado, ni late de forma irregular. No late en absoluto.

Ella sabía la conclusión desde el principio. Aun así, no puede evitar estremecerse.

—Están muertos —susurra.

—Clínicamente, sí —dice Juma con gravedad—. Completamente muertos. Sin circulación sanguínea. Sin respiración. Sin actividad cerebral. Pero claramente... —Mira de nuevo a su tía, que sigue chasqueando, retorciéndose y gimiendo—. Claramente, la palabra “muerto” necesita ser redefinida.

Cuando sube a la parte trasera del camión, ve todos los ojos negros que lo observan.

Los zombis están sujetos por los pies, el pecho y la frente, igual que lo estaba Belinda. Ninguno de ellos lleva esposas, lo que le indica que probablemente ya se habían transformado cuando los soldados los recogieron. Los brazos que intentan agarrarlo están retenidos por las correas del pecho, por lo que no pueden alcanzarlo realmente.

Aksel comienza con el anciano del abrigo de caza que estaba sentado frente a ellos. Parece que él sí lleva esposas; al menos, sus manos están ocultas detrás de su espalda. Aksel se inclina con cuidado y observa el bozal. Al igual que el de Belinda, el cierre está en la parte de atrás, lo que significa que Aksel tiene que meter la mano detrás de la cabeza del zombi.

Extiende lentamente su mano, y tan pronto como lo hace, el zombi gira la cabeza e intenta morderla. A pesar de que el bozal se interpone, Aksel retira la mano instintivamente.

—Maldita sea —murmura—. No me lo estás poniendo fácil...

Se guarda el cuchillo en la parte trasera del cinturón, luego coloca su mano izquierda en la coronilla del tipo. Tan pronto como el anciano siente la palma de Aksel, empieza a retorcerse con más fuerza, intentando echar la cabeza hacia atrás. Aksel presiona hacia abajo y lo mantiene en su lugar, luego mete la otra mano. Funciona. El zombi se sacude y se retuerce, pero Aksel logra evitar que gire la cara, y después de unos segundos de tantear, encuentra el cierre y lo abre.

Retira ambas manos y el bozal cae en el regazo del hombre, revelando la parte inferior de su rostro, que está húmedo de saliva espumosa.

Aksel lo mira por un segundo, tratando de controlar su pulso.

—Bien, lo logramos —susurra—. Uno menos. Faltan unos veinte...

Pasa al siguiente, una mujer delgada con el cabello tan negro como sus ojos. Ella es un poco más fácil. Y el tercero es aún más sencillo. A medida que pasa de un zombi al siguiente, Aksel

descubre que su miedo disminuye un poco cada vez, y se le da mejor encontrar los cierres y abrirlos. En un par de minutos, todos los bozales están en el suelo. Los gemidos y los chasquidos de dientes se vuelven más fuertes.

Aksel echa un vistazo hacia la puerta. El soldado está allí, mirándolo, con una expresión complacida.

—Hasta ahora, todo bien. Ahora, las correas.

Aksel respira hondo. Vuelve al hombre con el abrigo de caza y lo observa un momento.

Puede cortar las tres correas y pasar al siguiente. Pero eso sería un suicidio. Porque el primero estaría libre para levantarse e ir hacia él, y obviamente no hay ninguna posibilidad de que Aksel logre liberar al resto antes de que eso suceda.

Así que necesita cortar dos de las correas, dejando una en su lugar. Pero ¿qué correas cortar? La respuesta es bastante simple. La correa del muslo los mantiene sentados. La correa del pecho mantiene sus espaldas contra la pared, pero también les impide extender completamente los brazos. La correa superior, la que sostiene sus cabezas, es la más importante, porque no solo les impide levantarse, sino también inclinarse hacia adelante. Si corta las otras dos, los zombis podrán levantar el trasero del asiento y ganar algo más de alcance con sus brazos, pero seguirán con las cabezas pegadas a la pared y, por tanto, incapaces de atacarlo o morderlo.

«Empezaremos desde abajo», decide Aksel, sacando el cuchillo. Incluso a través del guante, le resulta tranquilizador. Sabe que es una sensación de protección algo falsa. Porque el cuchillo no le serviría de mucho si todos los zombis se le echaran encima al mismo tiempo. Pero si uno de ellos logra liberarse antes de tiempo, podría ser capaz de derribarlo con unos pocos golpes bien dirigidos al cráneo. El cuchillo parece lo suficientemente afilado como para penetrar en una sien o incluso deslizarse por debajo del pómulo.

Aun así, Aksel espera que no llegue a eso. Su intención es hacer todo lo posible por salir del camión sin tener que pelearse con nadie.

Y debería ser posible. Si es lo suficientemente rápido. Y si todas las correas de las cabezas aguantan.

—Vamos, piensa que puedes hacerlo —el soldado lo anima con un tono casi paternal—. No tenemos todo el día.

Aksel le lanza una mirada, luego se inclina y corta la correa de la pierna del viejo cazador. La hoja corta el cuero con facilidad, apenas encontrando resistencia. El tipo inmediatamente levanta el trasero del asiento, pero no puede subir más de unos centímetros, ya que la correa del pecho lo mantiene abajo.

«Allá vamos...»

Aksel aparta el brazo del zombi fuera de su camino, luego corta rápidamente la correa del pecho y retrocede. Entonces observa cómo el tipo aprovecha su recién ganada libertad para intentar levantarse del asiento. De hecho, logra ponerse de pie, pero en una postura extraña, ya que su cabeza sigue inmóvil. Con los brazos aún a la espalda, le gruñe a Aksel, pero no hace ningún intento de pasar las esposas por debajo de sus pies, como hizo Belinda. Claramente no le queda suficiente función cerebral para pensar en eso.

Después de veinte segundos más o menos, Aksel está bastante convencido de que el zombi, pese a sus mejores esfuerzos, no va a liberarse.

—¡Bravo! —grita el soldado desde la puerta—. Ahora, los demás.

Aksel pasa a la mujer de pelo negro. Libera su cuerpo inferior y luego su torso.

A diferencia del viejo cazador, las manos de la mujer no están atadas a su espalda, y tan pronto como la correa del pecho se suelta, sus brazos se lanzan hacia Aksel. Pero él ya está preparado, y retrocede. Observándola por un momento, se parece mucho al anciano, solo que es un poco más flexible y capaz de doblar su columna en un ángulo que debe haber sido muy doloroso, si aún pudiera sentir dolor. Sus manos ni siquiera se acercan a la correa de la cabeza, aunque podría abrirla fácilmente.

Cuando se siente seguro de que la mujer no se soltará, Aksel pasa al siguiente. Es más complicado, porque ahora la mujer intenta alcanzarlo desde el lado, y Aksel tiene que ir por el otro lado para evitar que lo agarren. Pero es factible.

Libera al tercer infectado, luego al cuarto. Con cada uno, espera unos segundos para comprobar si pueden torcerse y soltarse de la correa de la cabeza.

Cuando llega a la puerta, lanza una breve mirada al soldado antes de volver al frente y proceder con la fila opuesta.

Al llegar de nuevo a la puerta, observa la vista insólita de dos docenas de zombis en posturas incómodas, inclinados hacia atrás, retorciéndose y girándose, agitando los brazos y pateando, pero todos incapaces de liberarse.

—Bien, último paso ahora —dice el soldado, golpeando los pies—. Vamos a ir rápido, porque me estoy congelando el trasero aquí fuera.

—Lamento escuchar que esto te resulta incómodo —gruñe Aksel, sin poder evitarlo.

El soldado simplemente le sonríe desde abajo.

—Me gusta tu humor seco, Jakob. Me recuerdas a mi hermano. Él también era... —Un destello de arrepentimiento aparece en su rostro, antes de que rápidamente recupere la compostura—. En

fin, ahora me voy carretera abajo. No querría estar demasiado cerca cuando empieces a soltar a esos muertos de mierda. —Mira más allá de Aksel, hacia el interior del camión—. Asegúrate de soltarlos a todos. En cuanto liberes al último, solo sigue a Bigga. Ya le di instrucciones... ella te guiará. —Se limpia la nariz con la manga—. Y espero que no haga falta decirlo, pero estaré detrás de vosotros todo el camino. Me quedaré lo suficientemente lejos como para no atraer a los infectados, pero estaré a buen alcance de tiro, y soy un excelente tirador. Si tú o Bigga intentáis escapar, os dispararé. Si fallo, lo cual no sucederá, haré de mi vida un propósito cazaros y haceros sufrir. Conozco muy bien esta zona, así que os encontraré y os mataré lentamente antes de que el frío lo haga. Confía en mí. —Le dedica a Aksel una radiante sonrisa psicópata.

Aksel no le devuelve la sonrisa.

—A quien sea que intentes matar ahí fuera, espero que sobreviva y te mate a ti.

Su sonrisa tiembla un poco, pero sus ojos siguen brillando cuando dice:

—Entiendo por qué estás cabreado. No tenías nada que ver con esto. Y acabas de perder a tu chica. Así que dejaré pasar esa. Pero sigue soltando mierda por la boca, y te cortaré la lengua. — Parece recordar algo, y mira el cuchillo en la mano de Aksel.

—Por cierto, deja el cuchillo cuando termines. Volveré a por él antes de seguiros. ¿Alguna otra pregunta, Jakob?

—No, ninguna.

—Así me gusta. —El soldado lo examina de arriba abajo—. Es una pena que probablemente sea la última vez que hablemos. Tengo la sensación de que podríamos habernos hecho amigos. Quizá compartir una cerveza y hablar de cómo el mundo era un poco menos jodido. Incluso podría enseñarte un par de cosas sobre la vida.

—No estoy buscando nuevos amigos —responde Aksel con tono uniforme.

El soldado lo observa por un momento. Luego toca su sien con el dedo índice, en un saludo fingido.

—Cuídate, Jakob. —Está a punto de darse la vuelta, pero añade—: Ah, y encuentra una nueva chica. Hay muchas ahí fuera. Y están más desesperadas que nunca por protección, así que seguro que tendrás donde elegir. —Le guiña un ojo y se aleja por el camino, silbando esa misma melodía.

Al escucharla más claramente, Aksel la reconoce.

Es Eleanor Rigby.

Aksel realmente odia a los Beatles.

—¿Algo ahí que valga la pena compartir?

La voz de Ragnar trae de vuelta a Kristoffer al momento presente. Levanta la vista de las páginas para ver al viejo de pie frente a él, con un rollo de cuerda sobre el hombro y una bolsa de plástico en la otra mano.

—¿Eh?

Ragnar señala el cuaderno que Kristoffer tiene en su regazo.

—Has estado estudiando esa cosa como si fuera la maldita Biblia. Y lo cierras discretamente cada vez que uno de nosotros se acerca.

Kristoffer se da cuenta de que Ragnar tiene razón, ha cerrado el cuaderno sin siquiera notarlo, y ahora lo sostiene entre las manos, como si temiera que se abriera solo y revelara las palabras a Ragnar. No sabe qué decir. Su mente estaba absorta en el texto, que a estas alturas puede recitar de memoria. Kristoffer está sentado en un taburete justo dentro de la cueva, descansando después de haber trabajado todo el día.

—Es solo... no es nada, en realidad... —murmura.

Ragnar se encoge de hombros.

—Al principio pensé que era tu diario, pero para empezar, no te he visto escribir una sola palabra en él, y además, supongo que no eres tan narcisista como para leer lo que tú mismo escribiste una y otra vez. Entonces, ¿qué hay ahí?

—Es... sí, un diario, supongo. Las memorias de alguien.

—¿De quién?

Kristoffer duda brevemente. Luego decide decir la verdad.

—De Halgrim.

—¿Halgrim? ¿Te refieres al viejo Petersen?

—Sí.

Ragnar levanta una ceja poblada.

—¿Qué demonios haces con su diario?

Kristoffer se frota la frente.

—Es una historia larga.

Jan entra en la cueva, jadeando.

—Hecho. Te juro que no vuelvo a tocar una maldita roca en mi vida... —Se quita los guantes y revisa sus palmas—. Ampollas —murmura—. Lo sabía. —Luego, dándose cuenta de que Kristoffer y Ragnar estaban en medio de algo, los mira perplejo—. ¿Y bien? ¿Otra reunión de estado o qué?

Ragnar deja caer el rollo de cuerda.

—Kristoffer estaba a punto de contarnos algo.

Kristoffer resopla.

—No creo que este sea el momento, Ragnar.

—¿Por qué no? Estamos listos. Cualquier forma en que ese psicópata decida atacarnos, estaremos preparados. No hay nada más que hacer, salvo esperar. Y el mejor lugar para hacerlo es aquí dentro.

—Gracias a Dios —dice Jan, dejándose caer sobre un arcón—. En serio, tío. Nunca pensé que te escucharía decir eso. —Se desabrocha la chaqueta y saca un nuevo paquete de ese horrible chicle de cereza. Debe estar masticando al menos cincuenta piezas al día, y aun así parece seguir encontrando reservas—. Estoy agotado. Y me cagaba de miedo cada vez que asomaba la cabeza. —Inclina la cabeza hacia la abertura de la cueva—. Te lo digo, Kjell está ahí afuera. Puede que incluso nos esté observando con su mira telescópica desde algún lugar. Esperando el momento.

—No a menos que use un telescopio —dice Ragnar con calma—. La cueva no es visible desde ningún punto de observación cercano. No habría elegido un lugar que un francotirador pudiera apuntar tan fácilmente.

—No, claro —gruñe Jan, lanzando una mirada a Kristoffer—. Por supuesto que no lo harías.

Kristoffer también siente alivio. Desde que hablaron con Kjell por teléfono, Ragnar los ha tenido haciendo recados, todo tipo de trabajos. La cueva ya estaba bastante bien protegida cuando llegaron aquí, pero ahora debería poder soportar casi cualquier cosa con la que Kjell les sorprenda.

Construyeron un puesto de observación con madera en el pino que está encima de la cueva. Dejaron un par de binoculares, junto con uno de los rifles de Ragnar. Reforzaron la valla que

cubre la entrada de la cueva. Y transportaron saco tras saco de rocas desde un pedregal un poco más arriba de la montaña. Las usaron para construir un muro alrededor de la meseta, flanqueado por lo que Ragnar llama casamatas. Básicamente, son pequeñas cuevas con aberturas desde las que se puede disparar.

También hicieron varios pequeños artilugios diseñados para dificultar o importunar a cualquiera que se acerque a la cueva. Esto fue en su mayoría obra de Ragnar, y solo les mostró a Jan y Kristoffer dónde estaban para que no las activaran por accidente. El área alrededor de la cueva ahora está llena de trampas al estilo de Vietnam, como fosos con estacas, un tronco rodante que se puede activar, e incluso botes con clavos que actúan como granadas si alguien pisa el detonador.

Mientras tanto, Ragnar les hizo traer agua del arroyo y verterla por toda la meseta, haciéndola peligrosamente resbaladiza en cuanto se congelara. Ragnar encontró crampones y les enseñó cómo ajustarlos a las suelas de sus botas. A Kristoffer le sorprendió lo bien que funcionaban, permitiéndoles caminar sobre la superficie helada de la meseta con poca dificultad. Si alguien con calzado normal intenta correr sobre ella, se caerá de bruces. Debido a lo oscuro que es el granito, el hielo es casi invisible.

Ragnar no lo dijo directamente, y Jan tampoco, pero Kristoffer se dio cuenta de que ninguno de ellos realmente esperaba que Kjell fuera lo suficientemente imprudente como para caer en alguna de esas trampas. Pero al menos hará que se demore, y ese parecía ser el objetivo. Comprarles tiempo.

Eran tres contra uno, a menos que Kjell hubiera buscado refuerzos, lo cual no parecía probable, dado lo que Jan les había contado sobre él. Era un solitario, y su único aliado de confianza había sido su hermano, a quien habían enviado río abajo junto con Hans. Las manchas de sangre ya habían desaparecido en su mayoría de la meseta cuando vertieron el agua sobre ella.

Lo que a Kristoffer le resulta tan ominoso de la situación es que parece que Ragnar no espera que todos sobrevivan. De nuevo, no es algo que haya mencionado directamente, pero por la forma en que habla y actúa, Kristoffer lo nota. Incluso parece verlo como una ventaja. Como un grupo de ñus cruzando un río con un cocodrilo acechando debajo de la superficie, Kjell probablemente intentará sorprenderlos, pero solo tendrá tiempo para matar a uno o dos antes de que los demás reaccionen y le disparen.

El problema con la seguridad en números es que significa mala suerte para el ñu que es atrapado y no llega al otro lado del río. Y muy probablemente Ragnar no será el desafortunado, porque está siendo extremadamente precavido. Cada vez que sale de la cueva, va armado, se

mueve con rapidez y nunca se queda quieto en un lugar más de unos segundos. Puede que transmita un aire despreocupado, probablemente para no asustar a Jan y Kristoffer, lo que los haría menos útiles para él, pero Kristoffer puede notar que está más alerta que nunca. Sus ojos grises escanean constantemente los alrededores, sus oídos se mueven como antenas parabólicas, e incluso respira profundamente por la nariz, como si esperara detectar el aroma de la crema de después de afeitar que Kjell usa en la brisa.

Ragnar claramente está entrenado para esto. Se está asegurando de que saldrá con vida, sea como sea que se desarrolle este enfrentamiento. Y si Jan, Kristoffer, o ambos acaban con los sesos volados antes de que todo termine, probablemente Ragnar no perderá el sueño por ello.

Como si quisiera escapar de la situación tensa, la mente de Kristoffer empieza a retroceder a los acontecimientos en casa de Helda y Halgrim. Había ciertas cosas que no cuadraban, y agradecía enormemente el rompecabezas, ya que era algo en lo que podía hundir su mente para que no le recordara constantemente que su vida estaba en peligro, y que podía terminar en cualquier momento si Kjell saltaba, camuflado al estilo Rambo, para rebanarle la garganta.

—Creo que lo descubrí —murmura Kristoffer, casi sin darse cuenta—. Cómo comenzó todo esto.

Jan lo mira, sonríe y luego pregunta:

—¿Descubriste eso leyendo un cuaderno? ¿Dónde lo encontraste? ¿En un laboratorio militar secreto?

—No, lo encontré en la casa de una pareja de ancianos —responde Kristoffer con calma.

Ambos lo miran como si estuviera diciendo tonterías.

—Supongo que es hora de contaros toda la historia —dice Ragnar, acercándose a la chimenea—. Dejad que fría un poco de alce. Me muero de hambre. —Abre la bolsa de plástico que llevaba y comienza a cortar la carne rosada en trozos gruesos.

—¿Más alce? —gime Jan, lanzando una mirada a Kristoffer—. ¿Qué hay de toda esa carne seca que vi que guardas en la parte de atrás? ¿Te importa si comemos algo de eso?

—Sí, me importa —responde Ragnar con calma, limpiándose las manos en un trapo—. Esa carne seca se mantendrá buena por un año o más. El alce dos semanas, con suerte. Necesitamos la proteína. Por sus calorías.

Cuando Jan resopla, Ragnar lo mira brevemente.

—También eres libre de pasar hambre. A ver cuánto tiempo sobrevives con ese chicle asqueroso que estás masticando.

—Oye, es mejor que los cigarrillos —murmura Jan, y luego, en voz más baja—: Dios, lo que daría por medio Camel ahora mismo. —Comienza a rascarse las ampollas en las manos.

Kristoffer relee las primeras páginas del cuaderno de nuevo, mientras Ragnar enciende un fuego y coloca la plancha de hierro sobre las llamas. Pronto, la carne está friéndose, y la cueva se llena de ese dulce y grasiento olor. Kristoffer probó alce unas cuantas veces cuando era niño. Recuerda que sabía mejor entonces, probablemente porque estaba bien sazonado y servido con salsa y patatas. Lo único que Ragnar le añade a la carne es abundante sal. El alce es lo único que ha cocinado para ellos desde que disparó al becerro. Claramente es un cazador experimentado, le llevó solo dos horas regresar con la primera bolsa de carne. Para mantener el resto del animal fresco el mayor tiempo posible, lo envolvió en plástico y lo colocó en el arroyo, atándolo firmemente. Se aseguró de colocar repelentes de olor alrededor, con la esperanza de mantener alejados a los depredadores del cadáver.

Obviamente, un alce es un animal grande, pero a juzgar por la cantidad de carne que Ragnar trae cada vez, deben de haber comido ya casi la mitad. Kristoffer come más de lo que le apetece, porque supone que Ragnar tiene razón al decir que necesitarán la energía si van a sobrevivir al invierno aquí. Solo pensar en estar atrincherado en esta cueva con Ragnar y Jan durante meses es suficiente para volver loco a Kristoffer. Casi preferiría estar de vuelta en la despensa.

—Bueno —dice Ragnar por encima del hombro—. Empieza a hablar, Kris.

Kristoffer piensa por un momento. Luego comienza a contar la historia.

—Vale, puedes hacerlo. Solo tienes que ser rápido.

Está de pie frente al viejo cazador. Mirando cómo el tipo se retuerce, se gira y se estira hacia él, hay pocas dudas sobre lo que ocurrirá en cuanto Aksel corte la última correa. Tan pronto como el tipo sea libre, irá a por Aksel, con dientes y uñas. Se siente como un cuidador de zoológico junto a la jaula de un cocodrilo hambriento, a punto de abrir la puerta.

Mirando hacia la puerta abierta, parece estar muy lejos. Hay muchos brazos que debe esquivar antes de poder saltar a la carretera. El soldado dejó perfectamente claro que no debe dejar atrás a ninguno de los zombis. Todos deben ser liberados.

Levanta el cuchillo y mira la hoja. Sigue tan afilada como siempre. Cortará las correas sin problema. Pero ¿cuánto tiempo tendrá antes de que los zombis que ya están libres caigan sobre él? ¿Cuántos segundos puede permitirse entre cada corte? Obviamente, necesita ir de un lado al otro en un patrón de zigzag. Girar cada vez significa perder momentos valiosos. Pero es la única manera de hacerlo. Si liberara primero un lado, no podría volver dentro para cortar el otro.

«Vale», piensa Aksel, apoyándose como lo haría al prepararse para saltar. «Esto es posible. Eres rápido. Tienes las habilidades necesarias. Solo concéntrate en cada correa. No mires atrás».

Ahora que los zombis tienen los brazos libres, no puede simplemente alargar el cuchillo y cortar la correa, le agarrarían la mano, y corre el riesgo de soltar el cuchillo. Lo que significa que debe aprovechar el traje protector y apartar sus brazos agitantes primero. Inmediatamente después de cortar la correa, les dará un fuerte empujón en el hombro, lo que debería ser suficiente para hacerlos caer al suelo y ganar cuatro o cinco segundos antes de que puedan levantarse de nuevo.

—No más retrasos —se dice, respirando hondo varias veces—. Solo acabarás congelándote. Así que, allá vamos...

Da un paso adelante, entrando con el brazo izquierdo delante. Como esperaba, el cazador se lanza hacia él de inmediato, y Aksel aparta sus brazos, luego rápidamente hunde el cuchillo hacia adelante, y fijando la vista en la correa, desliza la hoja debajo de ella y la corta con un rápido movimiento ascendente. Intenta empujar al tipo en cuanto la correa se rompe, pero no es necesario, el tipo ya estaba inclinado como un puente, y al liberarse el anclaje de la cabeza, cae al asiento y rueda torpemente hacia un lado.

Incluso antes de que golpee el suelo, Aksel ya se ha girado hacia el siguiente. Repite el procedimiento, concentrándose intensamente en todo momento. Este tipo no cae, pero tampoco puede lanzarse inmediatamente sobre Aksel, debido a la manera incómoda en la que está equilibrado. Aksel se acerca y le da un fuerte empujón en las costillas, haciendo que caiga al suelo.

Luego se vuelve hacia la tercera persona, y aunque intenta no hacerlo, no puede evitar ver al cazador por el rabillo del ojo. El tipo ya está sobre manos y rodillas y se está levantando.

«Mierda. No tan rápido. Necesito darme prisa».

Aksel libera a la tercera persona, pero en lugar de empujarle, instintivamente le da una patada en una de las piernas. No solo es más rápido, sino que lo hace caer con más fuerza.

Aksel gira, corta la siguiente correa, da una patada, gira, corta, da una patada, gira, corta, da una patada.

A medida que los movimientos se vuelven más y más familiares, puede acelerarlos considerablemente. Aun así, es afortunado que el camión sea estrecho, porque si hubiera tenido más espacio para moverse, los primeros zombis ya habrían llegado hasta él. Pero con un nuevo cuerpo cayendo al suelo cada cinco segundos aproximadamente, luchando inmediatamente por levantarse, los brazos y piernas se agitan, bloqueando así el pasillo central, y los muertos vivientes tropiezan y se pisan entre ellos, avanzando a tirones, arrastrando a sus compañeros hacia atrás, causando una estampida caótica.

«¡Es como un Black Friday para zombis!»

El pensamiento histérico atraviesa su mente sin ser invitado, haciéndole soltar un grito con una mezcla de risa y de desesperación. Acelera aún más cuando una mujer le agarra el brazo mientras gira. Necesita sacrificar unos segundos vitales para darle un codazo en la cara y quitársela de encima. Corta la siguiente correa y gira de nuevo, pero es inmediatamente agarrado por otra mano. Esta vez, por puro reflejo, apuñala con el cuchillo hacia la cara, y siente cómo la hoja se desliza sin esfuerzo por el ojo negro, haciendo que la persona caiga al suelo.

«Joder», piensa, moviéndose hacia el siguiente. «Espero que el militar no note que falta uno».

El soldado probablemente no lo hará ya que no contó cuántos zombis había.

Aksel no tiene idea de cuánto ha avanzado ni cuántos quedan. Tampoco está contando. Pero siente que la luz de la puerta abierta se acerca, y debe estar a la mitad.

Junto con las manos que agarran sus brazos, ahora también hay algunas que intentan atraparle las piernas. Algunos de los zombis parecen haber abandonado la idea de ponerse de pie y están arrastrándose por el caos, lo cual resulta ser una estrategia efectiva, porque no pierden el equilibrio tan fácilmente. Más de una vez, Aksel tiene que detenerse y dar una patada en la cara a alguien para que lo suelte. Aunque lo haga, casi siempre hay alguien agarrándole por otro lado, tratando de tirarle hacia atrás, arañando el tejido del traje, y se resigna simplemente a soltarse y seguir adelante.

Pero ahora es difícil. Tiene problemas para cortar las correas por las múltiples manos que se estiran, agarran y tiran de él. Un tipo logra atraparle el brazo y morderle el hombro. Aksel grita y casi se corta a sí mismo al intentar rajarle la cara. La hoja no mata al tipo, pero le abre ambas mejillas y los músculos de la mandíbula, de modo que su boca se desploma y parece incapaz de volver a cerrarse, lo que permite a Aksel liberarse. Gira para cortar al siguiente cuando ambas piernas son agarradas desde abajo, y al intentar soltarse, otro zombi cae sobre él.

—¡No! —grita Aksel al caer.

Cae con fuerza al suelo, perdiendo casi todo el aire de sus pulmones. Consigue aferrarse al cuchillo e inmediatamente comienza a cortar a los zombis que se abalanzan sobre él. Aksel rueda hacia un lado, pero ya hay demasiadas manos sujetándole, y no puede liberarse.

«Necesito abortar la misión... esto no va a acabar bien...».

Cuando se pone a cuatro patas, mira hacia la puerta, y para su consternación, ve que aún está demasiado lejos. Y justo cuando está a punto de levantarse, alguien se arroja sobre su espalda, derribándole. Aksel gruñe y logra girarse, quitándose a la persona de encima, pero antes de que tenga la oportunidad de ponerse de pie, tres más caen sobre él.

—Oh no... oh mierda, no...

Sus brazos y piernas quedan repentinamente inmovilizados contra el suelo. El peso de los cuerpos presionando sobre su pecho y estómago le dificulta la respiración, y la visera ya está empañada. Intenta liberarse, pero en cuestión de segundos, está completamente acorralado. En todas partes, las bocas comienzan a morderle dolorosamente mientras los muertos vivientes se le clavan.

—Esto es todo... No voy a salir de esta...

Para su horror, encuentra un pequeño alivio en ese pensamiento. No quiere morir, y mucho menos de esta manera, pero otra parte de él, una parte que le recuerda a su hermano, está cansada de seguir adelante en un mundo que se desmorona, sobreviviendo a una experiencia cercana a la muerte tras otra, por lo que Aksel entrecierra los ojos y espera a que el dolor empeore en cuanto alguien rasgue el traje, y en su mente ve el rostro de su hermano, y Jakob dice...

—Mira arriba, Axe.

Aksel sonríe. —Ya te estoy mirando.

Jakob frunce el ceño. —No, no a mí. Mira.

Aksel se encoge de hombros. —¿Mirar qué?

Jakob levanta una mano y señala al aire. —Mira arriba.

—Y la voz de su hermano se hace más fuerte en su mente, se eleva a un rugido tormentoso que se repite una y otra vez: Mira arriba... ¡Mira arriba!... ¡Mira arriba!

Y Aksel finalmente mira hacia arriba.

Abre los ojos, y al principio solo ve rostros muertos de ojos negros que se ciernen sobre él, manos que tocan la visera, pero luego mira más allá de ellos para ver...

Su salvación.

—Traía huevos, como hacía siempre cada dos semanas. Cuando nadie respondió a la puerta, entré. Encontré la casa en muy mal estado. Pensé que había habido un robo o algo así. Pero entonces encontré a Helda. Era un zombi, y vino hacia mí. Me metí en la despensa. Pasé muchos días allí. Estaba seguro de que el mundo exterior se estaba acabando, pero no creo que fuera así, porque de repente un policía vino a la casa. Helda también lo sorprendió, y cuando se unió a mí en la despensa, ya estaba infectado. Murió, y, eh... —Kristoffer carraspea y se salta la parte en la que dispara al oficial—. Y encontré que llevaba esta libreta. Debí cogerla en la casa, porque es de Halgrim —Kristoffer levanta el libro para que lo vean—. Es un relato bastante espantoso. Al parecer, hay algún tipo de monstruo medieval que vive bajo tierra en su jardín trasero, y Halgrim lo descubrió accidentalmente cuando comenzó a cavar para hacer un...

—Espera, espera —dice Ragnar. Acababa de traer los platos humeantes, pero ahora se inclina hacia adelante para observar detenidamente la cara de Kristoffer—. ¿Estás bien, Kris?

—Estoy bien —dice Kristoffer, encogiéndose de hombros—. Solo os estoy contando lo que escribió Halgrim.

—Suenas como si te lo creyeras.

—Al principio no. Y todavía no sé cuánto de ello es real, pero básicamente... bueno, todo encaja —toca el libro con los pulgares—. Creo que esto es realmente como comenzó. Puede que algunos detalles sean producto de la imaginación de Halgrim, pero sea lo que sea que encontró en su jardín, creo que es lo que causó todo esto.

—¿Pero no empezó todo en Torik? —pregunta Jan, tomando con desgana el plato que Ragnar le ofrece—. ¿En el hospital?

—Sí, empezó allí —dice Kristoffer—. O al menos eso es lo que todo el mundo cree. Y esa es una de las cosas que al principio no tenía sentido para mí. Estuve dándole vueltas hasta que Hans

mencionó algo que me hizo darme cuenta de que lo había entendido al revés.

—¿Cómo es eso? —pregunta Ragnar, entregándole su plato a Kristoffer y luego sentándose frente a él. El viejo comienza a comer con ganas, apenas deteniéndose para soplar los trozos humeantes.

—Bueno —dice Kristoffer, dejando la libreta y tomando el tenedor—. Hans me dijo que no fue uno de los pacientes del hospital el que murió y volvió a levantarse. Era un tipo que acababan de traer. Y creo que era Halgrim.

El tenedor de Ragnar se detiene frente a su boca abierta. —¿Así que Halgrim también está muerto?

—Lo más probable, sí.

—Pero si murió en casa, como Helda, ¿cómo acabó en Torik?

—No murió en casa —dice Kristoffer—. No según sus notas. Al principio lo pensé, pero pasé por alto un pequeño pasaje al inicio. En la primera página, Halgrim escribe... —Kristoffer cierra los ojos un segundo—: «Lo terminaré en mis propios términos. Me llevaré esta vieja silla, junto con la cuerda del sótano, y visitaré la vieja cabaña en el bosque una última vez. A quien encuentre esta libreta, ahí me encontrará»...

Jan emite un gruñido de admiración. —¿Te has memorizado todo eso?

—Sabía que estaba infectado —continúa Kristoffer, ignorando la pregunta—. Sabía que estaba yendo por el mismo camino que Helda. Así que fue al bosque a suicidarse. Tal como dijo, ahí es donde seguramente lo encontraron. Probablemente estaba congelado, así que los paramédicos pensaron que estaba realmente muerto, pero cuando lo llevaron al hospital, se descongeló. — Kristoffer mira intensamente a Ragnar—. Dime que eso no encaja.

Ragnar mastica lentamente un gran trozo de carne. Un hilo de grasa corre por su barbilla, donde comienza a crecer una barba gris. —Supongo que sí. Excepto por el monstruo bajo tierra. No me creo eso ni por un instante. Si Halgrim encontró algo en su jardín, fue un virus o un hongo o algo así. Hostias, aceptaría radiación o incluso un maldito meteorito. Pero no ese rollo sobrenatural. Eso es solo para niños y tontos que creen en esas cosas.

Kristoffer se encoge de hombros. No va a intentar convencer a Ragnar. Porque lo que sugiere Ragnar tiene mucho más sentido. Y si Kristoffer no hubiera visto el agujero en el jardín de Halgrim con sus propios ojos... si no hubiera mirado dentro de la oscuridad absoluta y sentido un escalofrío recorrerle la espalda... bueno, tampoco habría creído en las notas de Halgrim.

Pero Kristoffer había estado allí.

Y aunque había intentado con todas sus fuerzas olvidarlo, apartarlo de su mente y racionalizarlo, simplemente no podía hacerlo. No podía convencerse a sí mismo de que lo que acechaba en ese agujero era algo tan mundano como hongos o bacterias.

Era algo maligno. Algo que no pertenecía al mundo natural. Y sin embargo, estaba muy vivo.

Estaba esperando.

Observando.

—Pero espera un momento —interviene Jan, agitando el tenedor hacia Kristoffer, devolviéndolo al presente—. Si el tipo se voló los sesos antes de que la infección lo matara, entonces no podría haberse vuelto a levantar. Así no es como funciona.

—No se disparó —dice Kristoffer—. Dijo que se llevaría «esta vieja silla, junto con la cuerda del sótano»... Me parece que iba a ahorcarse. Lo cual deja el cerebro intacto. Pero como simplemente estuvo colgado en el aire helado, incapaz de caminar ni nada, creo que probablemente se congeló.

—Como una paleta de zombi gigante —comenta Jan, mirando un trozo de carne en su tenedor.

—¿Y te encontraste con Helda unos días antes de que encontraran a Halgrim? —pregunta Ragnar, tomando su taza de metal y bebiendo varios grandes sorbos de agua.

—Sí. Halgrim la había encerrado en el dormitorio, y ahí fue donde la encontré. Tuve mucha suerte de que no me atrapara. Estaba buscando la casa, con la esperanza de encontrarlos vivos. Básicamente, tropecé directamente con ella.

Ragnar traga y asiente. —Entonces, sobre esas historias locas. ¿Qué decía exactamente Halgrim que había encontrado en su jardín?

Kristoffer se detiene brevemente. —Un draug.

—¿Una droga? —pregunta Jan.

—No, un draug. Es un... —Kristoffer mira a Ragnar—. Aquí es donde entramos en el terreno de las locuras y cosas paranormales.

Ragnar hace un gesto con el tenedor, como diciendo: "Adelante. No te interrumpiré".

—Es una especie de criatura mítica. Un ser sobrenatural. Halgrim no entró en detalles, pero aparentemente es un guardián de tumbas. Y cuando Halgrim desenterró la antigua tumba que protegía, lo maldijo. A Helda también. Puede hacer eso. Es como un zombi, creo.

Jan ha dejado de masticar. —¿Vio realmente esa cosa?

—Sí —murmura Kristoffer—. Salió de su tumba y entró en la casa. Era tan grande que no podía estar de pie.

Hay un momento de silencio en la cueva.

Ragnar es el primero en volver a masticar. —Así que, obviamente, Halgrim perdió la cabeza. Probablemente porque Helda murió de la infección, y no pudo soportarlo. El shock y el dolor pueden hacer que una persona cree realidades alternativas. Lo he visto pasar.

—También pensé en eso —dice Kristoffer—. Es posible, supongo. Pero Helda estaba enferma de cáncer. Iba a morir de todas formas. Lo descubrieron unas semanas antes. Había tenido tiempo de asimilar la idea. Y leyendo sus notas... —Kristoffer se encoge de hombros—. Bueno, no me parece que estuviera loco. Y lo he conocido desde que tengo memoria.

Ragnar lo mira como si estuviera a punto de discutir, pero parece dejarlo. En su lugar, pregunta: —¿Y qué hay del policía? ¿Llamó Halgrim a la policía antes de irse a suicidar?

—No, no lo creo. Si lo hubiera hecho, probablemente habrían aparecido antes. Quiero decir, pasé más de una semana en esa despensa. Y Halgrim probablemente se fue al menos un par de semanas antes de eso.

—Entonces, ¿qué hacía el policía allí? ¿Alguien en el pueblo sospechó porque no habían visto a los Petersen durante un tiempo? Podría haber sido Karoline. Esa vieja bruja es tan entrometida que probablemente fue a espiar por las ventanas.

—Las cortinas del dormitorio estaban corridas —dice Kristoffer—. Lo recuerdo porque estaba oscuro. No pude ver su rostro de inmediato. Y después de que yo llegara, se quedó justo afuera de la puerta de la despensa. Está en la esquina de la cocina. No habría sido visible desde ninguna de las ventanas.

Jan lo mira. —¿Se quedó esperando en la puerta durante más de una semana? ¿Es por eso por lo que no pudiste salir?

—Ajá.

—¿Ni siquiera se alejaba de vez en cuando?

—No. Ni siquiera dio un paso atrás. Solo arañaba la puerta, día y noche, incansablemente. Yo era la presa más cercana. La única persona al alcance. Incluso cuando un coche pasó afuera, yo estaba mucho más cerca, y ni siquiera se detuvo.

—Jesús —murmura Jan—. No debió ser nada divertido estar ahí sentado. Increíble que no te volvieras loco.

Kristoffer sonríe. —Supongo que casi lo hice. Pero no fue hasta que el policía entró en la casa que finalmente se alejó de la puerta. Y hablando de él... He intentado recordar lo que me dijo. Había estado en el jardín trasero. Oh, y no estaba solo. Vino con un compañero. Pero ese tipo ya estaba muerto cuando finalmente salí de la despensa. Debió acercarse demasiado al agujero, porque ya se había convertido. La mejor explicación que se me ocurre es que los policías estaban

siguiendo alguna pista del cuerpo de Halgrim. Quizá alguien lo identificó. Quizá llevaba la cartera consigo. En cualquier caso, averiguaron dónde vivía y probablemente vinieron a echar un vistazo. Y creo que lo hicieron antes de que Halgrim despertara, porque claramente no eran conscientes del peligro. Quiero decir, habrían llevado equipo de protección si lo supieran.

Kristoffer respira hondo. En cierto modo, se siente aliviado de haberlo soltado todo. De haber vaciado su cabeza de los pensamientos y teorías que rondaban por allí.

—Eso es todo lo que sé —suspira—. Así es como creo que empezó todo esto.

¿Cuál es su propósito? Aksel no tiene ni idea. Quizás sea para sujetar la carga que podría transportar el camión. O tal vez para algo completamente distinto.

Sea como sea, las dos barras metálicas que recorren la parte inferior del techo son perfectas para trepar.

«No puedo alcanzarlas».

«Sí puedes, ordena Jakob en su mente».

«No. Es demasiado tarde».

«No lo es. Levántate, Axe. No me hagas repetirlo».

Aksel casi suelta una carcajada ante el comentario. Es exactamente lo que solía decirle a Jakob cuando eran más jóvenes y su hermano pequeño se ponía pesado. Escuchar esas palabras en su contra es divertido y trágico a la vez, y es justo la motivación que Aksel necesita.

Intenta recoger los brazos, y se da cuenta de que uno de ellos —el derecho, el que sostiene el cuchillo— está libre. Lo levanta frente a su cara y comienza a cortar todo como un loco. El pus le cae en la cara, cubriendo la visera ya manchada de grasa, y agradece que nada de eso entre en sus ojos o boca. Mientras los rostros se abren en canal, las manos se cortan, los tendones se seccionan, los ojos se pinchan, la presión disminuye ligeramente. Es justo lo suficiente para que Aksel pueda dar un empujón con fuerza y girarse de lado. Al torcer su cuerpo, sus piernas se liberan lo necesario para poder recogerlas. Ahora está en cuatro patas y, todavía cortando a ciegas con el cuchillo, realiza lo que básicamente es una sentadilla bajo carga pesada. Forzando los músculos de los muslos hasta el límite, se empuja hacia arriba, llevando consigo al menos a tres zombis. No solo se aferran a él como sanguijuelas; también hacen todo lo posible por arrastrarlo de nuevo al suelo, pero Aksel consigue enderezarse con un grito, y usa el impulso para alzar su brazo izquierdo y agarrar la barra metálica. Con la otra mano, corta todo lo que está

a su alcance, y consigue que bastantes lo suelten como para poder soltar el cuchillo y agarrar la otra barra.

Tirando con toda la fuerza que le queda, se alza desde la pila de zombis, colgando una pierna y enroscándola alrededor de la barra. Con una pierna aun colgando en el aire, los zombis se aferran a ella como ratas que se ahogan, y Aksel no tiene más remedio que empezar a trepar hacia la puerta, aunque sigan colgados de él. Da patadas y tira, patadas y tira, y a medida que logra avanzar un poco, los zombis tropiezan entre ellos. Dos caen, arrastrando a otros dos, y con solo unas pocas manos aún aferradas, Aksel consigue levantar la pierna y trepar por su vida.

Siente como las manos le agarran su espalda, rasgando su traje, pero no pueden aferrarse con suficiente fuerza, y de repente, Aksel llega a la puerta, trepa hacia el techo del camión, usando la puerta como escalón, y entonces se acuesta sobre el techo del camión, jadeando, mirando al hermoso cielo azul.

Levanta la mano —le parece que está hecha de cemento— y se arranca la máscara.

Aspira el aire helado, nunca ha sentido algo tan placentero. En algún lugar, abajo, los zombis gruñen y gimen, y siente cómo sus movimientos hacen que el camión se balancee ligeramente.

Sin embargo, no le importa. Ha sobrevivido. Está fuera de su alcance.

Dios santo... ¿cómo lo he conseguido?

—No tiraste la toalla —le dice Jakob—. Buen trabajo, Axe. Te dije que podías hacerlo.

Aksel cierra los ojos y se adormece.

El resto de la comida transcurre en un incómodo silencio.

Ni Ragnar ni Jan parecen tener ganas de discutir la teoría de Kristoffer. A Jan, al parecer, simplemente no le interesa, mientras que Ragnar rechaza la premisa de una entidad sobrenatural detrás de todo.

Kristoffer se siente satisfecho de no hablar más del tema. Lo ha sacado de su sistema, y de alguna manera lo ha hecho sentir más ligero. Realmente no tiene hambre, pero mastica obedientemente el grasiento trozo de carne. Está a punto de meter el último trozo en la boca cuando...

Al principio, Kristoffer no sabe qué es lo que está mirando. Es tan inesperado que su cerebro no puede conectar los puntos de inmediato.

Hay algo en la carne. Algo que no debería estar ahí.

Con el pulgar, limpia suavemente la grasa y el jugo, pudiendo ver con más claridad aquello que no debería estar ahí.

Y cuando lo ve, siente cómo la realidad cae sobre él con una sensación nauseabunda de caída libre. Viene de muy atrás, de los rincones más lejanos de su mente, donde ha estado acechando durante días, girando en el borde de su conciencia, tratando de abrirse camino. Ahora que finalmente lo consigue, lo sorprende con una fuerza mortal, bloqueando su mente y cuerpo, y Kristoffer no parece poder pensar, ni siquiera respirar. Solo puede quedarse sentado ahí y mirar la carne en su tenedor.

El trozo todavía tiene un pedacito de piel. Algunos de los otros que acaba de comer también tenían, pero la piel en sí no es ningún problema.

El problema es lo que está escrito en ella.

Con tinta oscura, casi negra, hay cuatro letras. Forman un nombre. Una de las letras, una A, está estilizada como un corazón al revés.

El nombre es Hans.

Otro nombre late en la cabeza de Kristoffer, pulsando al ritmo de su creciente latido.

Ingrid... Ingrid... Ingrid...

Kristoffer está mirando un tatuaje. No tiene ni idea de en qué parte del cuerpo de Ingrid estaba. No lo notó mientras ella estaba viva. Quizá detrás de su oreja. Quizá en el interior de su muñeca. Quizá en algún lugar más íntimo. En algún lugar que solo Hans vio. Como el interior de su muslo. O en su nalga. Dondequiera que hubiera estado, Ragnar obviamente lo pasó por alto al cortarla. Y ahora...

—... ¿Pasa algo?

La voz de Ragnar atraviesa el zumbido ensordecedor que retumba en el cráneo de Kristoffer, y de repente es traído de vuelta al presente. Se encuentra mirando el tenedor, y justo detrás está la cara de Ragnar, sus ojos pálidos mirando fijamente a Kristoffer.

—No tienes buen aspecto, Kris —dice Ragnar con un tono muy calculado—. ¿Qué te pasa?

Kristoffer baja el tenedor. Abre la boca, sin idea de lo que va a salir, porque su mente está completamente en blanco. Sea lo que sea que diga, cualquier mentira a medio hacer que esté a punto de salir, Ragnar la verá venir, y probablemente le matará allí mismo. Su cuchillo está en el suelo junto a él. Siempre lo saca de la funda cuando se sienta a comer. El mismo cuchillo que usó hace veinte minutos junto al arroyo para cortar un trozo de la carne de Ingrid. Y ahora esa misma hoja cortará su garganta. Ragnar ya está muy suspicaz, y en cuanto Kristoffer hable, se dará cuenta de que ha descubierto su macabra mentira, y la confianza se romperá para siempre. Y no dejará que se sepa que es un asesino a sangre fría.

—¿Kris? —pregunta Ragnar de nuevo, con los ojos aún más abiertos y su mano bajando hacia el costado—. No me gusta tu cara. ¿Qué te pasa, amigo?

Esa última palabra activa algo en Kristoffer. Ragnar nunca lo había llamado "amigo" antes. Y la razón por la que lo hace ahora es obvia. Quiere crear un vínculo entre ellos. Un pacto. Quiere que Kristoffer guarde el secreto.

Mató a Ingrid. La estranguló con sus propias manos. Luego mintió sobre ello. Mintió directamente en la cara del hombre que la amaba. Y después comenzó a servir su carne. Como si fuera un maldito pavo. Llevan días comiéndola. Porque para él no era más que calorías. No una humana, solo una despensa ambulante llena de nutrientes. No siente ningún remordimiento. Es

un sociópata. Incluso más que Kjell. Y ahora quiere que guarde su secreto. Que lo acepte. No, es más que eso. Quiere que me convierta en él...

Kristoffer decide en ese momento que ya ha pasado por suficiente. Que no va a seguir el juego. Y tampoco va a intentar salir de esto con mentiras.

En cambio, va a gritarle a Ragnar. Le llamará maldito psicópata. Y en cuanto Ragnar se lance sobre él, intentará apuñalarle la cara, esperando hundir el cuchillo en su ojo. Probablemente fallará, pero si va a morir de todas formas, al menos lo hará peleando.

Kristoffer se inclina hacia adelante y, en un gruñido, dice:

—Sé lo que...

Entonces, su estómago se contrae violentamente, convirtiendo el resto de la frase en un eructo prolongado. Kristoffer se dobla y vomita. Un bocado de la comida le sube a la boca y cae al suelo.

—¡Hostias! —grita Jan desde algún lugar—. ¡Qué asco!

Luchando contra las convulsiones, Kristoffer siente el resto de la carne, la carne de Ingrid, luchando por salir por su garganta, suelta el plato y el tenedor, se levanta y corre fuera de la cueva. Casi resbala en el hielo a pesar de los pinchos bajo sus botas, pero llega al muro de piedra. Se inclina medio segundo antes de que la carne salga como una fuente. Se derrama sobre el suelo helado, golpeando la roca con salpicaduras suaves y húmedas, y aprieta los ojos, pero no antes de ver el montón de color marrón, humeante, que acaba de comer, y vuelve a vomitar una y otra vez, sigue vomitando durante lo que parece una eternidad. Cada vez que las convulsiones disminuyen, una imagen de Ingrid aparece en su mente, y comienza a vomitar de nuevo.

«Oh, Dios... oh, Jesús... haz que pare...».

Su estómago ya está vacío, pero sigue bombeando, como si quisiera retroceder en el tiempo y vomitar también las comidas anteriores, las partes de Ingrid que ya había digerido y convertido en energía útil, exactamente como Ragnar pretendía.

«Ragnar. Ese maldito pedazo de mierda. Ese maldito Hannibal Lecter. Voy a matarlo. Voy a...».

Una mano en su hombro le hace mirar hacia atrás.

Ragnar está allí, mirándole con preocupación.

—Vaya, Kris. La comida no te ha sentado nada bien. ¿Estás mejor?

Kristoffer se limpia los ojos y luego la boca. De repente, la ira se desvanece. La voluntad de pelear lo abandona. Es reemplazada por nada más que asco y, sorprendentemente, una sensación de pena.

—Estoy bien —dice Kristoffer—. Supongo que he comido demasiado alce.

Ragnar lo mira un momento, luego dice:

—Supongo que nos hemos pasado con la proteína. Solo quería que no pasaras hambre. Necesitábamos la energía para preparar la cueva.

El tono amistoso, casi paternal, está de vuelta. Aparentemente hay una genuina preocupación en los ojos de Ragnar. Y eso hace que Kristoffer quiera gritar.

—Ibas a decir algo —pregunta Ragnar, sonando casualmente interesado. Su mano derecha descansa en la funda donde está el cuchillo—. Justo antes de que vomitaras. ¿Qué era?

Kristoffer parpadea.

—No lo recuerdo.

Ragnar lo mira un poco más. Luego asiente.

—Está bien. Supongo que no era nada importante entonces.

—Probablemente no.

Ragnar está a punto de irse, cuando algo parece ocurrírsele.

—Todo esto de hablar del pasado me hizo pensar. Nunca me dijiste cómo acabaste en mi puerta. En el pueblo. Después de salir. Podrías haberte marchado. O haber ido con otra persona. ¿Por qué conmigo? —Ragnar inclina la cabeza.

Kristoffer se suena la nariz.

—Porque sabía que estarías preparado para una situación así. Sabías qué hacer.

Ragnar asiente lentamente.

—¿Así que confiaste en mí? A pesar de que apenas éramos sólo vecinos.

—Supongo que sí.

Ragnar sonríe. Parece genuino. Coloca una mano en el hombro de Kristoffer —no en la que está descansando sobre el cuchillo.

—Tienes buenos instintos, Kris. Por eso confío en ti también.

Kristoffer intenta sonreír, pero es una mueca más que una sonrisa.

—Vamos —dice Ragnar, empezando a guiar a Kristoffer de vuelta a la cueva—. Vamos adentro. Necesitas descansar.

—Quiero limpiarme primero —Kristoffer se zafa con cuidado y mira hacia abajo—. He vomitado en mis botas. Y en mi camisa.

—Puedes limpiarte adentro —dice Ragnar, tirando de él suavemente—. Te traeré un poco de agua.

—No —dice Kristoffer, esta vez con más firmeza—. No puedo volver ahí.

—¿Por qué no?

—El olor. Es suficiente para... —Su estómago se retuerce de nuevo, esta vez con menos violencia, pero lo suficiente para que Ragnar lo suelte y dé un paso atrás.

—Está bien —dice Ragnar—. Ve a limpiarte en el arroyo. No tardes mucho. No quiero que estés solo aquí fuera.

—Tendré cuidado —dice Kristoffer, y mientras pronuncia esas palabras, sabe con certeza que serán las últimas que le diga a Ragnar.

Ragnar asiente una vez más, se da la vuelta y vuelve a entrar en la cueva.

Kristoffer respira hondo, y empieza a caminar.

Su teléfono emite un pitido al encenderse, trayéndola de vuelta al presente. Estaba perdida en sus pensamientos, mirando la carretera blanca frente a ella. Estaba pensando en Aksel y Belinda, pero sobre todo, estaba pensando en su hija. Ella siempre está en su mente, constantemente en el fondo, sin importar lo que esté ocurriendo a su alrededor.

—Realmente creo que deberíamos irnos ya —dice Folmer desde el asiento trasero, moviéndose inquieto—. No me gusta estar tan cerca del camión. Si nos ven, probablemente nos arrestarán.

—No estamos tan cerca —dice Anne—. No pueden vernos desde aquí.

Tan pronto como vio detenerse el camión, ella también se detuvo, dio marcha atrás y aparcó detrás de la curva en la carretera. El motor está encendido, manteniendo el vehículo cálido. Cada dos minutos avanza lo justo para ver el camión. Sigue allí. Llevan casi media hora parados. No puede ver qué está pasando, pero vio a una persona fuera del camión, así que probablemente se hayan encontrado con más infectados y estén cargándolos en el camión.

Es la segunda parada que hacen. La primera fue en una pequeña cabaña. Esa parada no duró tanto. Anne no vio lo que pasó, porque se aseguró de mantenerse fuera de la vista, pero supone que o encontraron la cabaña vacía o llevaron a quien estuviera allí, si es que estaban infectados.

—Pero no van hacia la zona de cuarentena —sigue diciendo Folmer—. Eso es evidente. Quiero decir, han estado conduciendo en la dirección opuesta desde que empezamos a seguirlos.

—A donde vayan, los seguiremos —dice Anne con firmeza—. No vamos a abandonar a Aksel o a Belinda, así que no te molestes.

Folmer se recuesta con un gruñido.

—Esto es una locura. Deberíamos estar conduciendo lo más lejos posible de aquí, y no quedándonos esperando a ser descubiertos o devorados vivos.

Anne está a punto de decir algo, pero Rosa se le adelanta. La chica ha estado gran parte del rato callada desde que Aksel las dejó hace horas.

—Si fueras tú quien estuviera en ese camión, ¿no querrías que hiciéramos todo lo posible para sacarte?

Folmer murmura algo que Anne no alcanza a escuchar. Ella está mirando su teléfono.

Dos llamadas perdidas. No esperaba realmente que fueran de Aksel. Su teléfono se había quedado sin batería.

Y no son de Aksel.

Ambas son de Ella.

Anne frunce el ceño.

Alguien debe haber encontrado el teléfono de su hija. ¿Cómo desbloquearon la pantalla y por qué localizarían el contacto llamado “Mamá” para llamarla es un misterio para ella. Pero por supuesto no fue Ella. Después de que una persona moría por el virus y regresaba, no tenía recuerdos de amigos o familiares, y aunque los tuviera, ciertamente no poseía la habilidad motora suficiente para sacar un teléfono móvil y hacer una llamada.

O tal vez...

Tal vez Ella no estaba muerta aún.

Tal vez necesitaba unas últimas palabras.

Anne no puede creer que eso sea posible. Ya han pasado varias horas. Cuando hablaron por teléfono, Ella ya sonaba muy débil. Debe haber fallecido hace tiempo.

A menos, claro, que...

«¿Podría haber sobrevivido al virus?»

Anne no quiere considerar seriamente la idea. Porque solo le romperá el corazón de nuevo. Si deja que entre una esperanza tan tonta, podría hacerla sentir mejor por un rato, pero cuando se desvanezca, será como si perdiera a su hija de nuevo.

Decide devolverle la llamada. Solo para comprobar. Probablemente será otra persona quien conteste, pero al menos eso disipará cualquier incertidumbre antes de que crezca en una expectativa.

Si alguien contesta, no será ella. No volveré a hablar con ella. Ella se ha ido.

Por más que se repita esto, nota que está respirando rápido mientras pulsa el nombre de su hija con el pulgar. No hay manera de evitarlo. Su mente ya está esperando contra todo pronóstico.

Deja el teléfono cerca, sintiendo que su mano tiembla ligeramente.

El sonido de la llamada finaliza.

Perpleja, mira la pantalla. SIN SERVICIO.

—Maldita sea.

—¿A quién llamabas? —pregunta inmediatamente Folmer—. Espero que no fuera a la policía.

—¿Por qué demonios llamaría a la policía? —gruñe Anne—. No estoy...

—¡Mamá! —grita Rosa, abalanzándose hacia adelante para señalar por la ventana delantera—. ¡Es mi madre!

Anne sigue su dedo y ve a Belinda salir tambaleándose de entre los árboles hacia la carretera. Claramente está sin aliento, su cabello todo revuelto, y mira a su alrededor como un animal asustado que huye de un depredador. Entonces ve el vehículo y se dirige hacia él, corriendo lo más rápido que puede sin resbalarse.

—¡Mamá! —grita Rosa de nuevo, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡No, espera, Rosa!

Pero la chica ya ha abierto la puerta y sale tambaleándose. Belinda llega hasta su hija y chocan en un abrazo lleno de emoción. Verlas así casi hace que Anne lllore. Aprieta los labios con fuerza y lucha por contener las lágrimas.

—Oh, pequeña —suspira Belinda, cubriendo el rostro y el cabello de Rosa con besos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá. ¿Y tú?

—Estoy bien —dice Belinda, mirando hacia Anne—. No estoy infectada.

—¿Cómo lo sabemos? —pregunta Folmer.

—Sube ya —dice Anne, ignorándolo—. Antes de que te congeles.

Belinda y Rosa suben, y Folmer se pega todo lo que puede a la puerta, aplastándose contra ella. No dice nada, pero mira a Belinda como si llevara la peste.

—¿Qué ha pasado, mamá? —pregunta Rosa—. ¿Por qué no os han llevado a la zona de cuarentena?

—Porque están muertos —dice Belinda con crudeza, mirando de nuevo a Anne—. Los tres.

Un disparo lo despierta abruptamente.

Aksel se incorpora rápidamente, jadeando mientras mira a su alrededor.

Sigue en el techo del camión. ¿Cuánto tiempo ha estado durmiendo? Minutos. Tal vez solo segundos.

Los zombis siguen abajo, puede oírlos.

¿Quién disparó?

Aksel mira hacia la carretera y ve al soldado de pie allí. Su arma está apuntando al cielo. Con la otra mano, se forma un embudo en la boca y grita:

—¡Muévete! ¡No has terminado!

Las palabras le llegan por encima del ruido de los muertos vivientes.

Aksel se mira el cuerpo. El traje está bastante maltrecho, mostrando marcas de arañazos y mordeduras, pero, increíblemente, no parece haber sido perforado en ningún lugar.

—Es mucho más resistente de lo que pensaba —murmura Aksel, revisando sus botas y guantes. Estos también parecen estar intactos—. El ejército realmente tiene buenos equipos.

Intenta ponerse de pie, pero sus piernas están demasiado inestables. Además, le duele todo el cuerpo por donde los zombis le mordieron, y aún no está convencido de que, una vez que se quite el traje, no encuentre un par de heridas sangrantes. Como mínimo, estará bien magullado.

Arrastrándose sobre manos y rodillas, se acerca al borde y mira hacia abajo. Todos los zombis lo han seguido fuera del camión. Tras caer al suelo, ahora están de pie alrededor de la parte trasera del camión, con las caras alzadas hacia él, sus manos buscando alcanzarlo. Aksel se inclina un poco más, lo suficiente para mirar dentro del camión.

Para su asombro, solo ve tres zombis todavía amarrados.

—Dios, estuve tan cerca de conseguirlo...

Mira de nuevo al soldado, y el tipo se toca la muñeca en un gesto inconfundible de "el tiempo corre, así que ponte en marcha".

—Maldito imbécil —gruñe Aksel—. Espero de verdad que te devoren vivo...

El cuchillo sigue dentro del camión, tirado justo en medio del suelo, entre los zombis que aún están atados.

En teoría, debería ser capaz de volver a entrar, coger el cuchillo y liberar a los tres últimos. Los que ya están en el suelo no parecen capaces de trepar de nuevo. El suelo del camión está casi a la altura del pecho, y aunque hay un escalón, probablemente no sepan cómo usarlo. Tan pronto como libere a los tres últimos, trepará de nuevo al techo y el trabajo estará hecho.

—Vale —dice, apoyándose una vez más—. Lo más difícil ya ha pasado. Hagámoslo y terminemos con esto.

Se vuelve a poner la máscara, luego trepa por el borde y, agarrándose a las barras metálicas, entra de nuevo en el camión. Los zombis, tanto los de fuera como los de dentro, se emocionan cada vez más a medida que Aksel se acerca a su alcance. Tal como esperaba, ninguno de los que han caído a la calle puede volver a subir, y los tres últimos todavía están retenidos por las correas.

Aksel recoge el cuchillo, se estabiliza y realiza el procedimiento tres veces más, lo más rápido que puede. Soltando el cuchillo de nuevo, rápidamente se sube de un salto y trepa de vuelta al techo. Esta vez es más fácil, porque los tres zombis del interior no tienen tiempo de alcanzarlo antes de que ya esté a medio camino hacia el techo. Mientras avanzan hacia él, se tropiezan con el borde y caen torpemente sobre los demás, derribando a algunos de ellos al suelo congelado.

Aksel se pone de pie y le hace una señal al soldado. Quitándose la máscara de un tirón, grita:

—¡Ya está! ¡Lo he hecho! ¿Contento?

El soldado levanta el pulgar y le grita:

—¡Ahora sigue a Bigga!

Aksel mira hacia un lado de la carretera. Un poco más allá está la mujer, de pie junto a la barandilla, con las manos en los bolsillos, balanceándose de un lado a otro en un esfuerzo por mantenerse caliente.

—¿Estás lista? —le grita Aksel.

La mujer mira al soldado, como para asegurarse de que sigue allí. Luego vuelve a mirar a Aksel y asiente una vez.

—Sigue sin querer hablar —murmura Aksel—. ¡De acuerdo, voy!

Cuando Belinda finalmente deja de hablar, hay un largo momento de silencio en el coche.

Lo que acaba de contarles es peor de lo que Anne esperaba. Por loco que suene, todo encaja. Los disparos. Por qué no iban hacia la zona de cuarentena. La breve parada en la cabaña.

—Esto no es bueno —dice Rosa, frunciendo el ceño—. ¿Así que va a usar a Aksel y a esa otra mujer como cebo?

Belinda asiente.

—Tiene un asunto pendiente. Es un completo psicópata. Como dije, disparó a esos soldados a sangre fría. —Mira a Folmer mientras dice esto, y Anne oye cómo él traga saliva.

—Tenemos que ayudar a Aksel —dice Rosa—. ¿No podemos ir y disparar a ese tío? Quiero decir, si está solo, probablemente podríais matarlo, ¿no? —Mira de Folmer a Anne.

Anne es la única que tiene un arma, y no se sentiría bien acechando al tipo para intentar eliminarlo. Claramente, él se siente mucho más cómodo disparando y matando a alguien. Si fallara el primer disparo, probablemente la mataría a ella para no correr riesgos.

—Probablemente no sea lo más adecuado —dice Anne.

—No, eso no funcionará —la apoya Belinda—. Es demasiado precavido. Y no dudaría en disparar a cualquiera.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Rosa—. No podemos dejar que haga que Aksel salga al bosque. ¡Morirá congelado! O peor aún, los zombis lo atraparán.

La chica tiene razón, por supuesto. Aksel solo llevaba su sudadera cuando se fue, y aunque la luz del día ha hecho subir un poco la temperatura, no hay manera de que Aksel aguante mucho tiempo ahí fuera.

A Anne se le ocurre una idea. Mira a Belinda.

—Saliste por el bosque. ¿Crees que puedo escabullirme de vuelta por el mismo camino?

—Tal vez —dice Belinda—. El matorral es bastante denso, así que si eres silenciosa, no creo que te oiga venir. Podrías acercarte bastante, tal vez lo suficiente como para dispararle.

Anne saca su pistola y la revisa. Es innecesario, ya que sabe que está cargada. Pero el hecho de revisarla, la hace sentir un poco menos inquieta.

—Lo haré —dice—. Y me llevo al perro.

Como si se diera cuenta de que lo están nombrando, Guardian se anima y comienza a hacer ruiditos.

—Belinda —dice Anne—. Ponte al volante. Si ves que el tipo se acerca, te vas rápido. No te preocupes por mí.

Belinda asiente.

—Por lo que más quieras, ten cuidado, Anne —dice Rosa, con los ojos brillantes—. Y por favor, trae de vuelta a Aksel.

Anne fuerza una sonrisa.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Corre hacia la parte delantera del camión, se sube a la cabina, luego salta sobre el capó y de ahí al suelo.

Inmediatamente se dirige hacia Bigga, que ya ha comenzado a escalar la barandilla de protección. Echa un vistazo atrás para ver cómo los zombis rodean el camión y empiezan a perseguirlo.

Cuando llega a la barandilla, Bigga ya está descendiendo la pendiente. No es tan empinada como Aksel temía, y hay mucho matorral, arbustos y pequeños salientes que les ayudan a hacer la bajada más segura. Habiendo crecido en esta zona y acostumbrado a escalar durante años, Aksel está muy familiarizado con este tipo de terreno, y se mueve con confianza, alcanzando pronto a Bigga. Obviamente para la mujer no es nuevo caminar fuera de los senderos, pero no es tan rápida ni ágil como Aksel.

—Será mejor que vayamos juntos —le dice Aksel—. Si uno de nosotros cae, el otro puede ayudarle a levantarse.

Bigga le lanza una breve mirada, luego vuelve a centrar su atención en el suelo.

—Lo tomaré como un sí —gruñe Aksel.

Pausando brevemente para mirar atrás, ve a los zombis desbordando la barandilla. La mayoría caen, algunos directamente de cara, y solo unos pocos logran escalarla sin caer al suelo. Mientras comienzan el descenso, parecen niños grandes o borrachos. Caminan directamente hacia los arbustos, tropiezan con obstáculos claramente visibles y siguen cayendo y levantándose. Algunos ruedan unos cuantos metros antes de volver a ponerse de pie. Pero a pesar de sus dificultades, todos siguen avanzando, decididos a alcanzar a Aksel y a Bigga.

Aksel mira hacia adelante mientras continúan avanzando. El lago aún está a unos diez minutos de distancia, y es más grande de lo que pensaba. Al otro lado, la montaña parece un poco más

empinada, pero aunque subir es más exigente en cuanto a fuerza, requiere menos técnica, y deberían ser capaces de lograrlo.

Siempre y cuando no se tuerzan un tobillo. En ese caso, estarían jodidos.

Primero, tienen que cruzar el lago, lo que debería ser fácil. Aksel ha estado antes en lagos congelados, cuando él y Thor iban a pescar en el hielo. No está particularmente preocupado por si el hielo resistirá. El peligro es más bien que resbalen y se golpeen la cabeza. Pero mientras no pierda la concentración, debería estar bien.

Los músculos de sus muslos y pantorrillas ya están ardiendo. Lo único que quieren después de días de esfuerzo físico es sentarse y relajarse. Pero no puede permitírselo. Porque al echar otro vistazo hacia atrás, ve al soldado junto a la barandilla. Ya está demasiado lejos para distinguir detalles, pero Aksel reconoce el gorro de lana. Sus codos están levantados, y parece estar sosteniendo unos prismáticos.

«Nos está observando».

Aksel se toma un momento para detenerse, levanta el dedo medio, y luego continúa avanzando.

Es más difícil avanzar entre la maleza de lo que esperaba. Su chaqueta sigue enganchándose en las ramas, y tiene que liberarse. No lleva guantes, porque necesita tener la pistola en la mano y lista para disparar, así que sus dedos ya están congelados. No está del todo segura de si será capaz de apretar el gatillo, pero espera que la adrenalina la ayude.

El perro, a pesar de su tamaño, tiene menos problema para deslizarse por el bosque. Anne estaba preocupada de que tuviera que sujetarle del collar para mantenerlo a su lado, pero no es necesario. Él la sigue obedientemente, justo detrás de ella, imitando cada uno de sus movimientos, deteniéndose cuando ella se detiene. También está muy callado. No gime ni jadea. Sus orejas están erguidas y claramente está muy alerta.

Anne nunca fue una persona de perros, pero agradece tenerlo con ella. Aún no está tan convencida como Aksel de que el perro sea de alguna utilidad si las cosas se ponen difíciles, pero al menos no está sola, y eso le da algo de consuelo.

Intentó seguir el rastro de Belinda al principio. No ha recibido entrenamiento profesional, pero vio ramas rotas y detectó algunos lugares donde las hojas en el suelo del bosque habían sido removidas, pero pronto perdió el rastro y ahora tiene que guiarse por su instinto. Está bastante segura de que va en la dirección correcta, pero...

De repente, distingue el camión entre los árboles y se agacha. El perro también se detiene, sentándose justo detrás de ella.

Estaba atenta al sonido del motor, pero el camión no está al ralentí. Agudiza los oídos y los ojos, tratando de captar algún sonido o movimiento entre las ramas. No oye ni ve nada más que el camión.

Con cuidado, se acerca un poco más. Al llegar a la carretera, se queda detrás del último árbol y mira alrededor.

Todo está en silencio. Hay muchas huellas por toda la carretera. La puerta trasera sigue abierta. Anne no puede ver el interior del camión desde donde está. Así que sale a la carretera, con la pistola lista. El perro la sigue a sus talones, caminando en silencio, con la cabeza baja y la cola recta.

Anne rodea el camión y mira dentro. Está vacío. Todas las correas han sido cortadas. Lo único que queda es un hedor persistente.

Sigue adelante, moviéndose por el lateral del camión. Mira el espejo retrovisor, consciente de que es visible desde la cabina si alguien está allí. Pero de alguna manera, sabe que no hay nadie. Y, efectivamente, al llegar a la puerta, se asoma rápidamente. Está vacío.

Baja de nuevo y mira alrededor una vez más, asegurándose de que no haya nadie al acecho. Tiene la sensación de que no es el caso. Todos se han ido, tanto los vivos como los muertos.

—Parece que llegamos tarde —murmura.

Guardian la mira, luego emite un breve gemido. Pone su nariz en el suelo y comienza a olfatear las diferentes huellas.

Anne se acerca a la barandilla. Sea lo que sea que el perro esté olfateando, parece llevarle en la misma dirección. Se pone de pie sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en la barandilla para mirar hacia el valle. Anne también mira el paisaje, y de inmediato distingue las figuras muy, muy abajo, en la distancia. Son fáciles de ver porque destacan en contraste con el lago completamente blanco, que está cubierto de nieve.

Delante, hay dos personas que se mueven como uno esperaría que lo hicieran los humanos: avanzan con firmeza, pero con cuidado para no resbalar.

Detrás de ellos, en una formación irregular, hay un grupo de al menos dos docenas de figuras, y estas se mueven más como personas borrachas, o quizás como sonámbulos. Tambaleándose y bamboleándose, se resbalan y caen constantemente, solo para volver a levantarse.

Y allí, muy atrás de todos, hay una sola persona alta. Camina muy despacio, asegurándose de mantener la distancia. Incluso desde aquí arriba, Anne puede distinguir que lleva lo que podría ser un palo, pero está dispuesta a apostar que es un rifle.

—Maldita sea —gime Anne—. Están demasiado lejos. No hay manera de que los alcancemos. Aunque...

Aparentemente en desacuerdo, Guardian salta de repente por encima de la barandilla en un impresionante salto.

—¡No, espera! —exclama Anne.

Pero, por primera vez, el perro no le hace caso. Simplemente se lanza colina abajo a una velocidad vertiginosa. Claramente ha captado el rastro de Aksel y está decidido a llegar hasta él.

Anne se queda allí parada, mirando al perro, sin saber qué hacer, cuando de repente su teléfono emite un pitido.

Se da cuenta de que olvidó apagarlo. Lo saca, con la esperanza por un segundo de ver el nombre de Ella en la pantalla, su mente aún no ha olvidado esa pequeña y tonta esperanza de que su hija, contra todo pronóstico y lógica, esté viva e intentando comunicarse con ella.

Y cuando ve su nombre, su corazón da un vuelco. El mensaje debió llegar porque el teléfono encontró brevemente señal.

Usa su pulgar congelado para abrirlo.

Lee el breve mensaje. Luego lo lee de nuevo. Y una tercera vez. Cierra los ojos unos segundos. Al abrirlos, vuelve a leer el mensaje. Sigue diciendo lo mismo:

Hola, mamá. Estoy viva. Vencí al virus. Intenté llamarte. Llámame cuando puedas. Te quiero. Askepott.

Anne siente que está a punto de desmayarse. Su visión va y viene. Su cabeza empieza a zumbear de repente.

«Alguien me está gastando una broma cruel», piensa. «Esto no es real. No puede ser de Ella».

Pero una palabra en el mensaje le hace ignorar todas las dudas. Una palabra que significa que el mensaje solo puede ser de su hija, y no de alguien haciéndose pasar por ella.

Askepott.

El nombre noruego para Cenicienta. Que era el apodo de Ella en el colegio. Nadie la llama así ya. Pero Anne está casi cien por ciento segura de que lo incluyó en el mensaje como un código. Una autenticación. Para demostrar que realmente es ella.

—Oh, Dios... —susurra Anne, cubriéndose la boca con su mano congelada mientras sus labios comienzan a temblar incontrolablemente—. Estás viva...

Pronto llegan al lago.

Tal como Aksel sospechaba, el hielo es suficientemente grueso como para soportarlos sin problemas. Aun así, se detiene para dar tiempo a Bigga de alcanzarlo. La mujer está dosificando sus fuerzas, guardando evidentemente energías para la subida al otro lado del lago, lo cual Aksel considera inteligente, porque será exigente. Ahora que han llegado al fondo del valle, la montaña parece aún más alta.

—Dijo que siguiéramos el arroyo, ¿verdad? —pregunta Aksel mientras Bigga se detiene junto a él, apoyando las manos en las rodillas. Señala al otro lado del lago, donde hay una delgada línea plateada en forma de zigzag por la ladera, brillando a la luz del día.

Bigga asiente.

—Hasta dos tercios de la subida —dijo—. Ahí es donde está la cueva.

—Vale —dice Aksel, mirando hacia atrás—. Creo que hemos ganado un pequeño respiro.

Durante los últimos doscientos metros más o menos, el terreno se ha nivelado, lo que significa que los zombis ya no se caen tan a menudo, pero también se mueven más despacio, porque ya no tienen la ayuda de la gravedad. El más cercano, según lo que Aksel puede ver, está a unos tres o cuatro minutos de distancia.

Se sienta en una roca y se desabrocha el traje. Es casi hermético, y está sudando. Las botas, que obviamente no están diseñadas para caminar, están destrozándole los talones y los dedos, así que se las quita para dar un breve descanso a sus pies.

Bigga no se sienta, pero descansa de nuevo apoyada en sus rodillas. Está respirando rápido, pero no con dificultad. Está en mejor forma de lo que Aksel esperaba. Ya no está tan preocupado de que logre hacer la subida.

—Me pregunto quién está ahí arriba —dice Aksel, siguiendo el arroyo con la mirada. No puede ver la cueva que supuestamente está allí—. Y me pregunto por qué tiene ese problema con ellos.

—No me importa —escupe Bigga—. No es asunto mío.

—No, lo entiendo. En cuanto lleguemos a la cueva, me vuelvo. Estaba con un policía. Bueno, con dos, en realidad. Íbamos hacia el norte cuando los soldados se llevaron a Belinda. Ahora que está libre, realmente espero que haya encontrado a los demás de nuevo, y si puedo encontrarlos yo también, podremos seguir hacia el norte, lejos de todo este caos. Pensamos que, cuanto más frío sea el clima, menos peligro habrá. Porque probablemente se congelarán, ¿sabes? —Asiente en dirección a los zombis. Los más cercanos todavía están lo suficientemente lejos como para no preocuparles—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu plan cuando todo esto acabe?

La mujer lo mira como si fuera una pregunta estúpida.

—Me voy a casa.

—¿De verdad? ¿Con los zombis por todas partes?

—Hasta ahora nos ha ido bien. Ya hemos abatido a tres.

—¿Nosotros?

Un tipo de emoción cruza por su rostro.

—Mi perro y yo.

—Oh. Me alegra que tengas compañía. Nosotros también tenemos un perro con nosotros. Encontramos a...

Un ruido hace que ambos giren la cabeza. Uno de los zombis, al parecer una mujer, aparece de repente a solo unos metros de distancia. Estaba oculta detrás de unas rocas y ha conseguido adelantarse a los demás, probablemente porque es relativamente pequeña y ágil. Al verlos, gruñe y acelera un poco.

—Bien, será mejor que nos pongamos en marcha —dice Aksel, innecesariamente, porque Bigga ya ha dado el primer paso sobre el hielo.

Rápidamente se ata las botas y la sigue.

El lago es fácil de caminar. Debido a la nieve recién caída, está un poco más resbaladizo de lo que Aksel esperaba, y no es posible ver el hielo por todas partes, lo que sería un problema si el clima fuera un poco más cálido, porque entonces tendrían que estar atentos a las zonas débiles: grietas, depresiones, superficies irregulares, pero con el frío de los últimos días, Aksel está dispuesto a confiar en el hielo.

Cuando están a un cuarto del camino, más o menos, mira hacia atrás. Una docena de zombis ha llegado al lago y se han aventurado sobre el hielo. No parecen estar tan molestos por el suelo

resbaladizo como por los obstáculos constantes. De hecho, parecen moverse más rápido ahora.

—Probablemente deberíamos acelerar un poco —dice Aksel—. No me gusta que se acerquen demasiado. Si algo pasa, me gustaría tener un margen de unos minutos.

Bigga no responde, pero no parece estar en desacuerdo, y ambos aumentan el ritmo.

En unos diez minutos llegan a la orilla opuesta. Hay algunos arbustos que crecen en el borde del agua, y los evitan, sabiendo que el hielo probablemente sea más débil alrededor de las ramas. No muy lejos a su izquierda es donde el arroyo desemboca en el lago. Aksel puede oír el murmullo del agua corriente.

Luego vuelven a pisar tierra firme, y el terreno se eleva de inmediato.

—Vale —dice Aksel, mirando hacia la montaña y entrecerrando los ojos por la luz del día—. La última parte de nuestro viaje.

Mira hacia atrás para ver a los zombis cruzando el lago. Parecen estar todos, ninguno se ha quedado atrás. Caminan incansables, impulsados por el hambre depredadora que aún opera en sus cerebros en descomposición.

No van a detenerse hasta que se pudran, piensa Aksel, sintiendo un escalofrío. Nos seguirían hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Al ver a los muertos vivos tambalearse por el lago congelado, Aksel de repente se encuentra cuestionando su plan. ¿Realmente se congelarán, incluso en el clima más frío del norte? ¿O podrán evitarlo mientras sigan moviéndose? El tipo que Jakob encontró en la cabaña estaba congelado, pero también estaba suspendido en el aire, incapaz de moverse. Puede que moviera los brazos y las piernas, balanceándose de un lado a otro, pero no fue suficiente para evitar que su carne se convirtiera en hielo.

¿Cuánto tiempo tardó en congelarse? ¿Había estado allí desde el otoño pasado? ¿Tardará meses? Y, si son capaces de caminar, ¿pueden realmente congelarse?

Aksel se da cuenta de que ha caído en un trance, y sigue adelante, alcanzando rápidamente a Bigga.

—Oye, me gustaría saber tu opinión sobre algo —dice, viendo que ella se ha detenido en una pequeña meseta—. ¿Crees que se congelarán si el clima se vuelve más frío? Me refiero a congelarse por completo. Como convertirse en hielo, o...

Se detiene al llegar junto a ella. Está mirando hacia adelante, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —murmura Aksel, siguiendo su mirada.

Y entonces lo ve. Un tipo está allí, a unos cien metros más arriba en la ladera. Observándolos desde lo alto.

Kristoffer baja la montaña tan rápido como puede sin correr. Los crampones bajo sus botas no le sirven de mucho ahora que camina sobre rocas en lugar de hielo. Pensó en detenerse para quitárselos. Pero no quiere perder tiempo. Ragnar podría estar yendo tras él.

Sigue mirando hacia atrás, hacia la colina. La cueva ya no está a la vista. Tampoco hay señales de Ragnar.

Lo conseguí. Me escapé.

Sigue adelante. Con cada paso, puede respirar un poco más libremente. No tiene ni idea de cuál es el plan. Por ahora, solo quiere alejarse lo más posible de la cueva.

Es plenamente consciente de que está dejando a Jan en una situación difícil. No solo Ragnar seguirá alimentándolo con carne humana, sino que Kristoffer también está casi seguro de que Jan corre peligro al quedarse con Ragnar. El viejo veterano no es solo el pragmático que Kristoffer siempre supo que era; también es más que capaz de matar a personas inocentes si eso le conviene. Si Jan se convierte en una molestia o incluso en un inconveniente, Kristoffer no duda de que Ragnar se deshará de él. O tal vez, cuando se le acabe la carne de Ingrid, ¿disparará a Jan y se lo comerá también? El mero pensamiento hace que las náuseas regresen.

«No es mi problema. Necesito salvar mi propio pellejo».

Pero no puede dejar de pensar en Jan. Apenas lo conocía. Y, sin embargo, se siente culpable por dejarlo atrás. Como un cordero que no se da cuenta de que vive con un lobo.

Es demasiado tarde ya. No puedo volver. He estado fuera demasiado tiempo. Ragnar sabrá que estaba tramando algo. No me quitará la vista de encima de nuevo...

Kristoffer se detiene en seco al girar alrededor de un acantilado. Desde aquí puede ver el pie de la montaña. Un lago congelado se extiende por todo el valle. Y varias personas están caminando

sobre el hielo, viniendo en esta dirección. A juzgar por la forma insegura en que caminan y cómo a veces caen torpemente de espaldas, Kristoffer los reconoce de inmediato como zombis.

—Oh, no —susurra.

Su primer pensamiento es que el complejo militar ha sido violado. Pero la dirección no es la correcta. ¿De dónde vienen todos estos muertos? Hay al menos dos docenas de ellos, y todos parecen dirigirse directamente hacia la cueva.

Entonces, otro movimiento mucho más cerca llama su atención. Kristoffer ve aparecer a una mujer corpulenta con un abrigo grueso a unos cincuenta metros. Camina rápidamente montaña arriba, y claramente no está muerta. Al mirar hacia adelante y ver a Kristoffer, se detiene. Un segundo después, aparece un tipo de la edad de Kristoffer. Le dice algo a la mujer, luego se da cuenta de que ella se ha detenido y sigue su mirada.

Los tres se miran durante unos segundos, mientras los zombis continúan avanzando, acercándose a la pareja al pie de la montaña. Los más adelantados ya han llegado al borde del lago y están tambaleándose sobre tierra firme.

—¡Oye! —grita el tipo, levantando la mano—. ¿Eres Ragnar?

Oír el nombre de Ragnar es una sorpresa tan grande que Kristoffer no sabe qué decir de inmediato. El tipo y la mujer parecen recordar que tienen un ejército de muertos vivientes pisándoles los talones, y reanudan la subida. Kristoffer quiere correr, pero no está seguro de hacia dónde. Su ruta de escape era a través del lago, y esa opción ya no es viable. A su derecha está el arroyo, que no puede cruzar sin mojarse, y eso sería una sentencia de muerte. A su izquierda, hay matorrales con espinas y rocas sueltas.

Mientras la pareja se acerca rápidamente, seguidos por los zombis, Kristoffer solo puede quedarse allí, boquiabierto.

El hombre se mueve un poco más rápido que la mujer y llega primero a Kristoffer. Está jadeando.

—No eres Ragnar, ¿verdad?

—¿Conoces a Ragnar? —pregunta Kristoffer, estúpidamente.

—Sí. Esos de allí atrás... —El tipo señala con el pulgar por encima del hombro hacia los zombis—. Son para él.

El tipo se detiene y descansa con una mano sobre las rodillas mientras la mujer los alcanza. En la otra mano, el tipo sostiene un walkie-talkie.

Kristoffer está tan confundido que tarda unos segundos en captar lo que pasa. La pareja ciertamente no son soldados, y no parecen tener malas intenciones hacia nadie, ni siquiera hacia

Ragnar.

—Kjell os envió —dice Kristoffer.

—¿Ese es su nombre? —pregunta el tipo, secándose el sudor de la frente—. ¿El soldado psicópata?

Antes de que Kristoffer pueda responder, el walkie-talkie emite un ruido estático, seguido de la voz de Kjell:

—¿Por qué os detenéis?

Kristoffer mira instintivamente a su alrededor. No puede ver a Kjell en ningún lado, pero obviamente, Kjell puede verlos.

—Solo estamos recuperando el aliento —responde el tipo.

—¿Quién está ahí con vosotros? —exige Kjell, y Kristoffer se siente aún más vigilado.

—No sé su nombre —dice el tipo en el walkie—. Un joven. Pelo corto.

—Déjame ver. Apartaos.

El tipo hace lo que se le dice, creando una vista clara desde el lago. Kristoffer mira hacia abajo y ve a los zombis; la mitad de ellos ya han llegado a la orilla y están escalando rápidamente la montaña. Mucho más lejos, en medio del lago, hay una figura solitaria. La persona está quieta, sosteniendo lo que parece ser un rifle y algo frente a su cara: unos binoculares, sin duda.

—Ah —resuena la voz en la radio—. El chico gay. Qué gusto verte de nuevo, amigo. ¿Dónde está Ragnar?

Kristoffer solo se queda allí, mirando a Kjell.

—Será mejor que le respondas —dice el tipo del walkie, sosteniéndolo para que Kristoffer hable—. Va en serio. Estoy bastante seguro de que puede acabar con todos nosotros desde allá atrás.

Kristoffer duda brevemente. Luego dice:

—Supongo que Ragnar está arriba, en la cueva.

—Genial. Será mejor que os unáis a él antes de que los zombis os alcancen.

Kjell tiene razón. Los zombis más cercanos están ya a menos de treinta metros de ellos, y sus gruñidos y quejidos se vuelven más fuertes.

La mujer, que no ha dicho ni una sola palabra, no necesita más instrucciones, ya ha seguido adelante cuesta arriba. El tipo con el walkie la sigue. Al pasar junto a Kristoffer, le lanza una mirada cansada.

—Siento esto. No tengo idea del problema que tenéis, pero no queremos hacer daño a nadie. Simplemente nos están usando.

Kristoffer ya había deducido esa parte. Se da la vuelta y sigue a su nueva compañía, alcanzándolo rápidamente.

—¿Cuál es el plan? ¿Qué pasará cuando lleguemos a la cueva?

El tipo se encoge de hombros.

—Todo lo que sé es que, cuando lleguemos, seremos libres. Al menos, eso es lo que nos dijo.

La mente de Kristoffer funciona a mil por hora, intentando entender la situación. Así que este es el plan de Kjell. Usar a dos señuelos para atraer a una horda de zombis hacia Ragnar. Probablemente para crear caos.

—¿Cuánto falta? —pregunta, mirando a Kristoffer.

Kristoffer mira hacia arriba, a la montaña.

—No mucho. Tres minutos a este ritmo, como mucho.

—¿Solo está ese tal Ragnar, ahí arriba?

—No, hay otro hombre.

—¿Qué hizo Ragnar para cabrear al soldado? Oye, por cierto, soy Aksel.

—Kristoffer —murmura, echando otro vistazo hacia atrás—. Ragnar mató a su hermano.

—Ah. Eso tiene sentido. Cuando lleguemos, yo digo que salgamos corriendo. ¿Sabes cuál es la mejor dirección?

Kristoffer mira hacia la montaña. La cueva aún no es visible, pero lo será en unos metros más. La mujer va más adelante, subiendo rápido para alguien de su edad.

—Creo que será mejor... No, ¡espera, detente!

Kristoffer se da cuenta demasiado tarde de hacia dónde se dirige la mujer.

Ve el tronco venir.

La mujer no lo ve.

Se da la vuelta cuando Kristoffer grita su advertencia. Pero ya es tarde. El tronco sale disparado de los arbustos donde estaba oculto. Rápidamente toma velocidad, y es tan pesado que Kristoffer puede sentir las vibraciones en el suelo mientras avanza a golpes y embestidas hacia la mujer.

Ella lo oye un segundo antes de que la golpee, y casi consigue saltar por encima. Pero le atrapa la pierna derecha y la derriba. La mujer se ve arrastrada por el tronco y aterriza con fuerza en el suelo.

Kristoffer vuela hacia un lado cuando Aksel le da un empujón en el hombro, justo a tiempo para apartarlo de la trayectoria del tronco. Mientras rueda cuesta abajo, coge aún más velocidad. El terreno se vuelve irregular, y el tronco comienza a rebotar cada vez más alto, hasta que prácticamente hace tirabuzones en el aire.

Kristoffer no puede evitar mirar con fascinación morbosa cómo el tronco derriba a los dos primeros zombis. A uno de ellos lo golpea de lleno en la cara, como si fuera un bate de béisbol gigante. El zombi es lanzado al suelo y se queda inmóvil, su cráneo queda aplastado. A la otra, una mujer, la golpea en el pecho y la lanza por el aire. El tronco sigue su camino hasta que finalmente choca contra un árbol lo suficientemente fuerte como para detenerlo.

—Dios santo —respira Aksel, mirando a Kristoffer—. ¿Quién demonios hizo eso?

La zombi que fue golpeada por el tronco ha dado varias vueltas, pero está intentando levantarse de nuevo. Su caja torácica está obviamente rota, pero eso no parece molestarle.

—¡Aaaargh!

El gemido de dolor de la mujer hace que Kristoffer vuelva en sí. Aksel ya se dirige hacia ella. Está tirada en una posición extraña, sujetando su pierna herida. La espinilla está doblada en un ángulo agudo. La mujer maldice entre dientes en un acento sami denso que Kristoffer nunca había oído.

—Mierda —escupe Aksel, mirando hacia los zombis que se acercan—. Levántate, Bigga. Tenemos que seguir.

La mujer levanta un brazo, y Aksel la ayuda a ponerse de pie. Gritando de dolor, apoya todo su peso en su pierna buena, rodeando con el brazo los hombros de Aksel.

—Ayúdame con su otro brazo, hombre —grita Aksel.

Kristoffer agarra a la mujer, y reanudan la escalada por la montaña. Es difícil. No solo porque la mujer tiene que saltar sobre una sola pierna, sino también porque el dolor es tan intenso que grita con cada salto.

—¿Fue Ragnar quien lanzó ese maldito tronco hacia nosotros? —pregunta Aksel, jadeando.

—Sí —responde Kristoffer, sin aliento—. Bueno, no. Era una trampa.

—¿Hay más de ellas?

—Sí, pero sé dónde están.

—¡La próxima vez avísanos!

Kristoffer echa un vistazo hacia atrás, viendo con horror que los zombis se están acercando más rápido de lo que ellos pueden avanzar.

—¡No sirve de nada! Nos están alcanzando...

—¡Pues muévete más rápido!

—¡Déjala! —se escucha la voz por el walkie.

Aksel sigue sosteniendo el walkie.

—¡Ni de coña! ¡Se la comerán si lo hacemos!

—Claro que lo harán. Déjala, o disparo.

—¡Mentira! —grita Aksel, lo que hace que Kristoffer dé un respingo—. Nos necesitas vivos, así que deja de tirar faroles.

—No lo enfades —murmura Kristoffer, sin saber por qué lo dice.

—Está bien —gruñe Aksel, apretando los dientes—. No va a disparar. No puede permitírselo...

Se escucha un sonido seco. La mujer se estremece y grita de nuevo, cayendo al suelo. Kristoffer la observa mientras se agarra la otra pierna.

Entonces suena el disparo del rifle por la montaña.

—Mierda —susurra Aksel.

—Creo que esa era su pierna buena —la voz de Kjell se oye por la radio—. No va a llegar. Ahora... ¡dejadla!

La mujer gira la cabeza para mirar a los zombis. Se están acercando. Los más adelantados aceleran el paso, como si sintieran que la mujer ya no puede escapar. Ella los mira, su rostro está brillante por el sudor, con la mandíbula apretada.

—Dejadme.

—¡Ni hablar! —responde Aksel, pero Kristoffer se da cuenta de que ya no está tan seguro. Incluso él puede ver que no hay forma de que la mujer pueda continuar.

—Dame eso —dice la mujer, señalando con una mano temblorosa una gran roca triangular.

Kristoffer se agacha, la recoge y se la entrega. La mujer la coge, gimiendo mientras ajusta su posición. Pesa la roca en su mano, girándola para encontrar el mejor agarre posible. Luego los mira de nuevo.

—Ahora, marchaos.

—Empezad a caminar —ordena Kjell—. O dispararé a la pierna de otro.

—Joder —escupe Aksel, pasándose las manos por el pelo—. Que te jodan, cabrón.

Kristoffer ya ha empezado a moverse montaña arriba, y ahora Aksel lo sigue a regañadientes.

Cuando Bigga se dio cuenta de la magnitud de la situación hace unos días, llegó a la conclusión de que probablemente no llegaría a envejecer. No tenía ilusiones de que las autoridades fueran a arreglar el desastre: ni siquiera podían hacer frente a la desigualdad social o asegurarse de que las carreteras estuvieran abiertas todo el invierno. Pensándolo bien, probablemente fueran ellos mismos quienes crearon el problema en primer lugar, al meterse con algo que no debían. Así era siempre en las películas, de todos modos.

Tendría que depender de sí misma, de su arma y, por supuesto, de su fiel amigo, Guardian.

Luego, cuando se encontró con los infectados de cerca y al mismo tiempo perdió al perro, supo que sus días estaban contados. Y cuando el soldado, si es que realmente era un soldado y no solo alguien disfrazado para engañar a la gente, la capturó, supo que se acercaba su final.

Y tenía razón.

El dolor del hueso roto en la espinilla era algo malo hasta que la bala se incrustó en su otra pierna. Ahora solo siente entumecimiento y un calor pegajoso por la sangre que está empapando rápidamente sus pantalones por dentro.

Los chicos finalmente se están alejando de ella, y los infectados se están acercando. La más cercana es la mujer que ha estado en la cabeza del grupo durante casi toda la persecución.

Bigga agarra la roca, levantando el brazo, preparándose para asestar un golpe.

—Vamos, cariño —susurra—. Ven e intenta morderme. Te sacaré esos bonitos dientes de un golpe.

Bigga es plenamente consciente de que no saldrá de esta con vida. No hay manera de que pueda derrotar a más de treinta personas infectadas con una roca y las piernas dañadas. Y aunque lo hiciera, ¿adónde iría después de esto? A este ritmo de sangrado, perderá el conocimiento en quince minutos.

No hay forma de evitarlo. Estos son sus últimos minutos. Y va a aprovecharlos al máximo. No se va a ir sin luchar.

La mujer llega hasta ella en treinta segundos. Casi corriendo, tropezando con cada pequeña roca en su ansia por llegar a Bigga. Tan pronto como lo hace, se inclina a medias y cae, Bigga grita y la golpea con fuerza en la sien. Se escucha un crujido, como si se rompiera una madera seca, y la mujer emite un gruñido y cae de lado. No está muerta, e inmediatamente intenta lanzarse de nuevo sobre Bigga. Pero Bigga ya ha levantado la piedra otra vez y la aplasta contra su cráneo con ambas manos, destrozándole la coronilla. Después del segundo golpe, la mujer deja de moverse.

Bigga jadea y se arrastra hacia un lado, creando un poco de espacio a su alrededor. Lo necesitará para el siguiente. Y ya viene. Es alguien alto, casi sin ropa; parece que la poca que llevaba fue arrancada por unas garras o por los arbustos.

Bigga intenta usar la misma estrategia con él, pero él no se abalanza sobre ella como hizo la mujer. En su lugar, se agacha y opta por sus piernas.

—¡Oh no, eso sí que no! —gruñe Bigga y le lanza la piedra. Le golpea en el costado de la cabeza, pero no con la suficiente fuerza como para detenerlo. Él agarra su pierna izquierda y la acerca a su boca. El dolor es tan intenso que Bigga casi pierde el conocimiento. Gritando, intenta liberarse, pero solo duele más, así que en su lugar se inclina hacia adelante y le golpea repetidamente con la piedra. Golpea su cabeza, su cuello, sus hombros.

Pero él sigue. Y en ese mismo momento aparecen otros dos. Bigga golpea a uno de ellos con tanta fuerza que pierde la piedra. Es suficiente para hacer que el hombre caiga, pero otro infectado ocupa inmediatamente su lugar, seguido por otro más. El primer hombre está concentrado en sus piernas, mordiéndole los pantalones, y los otros la atacan por los lados. Bigga recurre a golpear con los puños.

La primera mordida es en algún lugar debajo de la rodilla. Duele, pero no tanto como la pierna rota o el disparo. La siguiente es en el muslo. Bigga se encuentra rodeada, y la empujan contra el suelo. Sus brazos han quedado inmovilizados, y el cielo gris es reemplazado por rostros muertos que se acercan a ella desde todos los lados.

«Bueno, hice todo lo que pude».

Mientras escucha cómo le desgarran la ropa y siente que la muerden por todas partes, Bigga cierra los ojos y se deja llevar.

Entonces oye ladrar a Guardian. El sonido es tan familiar y bienvenido que la hace sonreír. Aumenta rápidamente el volumen, hasta el punto de que casi suena real. No está ladrando de

alegría, como cuando jugaban juntos. En cambio, está claramente enfadado de una manera que ella nunca lo había oído antes. No solo está ladrando, también está gruñendo y rugiendo y... ¿ese es el sonido de su mordida?

Bigga abre los ojos. Su visión está borrosa, pero sigue viva.

El círculo de rostros se ha abierto un poco, mostrando más cielo. Y mientras los mira, uno de los rostros es tirado hacia atrás. Levanta la cabeza, parpadea y ve, para su sorpresa...

¡Guardian!

El perro ha mordido el cuello de uno de los infectados y lo sacude con tanta violencia que parece que la cabeza del zombi va a desprenderse y a rodar montaña abajo. Guardian suelta su mordida y se lanza contra la siguiente persona, derribándola al suelo y destrozándole la cara. Parece un oso cazando a un ciervo.

«Lo logré», piensa Bigga, sintiendo cómo su corazón se hincha. «Buen chico».

—¡Guardian! ¡Aquí, chico!

Alguien más está llamando a su perro. La voz suena muy lejana.

Entonces, de repente, el enorme rostro de Guardian está justo frente a ella.

—Hola, cariño —dice Bigga, sin estar segura de si las palabras salen de su boca—. Me alegra tanto verte.

Intenta levantar la mano para acariciarlo, pero su cuerpo ya no responde. En su lugar, Guardian se inclina y le da un cálido y húmedo lametón en la barbilla.

Bigga sonríe.

Luego, la envuelve una profunda y tranquila oscuridad.

El sonido de los ladridos del perro hace que Aksel se gire bruscamente.

Ve a Guardian correr a toda velocidad sobre el terreno rocoso, con los dientes al descubierto, la lengua fuera y los ojos fijos en los zombis que rodean a la mujer, que para entonces ya debe de estar muerta, o muy cerca de estarlo.

—Joder —dice Aksel, mientras el perro, sin reducir la velocidad, se lanza sobre el hombre más cercano, derribándolo con poca dificultad. Sin perder tiempo, Guardian inmediatamente se abalanza sobre el siguiente, mordiéndolo con la fuerza de un cocodrilo.

—Debemos seguir —dice Kris desde detrás.

Aksel sabe que tiene razón. Por un lado, el soldado claramente no dudará en dispararles de nuevo si no siguen adelante. Por otro, no pueden hacer nada por Bigga. Y además, Guardian no necesita su ayuda. Los zombis claramente no están interesados en él. De hecho, ni siquiera parecen ser capaces de verlo. Pero Aksel parece incapaz de moverse. No quiere dejar a Guardian atrás.

—Detén a ese maldito chucho —se escucha desde la radio—. Los está destrozando.

Kjell tiene razón. Guardian ya ha mutilado a tres de los zombis y no está bajando el ritmo.

—Detenlo, o lo mataré.

—¡Guardian! —llama Aksel—. ¡Aquí, chico!

Increíblemente, el perro responde a su voz. Levanta la cabeza brevemente, ve a Aksel y su expresión se suaviza. Su cola se mueve una vez. Luego se abre paso entre dos de los zombis que todavía están enfocados en Bigga. Se agacha, le lame la cara, gime, y luego, con reticencia, retrocede.

—¡Guardian! —le llama Aksel de nuevo—. ¡Ven, chico! ¡Ven conmigo!

Claramente incómodo por dejar a su dueña, Guardian avanza lentamente por la montaña, mirando hacia atrás constantemente. Pero, por mucho que le duela, es consciente de que Bigga está muerta y de que no hay nada que pueda hacer. Finalmente, se gira y corre hacia Aksel.

—Bien Guardián —dice Aksel, mientras los tres comienzan a subir por la ladera rocosa—. Tú ve delante —le dice al chico—. Avísame si ves alguna otra trampa.

Kristoffer asiente, concentrándose en el suelo. Mira hacia atrás rápidamente.

—Esto no terminará bien. No para ninguno de nosotros.

—Estaremos bien —dice Aksel—. Solo llévanos a esa cueva.

Les lleva menos de cinco minutos llegar a la cueva.

Kristoffer escala el muro, gritando:

—¡Ragnar!

Ni el viejo ni Jan están a la vista. La reja de madera ha sido colocada delante de la cueva y asegurada desde dentro.

Kris corre por la meseta helada y mira hacia la oscuridad.

—¡Ragnar! ¡Soy yo! ¡Déjame entrar!

Se esfuerza por distinguir la chimenea donde estuvieron sentados no hace mucho. Entonces el rostro de Ragnar aparece por un lado, haciendo que Kristoffer dé un respingo y eche la cabeza hacia atrás.

—¿Dónde demonios has estado? —gruñe Ragnar—. ¿Por qué has tardado tanto?

Antes de que Kristoffer pueda decir nada, Ragnar ve algo detrás de él y sus ojos se agrandan.

—¿Quién diablos es ese?

Kristoffer se da la vuelta y ve a Aksel escalando el muro. El perro está justo detrás de él, saltando sobre la barrera con un impresionante brinco. Al aterrizar sobre el hielo, ambos luchan por mantener el equilibrio.

—Déjanos entrar, Ragnar —dice Kristoffer—. Es Kjell. Ya viene. Nos ha...

Un silbido pasa junto a la oreja de Kristoffer, y luego algo diminuto golpea la reja, perforando un agujero en la madera y lanzando astillas por el aire. El sonido del disparo de rifle sigue al instante.

—Olvidalo, tío —grita Aksel—. ¡Nos vamos!

—¡No! —grita Kristoffer. El tipo se dirige hacia la colina que sube más arriba en la montaña, con el perro siguiéndolo de buena gana—. No te vayas. No hay más que montañas durante los

siguientes 160 kilómetros. Te perderás y morirás congelado.

—¡Pero nos está disparando, joder! —grita Aksel.

—¡Kris! —la voz de Ragnar—. ¡Entra! ¡Ahora!

Kristoffer se da cuenta de que la reja ha sido apartada lo justo para que puedan colarse. Mira brevemente hacia atrás, hace una señal a Aksel y luego se lanza dentro de la cueva. Para su alivio, Aksel y el perro le siguen, y Ragnar cierra la reja de inmediato, asegurándola firmemente.

—Mierda —exclama Jan desde algún lugar más profundo en la cueva—. ¿Ya viene? ¿De quién es ese perro?

Kristoffer se da la vuelta y mira hacia la entrada. Ragnar está a un lado, agarrando su rifle y mirando hacia fuera.

—Oye, tío, pensé que dijiste que un francotirador no podría localizar este lugar —dice Jan con voz aguda.

—No puede —murmura el viejo—. Ese disparo fue a menos de cien metros. Está muy cerca. Echa un vistazo atrás.

—Apartaos todos si no queréis llevaros una bala en la sien. Kris, coge un arma. Y prepárate. El walkie de Aksel se enciende.

—Hola de nuevo, Guerrero. Casi te pillo por sorpresa, ¿eh? Bueno, no intenté darte de lleno. Habría sido demasiado fácil, ¿sabes lo que quiero decir?

El perro comienza a gruñir desde lo más profundo de su garganta. Kristoffer lo ve mirando fijamente a través de la reja.

—Oh, mierda —dice Aksel, señalando—. Ahí vienen...

La visión de los muertos escalando el muro es como sacada de una película de terror. Con movimientos torpes y rígidos, pero con una determinación sombría, trepan la barrera uno tras otro. La mayoría cae de cara o de culo en cuanto tocan el hielo, pero esto no les disuade en absoluto. Simplemente se levantan y siguen avanzando.

Los primeros llegan a la reja, empujan la estructura de madera y meten los brazos por los huecos. Gimiendo y chasqueando, arañan el aire, tratando de alcanzar a alguien dentro. No logran agarrar nada, ya que todos, incluyendo a Ragnar, se han retirado varios metros.

A medida que más y más zombis alcanzan la reja, bloquean la mayor parte de la luz del día, y la cueva pronto se llena de un coro de gemidos.

—Cristo —dice Ragnar—. ¿Cuántos hay?

—Un poco más de treinta, creo —dice Aksel—. Más o menos.

Ragnar se gira bruscamente para mirarlo, y luego levanta el rifle.

—¿Quién eres? ¿Y por qué demonios los has traído aquí?

—Eh, tranquilo —dice Aksel, levantando las manos—. No... No fue...

—¿Trabajas para Kjell?

—No, hombre. Me amenazó con un arma para que viniera aquí.

—Es verdad —dice Kristoffer—. Lo tuvo a punta de pistola todo el camino. No tuvo elección.

—Por supuesto que tenía elección —gruñe Ragnar, sin bajar el rifle ni quitarle los ojos de encima a Aksel—. Podría haber huido. O simplemente haberse negado. En su lugar, nos puso a los cuatro en peligro. Y no tengo forma de saber si siquiera...

—Deja de decir gilipolleces, Ragnar.

Las palabras se le escapan a Kristoffer antes de que pueda evitarlo.

Todos lo miran sorprendidos.

—¿Qué dijiste...?

—Deja ya de manipularnos con tus mierdas, ¿quieres? Sé que te importa una mierda cualquiera de nosotros. Estás cabreado porque tú estás en peligro. El resto de nosotros, no somos más que peones convenientes para ti. Nos has usado, me has usado a mí, todo este puto tiempo, igual que Kjell ha usado a este pobre hombre —señala a Aksel—. Así que apunta ese maldito rifle hacia los muertos que están ahí fuera, y deja de amenazarnos.

Ragnar aparta el rifle de Aksel. Pero no lo apunta a los zombis como sugirió Kristoffer. En su lugar, lo apunta directamente a Kristoffer.

—Estoy harto de que me respondas, Kris. Solo estás aquí porque te lo he permitido.

—Genial, porque en cuanto tenga la oportunidad, me largaré —dice Kristoffer sin pestañear—. De hecho, ya me había ido. Solo volví porque Kjell me apuntaba con su arma también.

Ragnar parpadea.

—¿Te habías ido? ¿Cuál era tu plan? ¿Adónde ibas?

—A cualquier parte menos aquí.

Ragnar entrecierra los ojos.

—Suenas casi como si ya no confiaras en mí, Kris.

Kristoffer aprieta los dientes.

—Esa confianza murió cuando empezaste a alimentarnos con alce.

Pronuncia esa última palabra de tal manera que Ragnar sabe exactamente lo que quiere decir. Kristoffer apenas puede comprender lo que está diciendo, y mucho menos mientras Ragnar le apunta con el rifle. Pero ya no le importa. Está harto de ser un peón en esta guerra entre dos locos.

Ragnar sin duda capta la indirecta. Y parece por un instante como si fuera a apretar el gatillo. Entonces algo parece captar su atención junto a la reja.

Kristoffer se gira para mirar, al igual que Jan y Aksel. Hay un sonido de salpicaduras, y por un momento parece como si hubiera comenzado a llover intensamente. Pero el cielo no está nublado, y parece que el agua solo cae justo fuera de la reja. Corre por la madera, empapándola junto con los brazos de los muertos.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Jan—. ¿Se ha roto alguna tubería ahí arriba? ¿Hay un tanque de agua sobre la cueva?

—No —dice Ragnar con seriedad—. Y eso no es agua.

Kristoffer huele el aire y detecta el olor acre de la gasolina. Por un momento, piensa que es otra de las trampas de Ragnar. Un sistema defensivo diseñado para empapar a los intrusos en gasolina. Pero, a juzgar por el tono de Ragnar, no fue idea suya.

El walkie suena de nuevo.

—¿Tenéis suficiente calor ahí dentro?

—Apartaos —dice Ragnar, retrocediendo—. Apartaos lo máximo posible de la reja.

—¿Qué coño? —exclama Jan mientras todos se alejan—. ¿Está Kjell ahí arriba? ¿Es él el que está haciendo esto?

Como para responder a su pregunta, se oye un profundo whoooooop, y luego una enorme bola de fuego azul envuelve la reja y a todos los muertos. Primero hay una explosión de llamas. Luego un destello de luz y una fuerte ráfaga de calor que entra en la cueva, golpeando el rostro de Kristoffer como una bofetada. Jadea y retrocede tambaleándose, oyendo a los demás gritar también. Jan cae sentado, el perro aúlla, y todos se tropiezan hacia el fondo de la cueva.

Cuando Kristoffer vuelve a mirar hacia la entrada, es como mirar una enorme hoguera. Toda la reja está en llamas. También la mayoría de los zombis. No parecen molestos por ello; siguen intentando meter las manos a través de las llamas mientras su ropa se incinera en segundos y su piel comienza a desprenderse y caer al suelo en trozos humeantes. El humo se adentra rápidamente en la cueva, llenando el aire, volviéndolo caliente y húmedo.

Instintivamente, Kristoffer se cubre la boca y la nariz con la manga, y ve a Ragnar lanzarse hacia el cofre. Vuelve con dos máscaras de gas. Se pone una, y luego lanza la otra hacia Kristoffer. Jan se interpone y la agarra a mitad de camino. Antes de que Kristoffer pueda protestar, Jan ya se la ha puesto.

—¡Maldito seas! —ruge Ragnar, su voz amortiguada dentro de la máscara. Luego, al parecer, decidiendo que no hay tiempo para pelear por la máscara, en su lugar le entrega el rifle a

Kristoffer.

—Está cargado. Tienes cinco disparos. Intenta no darme.

Kristoffer duda.

—No... ¡Nunca he disparado un rifle antes!

—¿No hay otra salida? —grita Aksel desde atrás, tosiendo violentamente.

—¡No! —grita Jan a través de la máscara—. ¡Estamos atrapados como ratas!

Hay otra salida: la apertura en el techo. El agujero que sirve de chimenea. Pero está demasiado alto, y además es muy estrecho. Aunque pudieran llegar hasta allí, Kristoffer no está seguro de que pudieran salir.

—¿Mejor así? —se burla Kjell por el walkie—. ¡Es hora de sacar los malvaviscos y ponerse cómodos!

Ragnar saca otro objeto del cofre. Es un enorme machete. Se dirige a la reja, acercándose al infierno ardiente mientras se protege la cara con el brazo libre. Luego comienza a blandir la hoja, cortando brazos por doquier. Cuando el calor se vuelve demasiado intenso, retrocede tambaleándose con un gruñido. Mirando a Kristoffer, grita:

—¿Qué estás esperando? ¡Empieza a matarlos antes de que entren aquí!

Kristoffer levanta torpemente el rifle, entrecerrando los ojos para intentar ver a través del humo, que para entonces ya es sofocante, y justo cuando está a punto de disparar a ciegas, alguien le arrebató el rifle. Kristoffer mira con expresión sorprendida a Aksel mientras este rápidamente se coloca en posición, apoya el rifle en su hombro y comienza a disparar. Los disparos eliminan de inmediato la capacidad auditiva de Kristoffer. Ve cómo uno de los muertos retrocede tambaleándose, y otro se desploma fuera de la reja.

—¿Balas? —grita Aksel, tosiendo fuertemente.

—¡En el cofre! —responde Ragnar. Todavía está intentando acercarse lo suficiente al fuego para cortar a los zombis en pedazos.

Kristoffer se tambalea hacia el cofre, se inclina y ve una caja abierta con lo que deben ser las balas adecuadas. Mientras la levanta, Aksel grita:

—¡Olvídalo! ¡Es demasiado tarde!

Kristoffer suelta la caja y mira hacia la reja. El humo le llena la nariz, la garganta y los pulmones. Cada respiración es dolorosa, y tose en su manga. El humo también le irrita los ojos, y apenas puede mantenerlos abiertos. A través de un velo de lágrimas, ve cómo la parte central de la reja cede. Se empieza a inclinar hacia un lado, se desmorona a medida que los zombis avanzan. Se adentran en la cueva en un caos humeante y ardiente de carne quemada y miembros

cercenados. Ninguno de ellos tiene ya pelo, y sus rostros se reducen a máscaras negras, carbonizadas y sin rasgos.

Y, sin embargo, avanzan con el mismo ímpetu de siempre.

Por medio segundo, el tiempo se congela.

Kristoffer solo puede quedarse ahí parado, mirando la escena horrible. Los zombis quemados se lanzan hacia ellos. Jan está gritando. Ragnar retrocede mientras sigue dando golpes salvajes a los muertos, derribándolos como un samurái. Pero siguen avanzando. Siguen atravesando la abertura en la reja ardiente.

«No vamos a salir de aquí. Esto es todo. Así es como morimos», piensa Kristoffer.

Entonces una mano agarra su brazo, y dispone un mango en su mano. Mira hacia abajo y ve el palo de golf. Luego levanta la vista hacia el rostro de Aksel. Aunque están a solo unos pasos de distancia, apenas puede ver la cara del otro chico. Sin embargo, sus ojos son intensos, y taladran a Kristoffer. Se inclina y le susurra al oído:

—Vamos a salir de aquí. Sígueme.

Y sin esperar una respuesta de Kristoffer, Aksel corre hacia la reja. Todavía sostiene el rifle, pero ahora lo usa como un bate, derribando a un zombi que intenta agarrarlo. Claramente se dirige hacia la reja, pero no apunta a la parte central, donde los zombis siguen entrando. En su lugar, va hacia la derecha y corre a lo largo de la pared de la cueva. El perro ladra y corre tras él. Kristoffer comienza a moverse antes de saber cuál es el plan. Confía en Aksel. El chico debe haber visto una apertura, o tal vez intenta derribar la reja con el rifle.

Para sorpresa de Kristoffer, el plan de Aksel es mucho más simple. Simplemente corre hacia la reja, lanzándose a través de ella. La estructura de madera en llamas cede con un estruendo, y consigue salir fuera.

El perro no duda, sino que lo sigue, saltando por el agujero en llamas con poca dificultad.

Kristoffer, por otro lado, duda. Y por hacerlo, dos de los zombis se interponen frente a él, cortándole el paso hacia el agujero. Los golpea, y algo en blandir el palo de golf que trajo desde casa lo llena de una confianza feroz. Tosiendo, llorando y sudando profusamente, golpea a los muertos, golpeando sus cráneos quemados y derribándolos al suelo. Un tercero va a por él, pero esquiva sus manos y se echa a correr.

Sin reducir la velocidad, se lanza a través del agujero en la reja. Su salto no es tan elegante como el del perro, y ambos pies golpean la madera, haciendo que un gran trozo de la reja caiga. Kristoffer aterriza en el suelo helado y siente que el trozo de reja cae sobre sus piernas. La madera en llamas inmediatamente quema sus pantalones, y grita al sentir el dolor en sus

pantorrillas y muslos. Patea frenéticamente para liberarse de las llamas. Un par de manos agarra sus muñecas y lo arrastran con fuerza logrando deslizarle fuera de la madera en llamas.

Se pone de rodillas, tosiendo y vomitando. Al levantar la vista, ve a Aksel luchando contra los zombis que aún no han entrado en la cueva. Van a por él y a por Kristoffer, ya que están más cerca, y hay muchos de ellos, al menos diez. El perro ruge como un oso y ataca a los zombis, destrozándoles las piernas y derribándolos, lo cual no es difícil sobre la superficie resbaladiza.

Un zombi va hacia Kristoffer, y él se apresura a levantarse. Perdió el palo cuando saltó, y no tiene tiempo de recogerlo. Corre hacia el muro, y medio saltando, medio trepando, lo sube. Aksel está justo detrás de él, llamando al perro. Dentro de la cueva, Jan sigue gritando con un tono agudo, y Ragnar grita algo que suena como “¡Dispara!”.

Medio segundo después, un arma comienza a disparar. Kristoffer oye las balas silbar por encima de su cabeza mientras se tambalea cuesta abajo. El aire fuera es mil veces más frío en comparación con el calor abrasador de la cueva, tanto que le duelen las mejillas y la frente. Sin embargo, respirar el aire limpio es como beber agua después de haber cruzado un desierto. Todavía está tosiendo, pero con cada respiración, sus pulmones se sienten un poco más limpios.

—¡Espera! —grita Aksel de repente—. ¡Detente!

Kristoffer no quiere detenerse. Quiere seguir corriendo hasta desplomarse de agotamiento. Pero hace lo que Aksel dice y se da la vuelta.

Aksel tose y escupe, apoyando las manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Lo logramos —dice, señalando la ladera de la montaña—. No nos están siguiendo.

Kristoffer mira hacia la cueva. El humo sale de la abertura y se eleva hacia el cielo. Un poco más allá, convenientemente fuera del alcance del humo, hay una figura sosteniendo un rifle.

Kjell levanta una mano y saluda a Kristoffer.

—Es él —gruñe Aksel—. El maldito psicópata.

—Lo sé —dice Kristoffer con la voz ronca—. ¿Y Ragnar?

Fue un pensamiento que se le cruzó por la mente, pero lo dijo en voz alta.

—Estoy bastante seguro de que está muerto —dice Aksel con pesar—. El otro tipo también. Al menos han dejado de gritar.

Kristoffer escucha. Aksel tiene razón. Ya no se oyen más gritos. Tampoco disparos.

—Será mejor que sigamos —dice Aksel, escupiendo de nuevo—. En cuanto los malditos muertos pierdan interés por esos pobres diablos, vendrán a por nosotros.

Mientras espera en lo alto de la cueva, Kjell se come la barrita de Mars que encontró en la guantera del camión. Probablemente era de Nils. Ese tipo tenía debilidad por los dulces.

Kjell saborea el chocolate mientras escucha los gritos y disparos desde abajo. Disparan algunas rondas, lo cual esperaba, pero luego escucha cómo la reja se derrumba y los infectados empiezan a inundar la cueva.

—Deberías haberla hecho de algo más que de madera, viejo imbécil —murmura Kjell, llevándose el último bocado a la boca y luego tirando el envoltorio. Se pone de pie y toma posición. Desde allí arriba, puede ver a cualquiera que salga de la cueva, y está preparado para abatirlos.

Algunos de los infectados aún no han entrado en la cueva, pero están empujando con ansias.

De repente, una persona sale de un salto en una nube de humo, brasas y trozos de madera en llamas.

Kjell casi dispara. Pero, para su sorpresa, no es el viejo. Es Jakob. Rueda por el suelo como un actor de cine y se pone de pie. Tiene un rifle, pero debe de estar sin munición, porque lo agarra por el cañón y lo usa como un bate. Los infectados van a por él de inmediato, y comienza a repartir golpes. El enorme perro, el comodín que Kjell no había visto entrar en escena y al que casi tuvo que disparar para que no arruinara sus planes, sale corriendo tras él. Se une a la lucha y ayuda a Jakob a derribar a los atacantes.

Pasa un minuto o algo así. Hay más gritos y chillidos. Kjell espera pacientemente, con el rifle listo. Ni Jakob ni el perro han mirado hacia arriba ni una sola vez, y no tienen ni idea de que Kjell está justo encima de ellos. Están ocupados luchando contra los infectados.

Entonces, la siguiente persona sale de un salto. Sigue sin ser Ragnar, lo identifica como el chico gay. Logra derribar una gran parte de la reja, que le cae sobre las piernas. Jakob tiene que

acudir a su rescate y liberarlo. Después, salen corriendo. Trepan por el muro y bajan por la montaña. Los infectados no se molestan en seguirles. En su lugar, los pocos que quedan se arrastran hacia la cueva, donde la fiesta continúa.

Kjell deja que los chicos se marchen. Ambos han sido cooperativos. Su problema no es con ellos.

—¡Dispara! —grita Ragnar, y luego una pistola empieza a disparar.

Después de unos minutos más, todo queda en silencio.

El fuego sigue, pero menos intenso ahora.

No hay más disparos. No hay más gritos.

Kjell espera un minuto más. Todavía nada de Ragnar.

Desciende y asoma la cabeza dentro de la cueva. La reja ha desaparecido casi por completo, reducida a cenizas. Es difícil ver dentro debido al humo persistente, pero logra distinguir varias figuras. Todas están en el suelo, excepto una, que está sentada.

Kjell se desliza hacia dentro. Se mueve pegado a la pared.

Ragnar lo percibe y gira la cabeza. Kjell le apunta con el rifle a la cara.

Ragnar no se inmuta. Solo muestra los dientes, que son sorprendentemente blancos detrás del visor cubierto de ceniza de la máscara de gas, en una mirada amenazadora. La pistola está junto a él. Kjell contó dieciocho disparos. Está vacía. No hay otras armas de fuego al alcance de Ragnar. Un machete grande está al otro lado, pero no intenta alcanzarlo.

—¿Qué pasa? —pregunta Kjell—. ¿Estás cansado, viejo?

Ragnar no responde. Simplemente se quita la máscara de gas y la tira a un lado. Está respirando con dificultad. Tanto por haber luchado y matado a todos los infectados como por otra cosa. Suena como a dolor.

Kjell se acerca un poco más y se da cuenta de que Ragnar está agarrándose el muslo. Sus pantalones están desgarrados, revelando la espinilla. Cuatro rayas sangrientas recorren la piel.

—Vaya —dice Kjell, bajando el rifle—. Qué lástima. Tenía la esperanza de un duelo a la antigua. Como en el viejo oeste, ¿sabes? Pero ahora veo por qué probablemente no estés para eso. Ya estás muerto.

Dice eso último con una amplia sonrisa.

Ragnar parece a punto de contestar, cuando una de las figuras en el suelo se incorpora de repente con un gemido. Es Jan. Todavía lleva la máscara de gas. De poco le sirvió; su cuello está desgarrado.

Ragnar inmediatamente agarra el machete.

—Déjame a mí —dice Kjell, apuntando a Jan—. Ya has hecho suficiente. Y este maldito tipo siempre me molestó.

Le vuela los sesos a Jan quedando repartidos por el suelo de la cueva, y Jan vuelve a caer.

Mira de nuevo a Ragnar.

—¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Estaba a punto de preguntarte por tus planes. ¿Vas a dejar que la infección te mate, o usarás esa hoja para terminar las cosas en tus propios términos?

Ragnar solo lo mira con furia.

—¿No tienes nada que decirme? —pregunta Kjell—. Probablemente seré la última persona con la que hables, así que si tienes algo que confesar, ahora es tu oportunidad.

No espera que Ragnar hable. Pero lo hace. Y suena sorprendentemente calmado, aunque molesto.

—Será mejor que me dispares también. Si no lo haces, volveré a por ti.

Kjell sonríe.

—Eres un verdadero guerrero. Tus padres escogieron bien tu nombre.

Suspira.

—Bueno, ha sido divertido, viejo amigo. Supongo que te dejaré con lo tuyo.

Con un saludo, Kjell se da la vuelta y sale de la cueva, silbando la melodía de *I Feel Fine*.

* * *

Si aún no has leído la precuela, *Draug*, puedes conseguirla gratis en:

nick-clausen.com/draug-es

O, si prefieres, puedes continuar con el Libro 6:

nick-clausen.com/cada6